

Los jaramillistas

**La gesta de Rubén Jaramillo
narrada por sus compañeros**

Los jaramillistas

La gesta de Rubén Jaramillo narrada por sus compañeros

Primera historia oral mexicana

Renato Ravelo Lecuona



Los jaramillistas

Primera edición:

Editorial Nuestro Tiempo, México: 1978.

Segunda edición, 2007

Los jaramillistas

La gesta de Rubén Jaramillo narrada por sus compañeros



© Editorial la rana del sur, S. A. de C. V.

Rayón 22, local 6

Centro Histórico

Cuernavaca, Morelos

C. P. 62000

laranadelsur@hotmail.com

Calmécac, A. C.

Vía Láctea 67

Fraccionamiento Villas Camino Sur

Chilpancingo, Guerrero

C. P. 39097

Tel. (747) 472.04.64

DR © 2007, Renato Ravelo Lecuona

ISBN: 978-970-9792-06-5

Ilustración y diseño de la portada: Alejandro González Aranda

Corrección y formación: Félix García

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio, incluido el diseño tipográfico y de portada, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

A LA MEMORIA DE RUBÉN JARAMILLO Y SUS COMPAÑEROS: Niño Leonardo Aguilar, Canuto Almanza, Silvino Castillo, David Castrejón, el joven Juan Cruz, Juan Inguanzo, Compañero Leonel, Pedro López, Enrique Marbán Zúñiga, Ricardo Marbán Zúñiga, Juan Matitico, Magdaleno Miranda, Enedino Montiel y su esposa, Ignacio Morán, Don Margarito, Palemón Romero y de los diecinueve más caídos en Huixtapa-leca, Luis Olmedo, Ambrosio Pérez, Trinidad Roldán, Canuto Salgado, José Salomé, Eleuterio Sánchez, Teófilo Sánchez, Marcelino Sandoval, Luis Tapia Moreno, Juan Vázquez, Guadalupe Visoso, Benjamín Montero Flores y Luciano Herrera Rivera.

A LOS COMPAÑEROS
QUE APORTARON SUS VALIOSOS TESTIMONIOS

Don José Allende, Jantetelco, Morelos
Don Victorino Jiménez Sánchez, Atlacahualoya, Morelos
Don Cruz Vázquez, Moyotepec, Morelos
Profesor José Rodríguez, Cuernavaca, Morelos
Mónico Rodríguez Gómez, Chiconcuac, Morelos
Adalberto Galarza Reynoso, Chiconcuac, Morelos
Pedro García “El Flaco”, Panchimalco, Morelos
Paula Batalla, Atlacholoaya, Morelos
Daniel Oliván, Higuera, Morelos
Ausencio Castillo Moyao, Chietla, Puebla
Margarita García Martínez “Mago”, Chietla, Puebla
Becor Martínez Soria, Ticumán, Morelos
Jesús Flores Mendoza, Mitepec, Puebla
Gorgonio, Zapata, Morelos
Víctor Reynoso, Jojutla, Morelos
Doña Rosa, Altos de Morelos
“El Nahua”, Coatetelco, Morelos
“El Predicador”, Tetelcingo, Morelos
Tinoco, Cuernavaca, Morelos

A mis hij@s Renato, Irina y Bruno

PRÓLOGO

A LA SEGUNDA EDICIÓN

Este relato colectivo fue posible por la participación de Félix Serdán Nájera, Mayor Honorario del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, en la persistente tarea de recorrer toda la región sureña grabando los testimonios de la lucha de los jaramillistas, en los primeros años setenta, apenas diez años después del asesinato de Rubén Jaramillo cometido por el Estado mexicano. Gracias a la confianza que tenían en él, sus compañeros abrieron las puertas de sus casas, de su mente y corazón para narrarnos sus historias particulares, sus experiencias, reflexiones y darnos sus testimonios. Con ellos armé esta conmovedora historia colectiva contada en primera persona, que contiene más allá de la intención de Félix y la mía, la visión un tanto triste pero profundamente reflexiva y auténtica de luchadores del pueblo mexicano.

Esta historia regional colectiva fue armada insertando los testimonios diversos de sus actores marcando con un asterisco el parlamento de cada uno de ellos en la sucesión de episodios de la historia regional en los que participaron. La versión de cada uno permite integrar un relato polifacético con matices que ningún relator podría alcanzar, ni siquiera en la ficción literaria. La historia abarca desde el guardado de las armas de los militantes zapatistas al término de la Revolución, en 1919, pasando por la fundación en 1938 del Ingenio de Zacatepec

en el estado de Morelos, hasta las reflexiones que hicieron después de la ejecución de Rubén en 1962.

El manejo peculiar del lenguaje de cada quien, su forma de pensar, de sentir e interpretar los hechos, al respetarse y plasmarse en el texto escrito, nos ofrece un testimonio de la cultura oral que sólo se percibe en pocas obras de alto nivel literario, como son las de Juan Rulfo.

Postulo este rescate y plasmación en texto escrito por medio de una transcripción textual de sus testimonios, como la primera historia oral realizada en México en la cual, un episodio de la vida regional es narrado por sus actores. Sin falsa modestia lo reivindico como tal, más que por el mérito de un historiador fiel a sus actores y a una realidad, para postular la promisorio confianza en el pensar del pueblo, en su capacidad reflexiva y en la fuente inagotable de fidelidad a valores morales que persiguen el bien común. Es decir, para reivindicar y testimoniar su papel revolucionario e imprescindible de sujetos de la historia, capaces de realizar grandes esfuerzos generosos y de soportar las torturas y asesinatos que realiza el gobierno contra los luchadores sociales que sólo buscan el bien común pero cuyo sentido siempre será falaz y tercamente tergiversado por el mismo Estado y las clases dominantes.

Obvio decir que las grabaciones, por solicitud de varios de los testimoniantes que sentían el peligro de que cayeran en manos policíacas, fueron destruidas antes de la publicación del texto y que algunos episodios, como el ajusticiamiento de un jefe de la judicial o del algún cacique abigeo, fueron excluidos del texto por el riesgo que implicaban para sus relatores.

Para darle coherencia y contextualizar los múltiples contenidos de este gran caudal testimonial, lo agrupamos por los episodios de la lucha jaramillista, haciendo una breve exposición introductoria sobre las circunstancias históricas o características de tales episodios, apoyándonos en esto también en la autobiografía de Rubén Jaramillo, armada y publicada por Froylán Manjarrez en la Editorial Nuestro Tiempo, la que hizo además la primera edición de este texto en 1978.

Cabe decir que la obra fue concebida en y para el movimiento social, con un sentido militante, fuera de toda actividad, pretensión o finalidad académica. No obstante, fueron Alicia Olivera de Bonfil y Ricardo Pozas Arciniega, quienes me hicieron comentarios significativos, ella en una ponencia comparando mi manejo del testimonio con otros autores más conocidos, avalando su particularidad y originalidad historiográfica, y Ricardo viendo que la búsqueda del pensar de los sujetos de la historia que se lograba, era algo que aspiraban los proyectos de “investigación acción” que desarrollaba junto con su esposa Isabel Horcasitas, como maestro emérito de la UNAM. Mi profundo agradecimiento para ellas y él.

Aparte de Félix Serdán, coautor intelectual de este texto y cuya identidad ha sido plena desde que nos conocimos, tuve la fortuna de emparentar con Mónico Rodríguez y Adalberto Galarza, quienes también conocieron a Rubén en el ambiente cotidiano de Zacatepec. Mónico, como obrero calificado del ingenio, como organizador lleno de talento y como militante comunista, fue uno de los compañeros con quien Rubén debatía los asuntos más críticos de la lucha obrera y campesina que se desarrolló alrededor de esa gran empresa del Estado, botín predilecto de la clase política en formación en la entidad. De Beta y Mónico, abuelos de mis hijos, están registrados varios testimonios que dan mucho sustento al relato. Judith Rodríguez Galarza, hija de ellos, fue mi compañera y partícipe en todo este largo proceso creativo en el que convivimos en solidaridad con muchos de los actores de esta historia regional, empezando por mis propios suegros. A ellos, más que un agradecimiento, les expreso el testimonio de una historia profundamente compartida. Somos actores, militantes partícipes y divulgadores de los movimientos sociales con quienes trazamos nuestro compromiso de vida, como ahora lo hacemos con el EZLN.

En esta ruta de reconocimientos, debemos incluir a José Ramón Corona, ahora librero y editor de La Rana del Sur, radicado en Cuernavaca, Morelos, quien participó desde aquellos

años, junto con Fernando Acosta Ariza, en el rescate práctico de la memoria histórica con actores diversos en el sur de Puebla y Morelos y que ahora nos ofrece la publicación de este texto. No puedo olvidar el aporte de Amparito Cortés Ochoa, quien realizó generosamente el trabajo de mecanografiar la transcripción de las grabaciones y la preparación del texto original.

Renato Ravelo Lecuona

INTRODUCCIÓN

Rubén Jaramillo Ménez, hijo de minero y campesina, nació al principiar el siglo XX en el Mineral de Zacualpan, del Estado de México.

Le tocó incorporarse muy joven a la Revolución de 1910, en el ejército zapatista. Por su decisión revolucionaria fue ascendido a capitán primero de caballería al mando de 75 hombres, cuando apenas tenía 17 años. Los pobladores de la zona sur de Puebla y otras regiones colindantes con el Estado de Morelos lo apreciaban mucho por su comportamiento justo y valiente. Su jefe inmediato fue Dolores Oliván, nativo de Huachinantla, Municipio de Jolalpan, Puebla, y por él conoció esa región donde dejó huellas indelebles.

En 1918 el ejército zapatista se desintegraba, muchos jefes y soldados empezaban a dedicarse al pillaje, desoyendo la voz de Emiliano, o traicionaban la causa del pueblo pasándose con los carrancistas. En esas circunstancias, Rubén reunió a sus soldados y les dijo:

“Frente a las condiciones actuales de fatal decadencia revolucionaria nosotros de ninguna manera debemos ir a entregarnos en las manos de nuestros enemigos que, a base de fuertes compromisos con los norteamericanos y plutócratas nacionales, se han fortalecido reclutando gentes a sueldo para combatirnos. Pero en este caso, no son los muchos hombres los que triunfan, sino las ideas basadas en la justicia y el bien

social y para no seguir el camino de los malos revolucionarios que no podrán sostenerse si antes no hacen daño al pueblo y que de seguro tarde o temprano tendrán que ir de rodillas ante el enemigo, nos vamos a diseminar los unos de los otros con el fin de reservar nuestras vidas para mejores tiempos y desde hoy la Revolución, más que de armas, ha de ser de ideas justas y de gran liberación social... El pueblo, y más las futuras generaciones no podrán vivir esclavos y será entonces cuando de nueva cuenta nos pondremos en marcha, y aunque estemos lejos los unos de los otros no nos perderemos de vista y llegado el momento nos volveremos a reunir. Guarden sus fusiles, cada cual donde lo pueda volver a tomar”.

Terminó la Revolución. Los campesinos que hicieron huir a los hacendados, tomaron sus tierras y las empezaron a cultivar. Así se redistribuyó mucha tierra de Morelos. Después, a partir del tiempo de Obregón, el gobierno empezó a ratificarles legalmente su posesión. En algunos lugares los hacendados no huyeron y conservaron la propiedad de buenas tierras y dinero. Al poco tiempo éstos ricos volvieron a levantar la cabeza, salieron de sus refugios y pusieron a trabajar sus capitales.

La mayoría de los zapatistas retornaron a sus trabajos de campo, escondieron o entregaron sus fusiles, tomaron el arado, cultivaron sus tierras y pronto, después de las primeras cosechas, surgieron sus nuevos enemigos: ya no fueron los hacendados azucareros sino gentes con capital que compraban las cosechas, practicaban el agio, controlaban el comercio y acaparaban tierras. Estos ricos tramaron alianzas con una multitud de políticos surgidos de la Revolución, para juntos dominar, además de la agricultura, el gobierno y la riqueza pública del estado de Morelos. Nuevas calamidades habría de soportar el pueblo y nuevas luchas habría de dar.

Rubén había fletado una recua de mulas y comerciaba con arroz y frijol por una extensa zona de Morelos y del sur de Puebla, pero se hizo de algunas tierras, las cultivó y se encontró sumido en la nueva situación. Él había dicho “desde hoy la Revolución, más que de armas, ha de ser de ideas justas y de gran liberación social...” Y en efecto, movido por su pasión

libertaria, en esos primeros años emprendió luchas por el mejoramiento del pueblo, peleando contra los comerciantes acaparadores de las cosechas de arroz, contra los prestamistas, por formar uniones de crédito con el recién fundado Banco Ejidal, por comercializar directamente sus productos agrícolas, etcétera. Los ricos arroceros y comerciantes de la región de Jojutla, aliados con los políticos del nuevo régimen, se convirtieron en sus enemigos más feroces.

Rubén pensó que un ingenio grande, construido por el gobierno, podría ser una buena forma de sustraer al pueblo del dominio de los ricos comerciantes y caciques que controlaban la región y llevó su idea al general Cárdenas cuando éste andaba en su campaña electoral y prometía dar garantías al campesinado. Gracias a la empeñosa iniciativa de Jaramillo se hicieron los estudios, presupuestos, proyectos; el General ordenó la construcción y para el mes de marzo de 1938, en Zacatepec, empezó a trabajar el Ingenio Emiliano Zapata.

Jaramillo, como primer presidente del Consejo de Administración, tuvo que emplear toda su influencia y voluntad para vencer el viejo temor de los campesinos a poner sus tierras al servicio de un ingenio y mediar en los conflictos obrero-campesino-patronales que surgieron para poner en marcha esa industria.

Aunque el Ingenio Emiliano Zapata se fundó con el carácter de sociedad cooperativa, desde su fundación el gobierno lo ha manejado como su dueño y patrón, poniendo y quitando gerentes a su conveniencia y por ello tendría el mismo destino de todas las empresas y secretarías de Estado, es decir, el de convertirse en botín de políticos. Además de privilegio de políticos encumbrados, las empresas estatales, por las grandes millonadas que manejan, son poderosas fuentes de corrupción para consolar o atraer disidentes, para comprar talentos o para premiar servicios políticos como los prestados por líderes serviles, obreros o campesinos. Este ingenio de limpio nombre, no podría sustraerse al sistema político mexicano en esa penosa fase de acumulación violenta de grandes masas de capital bajo el cobijo de las instituciones del Estado.

En este sistema Rubén Jaramillo hubiera tenido un “futuro brillante”. Se le había asignado la dirección de una empresa estatal y como líder campesino tenía arraigo, excelentes condiciones para incursionar en las esferas del poder y la riqueza. Pero Jaramillo resultó ser un hombre que se rigió por sus principios y convicciones morales. Ni como presidente del Consejo de Administración, ni como líder popular, aceptó entrar a ese sistema político. Rubén fue un líder natural incorruptible, discípulo fiel de Zapata, y, al no prestarse a corruptelas traicionando los derechos obreros y campesinos, fue declarado agitador y enemigo público, difamado y perseguido. Dan testimonio de ello sus compañeros de lucha, cuyos relatos forman este libro.

Apenas iniciada la operación del Ingenio, la riqueza que producía despertó la ambición de muchos. Jaramillo se convirtió en un obstáculo para que esa mina de oro pudiera engrosar las cuentas bancarias de políticos y funcionarios: tenía que ser eliminado. Primero, lo destituyeron de su cargo. Después, como en su condición de cañero y cooperativista seguía defendiendo los derechos de campesinos y obreros, intentaron asesinarlo. Dos veces la policía judicial llegó hasta su casa pero no pudo capturarlo. La tercera lo emboscaron policías y pistoleros, pero fracasaron. Jaramillo tomó entonces el único camino honrado que le dejaban: el de las armas.

Eso fue en 1943. Rubén se armó y con varios zapatistas correligionarios y algunos hombres de lucha, se remontó al cerro en calidad de rebelde, a iniciar una aventura que no podía prever dónde lo llevaría. Parecía llegado el momento en que se volverían a reunir los viejos zapatistas que acordaron guardar sus fusiles donde cada cual los pudiera volver a tomar.

Por esos días el campesinado de Morelos, como el de muchas partes del país, se oponía resueltamente al servicio militar obligatorio implantado por el gobierno con motivo de la II Guerra Mundial. Había levantamientos espontáneos y una rebeldía generalizada en el pueblo contra la “leva”; sentía que iban a mandar a sus jóvenes a morir en una guerra extraña. Hubo choques de campesinos armados contra el ejército, hasta que el

gobierno suspendió el reclutamiento. Rubén tomó la bandera de suprimir tal servicio obligatorio con encuar-telamiento de conscriptos y ello le trajo más popularidad en su estado.

A pocos meses de haberse levantado en armas y apagada la inquietud con la suspensión del servicio militar, varios partidarios suyos lo buscaron en el cerro para manifestarle que mucha gente estaba dispuesta a seguirlo en su lucha armada. Con éstos trazó entonces un plan. Se trataba de que ellos formaran dos grupos para atacar Zacatepec y Jojutla y que simultáneamente Rubén entrara en Tlaquilenango con sus hombres. Se habrían de quitar las autoridades caciquiles y desarmar la fuerza pública.

Una tarde de marzo, con 125 hombres a caballo y bien armados, Rubén entró a Tlaquilenango a todo galope. “Fue tan rápido su movimiento que el pueblo no sabía qué era aquello” nos dice Rubén en su *Autobiografía*¹. Los grupos que habrían de formarse para atacar Jojutla y Zacatepec no hicieron las señales convenidas y Rubén tuvo que abandonar pronto el lugar con sus hombres. Aquéllos no aparecieron.

La acción tuvo consecuencias inmediatas: la persecución del ejército. Rubén y su gente iniciaron entonces largos recorridos por todo el estado, dando a conocer de pueblo en pueblo el motivo de su lucha. Su popularidad creció, organizó partidarios, atrajo muchos hombres a sus filas y se ganó el apoyo de prácticamente todo el pueblo campesino, que le dio protección, abrigo y sustento durante su vida de lucha.

Pero en su profundo contacto con el pueblo, Rubén pudo apreciar bien que no se vivía una situación insurreccional, puesto que la lucha armada no se generalizaba en todo el estado y en el país, las fuerzas que podrían reunir eran pocas comparadas con las del gobierno y estarían al alcance de éste.

Comprendió también que el andar alzado en el cerro aunque le daba seguridad, resultaba benéfico para los enemigos, pues él y sus seguidores se apartaban del pueblo y de las luchas que

¹ Jaramillo, Rubén y Froylán C. Manjarrez, *Rubén Jaramillo. Autobiografía y asesinato*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1967.

daba en esos momentos. Por ello aceptó el ofrecimiento de amnistía que le hizo el gobierno de Ávila Camacho.

Rubén volvió a la vida civil, legal, en 1944; volvió para continuar luchando pero con la idea clara de que nunca los enemigos dejarían de intentar su muerte. Iniciaría una paradójica historia de lucha en la que para defender los intereses del pueblo conforme a las leyes, tenía que protegerse con armas de los agentes policiacos y pistoleros pagados precisamente por quienes debían observar esas leyes.

Así, con la Constitución en una mano, la pistola en el morral y siempre bajo el acecho de policías, soldados o pistoleros, organizó el Partido Agrario Obrero Morelense, PAOM, y lo registró legalmente para contender con sus mayorías en dos elecciones de gobernador de su estado (1945 y 1952); asesoró a muchas comunidades en sus gestiones en dependencias del gobierno; orientó la lucha de grupos campesinos por tierras, aguas o créditos; coordinó a los cañeros con dos huelgas de los obreros del Ingenio de Zacatepec (1942 y 1948) y promovió luchas de cañeros (1958). En una de las épocas que sufrió mayor persecución, levantó la lucha contra la criminal campaña decretada por Miguel Alemán, con la cual, para erradicar la epidemia de fiebre aftosa se estaba exterminando todo el ganado bovino mediante el “rifle sanitario”.

Hacia el final de su vida organizó legalmente a miles de campesinos para colonizar tierras ociosas; supervisó cambios de comisariados ejidales bajo auspicio oficial y participó en un congreso estatal de la Liga de Comunidades Agrarias de la que pudo ser presidente por contar mayoría, pero no aceptó el desafío por el riesgo evidente.

Simultánea o alternadamente con este tipo de luchas legales, Rubén tenía que ejercer la autodefensa de su movimiento: tuvo enfrentamientos con pistoleros en mítines o asambleas públicas; asestó golpes a la sanguinaria policía judicial que torturaba y mataba partidarios suyos; liquidó a varios caciques opresores y grupos de abigeos, ajustició a un jefe de la policía judicial del estado, etcétera.

Esta tormentosa y accidentada lucha de más de veinticinco

años, fue una guerra de resistencia, una lucha popular defensiva ante el avance arrollador, voraz, despiadado y corrupto de una clase social en desarrollo: la burguesía. Ésta se abrió paso con la Revolución, tomó el poder y lo ha usado ilimitadamente para su enriquecimiento y fortaleza.

¿Cómo era posible que esta clase gobernante, con amplia experiencia en reprimir violentamente movimientos de obreros y campesinos, no pudiera acabar a este líder popular insurgente?

El gobierno federal teme a Jaramillo como ejemplo rebelde y le ofrece la paz y la amnistía a cada rato. Rubén las aprovecha reiteradamente para organizar la lucha legal de las masas, pero el gobierno estatal no transige y le pone trampas siempre que aparece en la escena política local. Rubén, diestro en ella, elude la emboscada o, en el momento oportuno, dispone mayor cantidad de hombres dispuestos a todo, que los destacados por el gobierno para matarlo: Rubén tiene centenares de ojos y oídos en el pueblo. El gobernador lo cita en su despacho y llega con quinientos hombres; Rubén habla en un mitin y es adecuadamente protegido; aparece súbitamente y desaparece de igual forma en alguna oficina pública. A veces se basa en la amnistía de un presidente para ser respetado por algún gobernador. Pero sobre todo, Rubén tiene cientos de refugios en hogares campesinos y obreros y muchos partidarios fieles, “soldados” que han pasado la prueba de la tortura o persecución policíacas.

Rubén desarrolló, a veces simultáneamente, todas las formas necesarias y/o posibles de lucha: como monstruo de cien cabezas lo mismo aparece organizando un partido político capaz de ganar la gubernatura, que realizando gestiones en dependencias oficiales, ejecutando justamente a policías sanguinarios o caciques, o bien actuando con alarde de fuerza en un congreso de una central campesina gobiernista. Siempre se adapta a las condiciones de lucha de las masas y toma en cuenta la relación de fuerzas con el enemigo.

Es decir, Rubén encarna al partido revolucionario, pero el conjunto de sus seguidores no resulta capaz de encarnar al “hombre-partido” y transformarse en el partido maduro y sabio

que requieren las difíciles condiciones de la lucha actual.

Algunos seguidores de Jaramillo pugnaron por desarrollar la rebeldía con una organización de nuevo tipo, capaz no sólo de evitar ser destruida por el enemigo sino de controlar una fuerza popular para detener los atropellos y dar un ataque por un orden social más justo. Esa organización no llegó a formarse.

Para la burguesía, la sola existencia de ese atrevido e insobornable líder popular dispuesto a todo, era una mancha, una desesperante pesadilla; no había logrado asimilarlo ni a su sistema económico ni a su corrupción política; por lo tanto, tenía que crear las condiciones para su eliminación segura, sin riesgo de fracasar, desde el centro mismo del poder, desde el gobierno federal.

Entonces llegó la ofensiva burguesa: El presidente López Mateos en 1958 le ofrece amplias garantías, le promete apoyo para resolver los problemas campesinos de su estado, lo subsidia con un sueldito de promotor de la CEIMSA (después Conasupo), lo comisiona especialmente para supervisar cambios de autoridades agrarias en las comunidades, le acepta un proyecto para colonizar tierras ociosas con miles de campesinos sin tierras. El plan era amansarlo y preparar su ejecución. Jaramillo acepta la propuesta y el abrazo de Adolfo López Mateos.

“¡No aceptes Rubén, no aceptes!”, le decían casi todos sus partidarios. Sus compañeros más cercanos además de advertirle el peligro, le insistieron en la idea de dar un paso adelante en la organización revolucionaria. No obstante Rubén ya con casi sesenta años, parecía ceder ante la fuerza de la corriente contra la que había luchado desde la Revolución. En sus últimos años críticos, su esposa y familia tiraban hacia donde lo deseaba el gobierno: la paz y la tranquilidad.

López Mateos le pone mucho dramatismo a sus promesas y al principio realmente parece ayudarlo en su lucha. Ni cuando le llegaron las primeras órdenes de estarse quieto y suspender un movimiento de cañeros, ni cuando le dejan sin cumplir la promesa verbal de entregar los llanos de Michapa y El Guarán a campesinos sin tierra, Rubén se alertó lo suficiente para

abandonar la confianza en el régimen.

Sólo cuando una casa donde se refugiaba en México fue asaltada por la policía, tratando de apresarlo y decomisarle sus armas, pareció decidido a salir de la tramposa legalidad que le había ofrecido López Mateos: “Si, quieren guerra, guerra les voy a dar”, le dijo a una compañera en esa ocasión.

Pero por alguna razón poderosa, no bien conocida por sus amigos más cercanos, Rubén permaneció en su casa de Tlaquiltenango durante esos días críticos.

El 23 de mayo de 1962 llegaron los asesinos: la policía judicial del estado dirigida durante el gobierno de Norberto López Avelar (1958-1964), por Heriberto Espinosa, alias “El Pintor”; tropas del ejército nacional comandadas entre otros por un capitán de nombre José Martínez y algunos pistoleros de Jesús Merino Fernández, gerente del ingenio Emiliano Zapata. Apresaron a toda la familia, la subieron en vehículos oficiales y a un lado de las ruinas de Xochicalco la acribillaron.

El crimen fue cometido directamente por el gobierno, sin pretextos, sin el más leve intento de ocultar su responsabilidad o de disfrazar de justicia su determinación asesina. Fue un golpe seco de odio contra quien lo desafió con su honradez, un golpe de odio despótico para escarmiento de la rebeldía, del mismo odio que resurgió multiplicado en el Tlatelolco de 1968.

Ninguna palabra es suficientemente fuerte para calificar este asesinato, porque es un crimen que en las personas de Rubén Jaramillo y su familia se cometió contra todo el pueblo oprimido de México y para sancionarlo hace falta algo más que todas las palabras de nuestro idioma.

Si algún deseo hubiera podido expresar Jaramillo a sus compañeros, momentos antes de su muerte, sería sin duda que siguieran la lucha. Este libro, que reúne relatos de varios compañeros de Rubén, obedece a ese deseo y nuestro único interés al publicarlo es servir a todos aquellos que continúan la lucha libertadora del pueblo, sea para que tomen las experiencias del jaramillismo o se alienten con los ejemplos de valor, rectitud y constancia revolucionaria. Más que una imagen del líder, en este libro veremos cómo su pensamiento o su ejemplo están

presentes en sus compañeros de lucha y cómo el ánimo libertario tiene su fuente más prometedora en el seno del pueblo más oprimido, en el que hay que depositar la esperanza de la nueva revolución.

Se respetó la forma de hablar de los relatores para no alterar su pensamiento. Se hizo así también porque deseamos que sea el propio pueblo el que empiece a escribir su Historia, que sean los mismos autores de la lucha social quienes transmitan su pensamiento al resto del pueblo y de manera que lo entienda. Estamos pues, frente a un libro testimonio en el que toman la palabra campesinos y obreros que vivieron y lucharon junto al líder popular.

RRL

Compañero Jesús:

La presente es para darte en unión de los tuyos los mismos afectuosos saludos y gratos recuerdos, deseándoles muchas felicidades y bienestar.

Agradezco infinitamente los recuerdos que ustedes hacen de mí como yo los hago de ustedes, todos mis amigos de esos lugares que tan buenos se han portado conmigo en los momentos más amargos y difíciles de mi vida de lucha.

No sabes el placer que siento en mi corazón cuando de manera afirmativa me dices que mejor muerto y no rajado. Pido a Dios del cielo que en todo te dé gran luz y limpio entendimiento, para que cada día mejores tus condiciones espirituales, físicas y morales, para servir con rectitud, limpieza y justicia a tu pueblo, el cual cada día irá depositando su confianza en ti.

Sólo te suplico, por grande entendimiento y poderosamente fuerte que seas, nunca te envanezcas y piensa siempre con sencillez que eres el más pequeño de los hombres de que puedes estar rodeado; eso te dará mayor fuerza y autoridad en tus juicios. Procura ser sensato y prudente y sano en tu manera de pensar. Debes también ser enérgico, pero antes debes oír la voz de tu conciencia poniendo por medio, la razón.

Tú eres uno de los muchos jóvenes que conmigo personalmente han tratado y de los cuales como tú han salido valientes, abnegados, enérgicos consigo mismos, justos y leales defensores del pueblo humilde al cual pertenecen, siendo firmes, decididos y activos en sus movimientos para dominar situaciones fáciles o difíciles.

Espero que sigas adelante, previniéndote para dar la batalla contra los enemigos del pueblo. No te dejes envolver mucho de los halagos de aquellos que no piensan como tú, ni han sufrido como tú y que a veces son capaces de entregarnos como Judas a Cristo.

Tu amigo, Rubén Jaramillo

LOS JARAMILLISTAS

En torno a Rubén Jaramillo se unificaron gran cantidad de líderes del pueblo, mismos que lucharían con o sin la existencia de Rubén; entre ellos había quienes heredaron su pasión de la Revolución de 1910 y quienes conociendo o viviendo en la opresión les nació el impulso de la lucha libertaria. Con esta clase de hombres que existen en todos los pueblos y en todas las épocas, se formó ese caudal revolucionario que llamamos jaramillismo. En este primer capítulo presentamos relatos que muestran la diversidad de orígenes y motivaciones de los jaramillistas.

* Primero Madero le pegó el grito a Porfirio Díaz, no había quién. Lucharon un año, 1910, terminaron y se concentraron en México. Y en México como a Madero le cayeron los terratenientes, los millonarios: “mira, esto y esto te vamos a dar”.

Entonces Madero dijo: “la ley... como siempre”.

Y Zapata dice: “¿entonces la revolución para qué fue?”

“Sí, pero no”, dijo Madero.

Entonces Zapata dice: “No, la revolución se tiene que seguir. Se reclamó las tierras, el agua y la justicia. Las tierras para el pueblo, el agua para el pueblo y la justicia para el pueblo”.

Y Madero dice que no, que ya está como siempre, como la ley de Porfirio Díaz.

Y ahí se vino, ahí se vino. Y entonces ya estuvo más feo, ya era guerra. En tiempo de Madero no era guerra. Nomás el gobierno llegaba, lo recibían y ya. Ya se triunfaba.

Y quiso desarmar a Zapata; Madero quería que se concentraran y que hubiera un banco de armas y Zapata dijo que no. Entonces se siguió la lucha. Después en Cuernavaca le hicieron un banquete a Zapata y en Jojutla a Gabriel Tepepa. Entonces era Tepepa y no Lorenzo Vázquez el general también de arranque. A Zapata no lo pudieron agarrar, pero a Gabriel Tepepa sí lo agarraron en Jojutla, en la tienda de un gachupín que se llamaba Lamadrid y lo mataron. Zapata se chispó para Cuautla. Entonces sí fue la guerra.

Mataron a Madero y entró este Victoriano Huerta. Entonces sí estuvo más feo. Huerta quemó el estado de Morelos. El estado de México, de Guerrero, no quemó.

Eso pensó para que se acabaran los zapatistas. Entonces ya eran zapatistas, no maderistas. Quemó los pueblos, todo lo que se dice Morelos, a’onde llegan los límites. Para el estado de México, de Guerrero, no quemó. ¡Para que se acabaran los zapatistas de hambre! Y no se acabaron, se multiplicó más. Entonces casi todo el pueblo se levantó ayudar a Zapata en contra del gobierno, y tuvo más fuerza Zapata. Empezó hacer levass Victoriano Huerta y todo eso. ¡Mas todo el pueblo se fue con Zapata!

* A Rubén Jaramillo lo conocí en 1912, en el Cerro del Jilguero, en una reunión que hubo con el general Zapata. Ahí’stuvieron casi todos los generales y ahí fue’onde conocí a Rubén, qu’estaba al mando del general Dolores Oliván. Pero

ya de allí no nos volvimos a ver; pasando esas reuniones, cada quien se va a su lugar. Ya cuando pasó la Revolución, cuando fue el asunto del difunto Emiliano, ya se habían rendido muchos y se'staban rindiendo. Ya nada más quedábamos unos cuarenta por aquí. Y nos perseguían, éramos perseguidos, nos quemaban los cerros, nos quemaban los campamentos y así nos andaban tráindo, como la pelota.

Pero no, no nos rendíamos... ¡no nos rendimos!

Ir al rancho, ni podíamos. Como había mucha gente, verdá, a favor del gobierno, intrigante, ni podíamos. Así anduvimos. Nomás que como no perjudicábamos a los pueblos, ni a nadie, pues teníamos la protección de'llos. Así anduvimos como dos años. Hasta que se dieron amplias garantías, enton's cada quien se metió a su tierra.

Y siempre la posición contra del gobierno, porque donde yo he vivido así, que me he venido cambiando de pueblo en pueblo, es porque no me han gustado sus manejos; y por donde quiera que yo llegaba, pues, se ofrecía así cualquier cosa de agruparnos, luego me ponían de líder... contra de los caciques.

Hasta que comenzó Rubén hacer su labor de agitación en bien del pueblo, hasta entonces nos volvimos a ver. Una vez vino a este pueblo. Estábamos tomando yo y don Juan cuando le habló don Francisco a don Juan, "que le hablaban por allá dentro". Y como con don Juan ya habían tenido una plática, ya entonces me dice: "vamos pa'llá dentro, vino aí un amigo, que quiere hablar conmigo y tengo confianza en usted. Venga, vamos". Y ya fuimos.

Allí nos saludamos y ya después de que nos saludamos, Rubén me empezó a platicar su trabajo cuál era, en bien del pueblo ¿verdad? y ya me dijo:

—"¿Y tú qué dices, vas de acuerdo?"

Yo, pues sí, le dije, mire usted, todo lo que sea en beneficio del pueblo... estoy para servirle, en lo poco que pueda.

—"¿Enton's estás de acuerdo en la lucha?"

—Sí, estoy de acuerdo.

—"Bueno"

Ahí fue por segunda vez que nos conocimos y desde entonces me tomó confianza y ya él me dio la comisión de que yo anduviera controlando... los pocos que pudiera.

* Yo me fui a las armas a los catorce años, cuando murió mi padre. Nada más dilaté como un año... casi corriendo. Porque ya entonces casi no batallábamos. En ese tiempo, 1918, muchos generales ya se'bían voltiado y ya no había contactos y el general Zapata se concretaba a quererlos controlar, pero la gente ya se le'staba dispersando. El primero que se rindió por este lado jué un tal Vitorino Bárcenas; nos fuimos a topar con la "terrible" que de la noche a la mañana nos dio zarpazo y nos echó a huir y con trabajos salimos.

Ya nos fuimos, sin armas, a la escapada, a la vida privada. Porque nosotros no nos rendimos, propiamente. Por eso nosotros no estamos reconocidos ante el gobierno; están reconocidos todos aquellos que se fueron a rendir a los enemigos. Y el general con quien anduvimos al último, todavía vive. Se llama Próspero García, vive en Tlatenchi, ya está muy viejo, ya ni ve. También él se fue a la vida privada, no se rajó, dijo "que no", que "¡los rendidos, deben afusilarlos!" Era su dicho dél. Antes me visitaba: "Los que no depusieron las armas ante el gobierno, decía, estamos todos abandonados".

* En tiempo de la Revolución yo era niño, quedé huérfano, me fui a Cuautla. Un primo hermano mío me llevó con el coronel Celestino Vega, que era de la dirección de donde venía Zapata. Ahí me dejó, yo llevaba un hermanito chiquito. Pues yo como niño que era, aunque pensaba en la muerte, pues yo me ponía a seguir al coronel Celestino, él me tenía como un hijo. Si iba con él y nos correteaban los carrancistas pues tenía que correr con ellos y cuantas veces nos correteaban tenía yo que correr también. En ese tiempo, creo en 1916, hubo un

hambre terrible y muchos murieron en Cuautla. No había que comer. Los zapatistas que éramos en ese tiempo, íbamos a la hacienda del Hospital porque allí habían dejado la caña tirada, toda la caña tirada y toda cortada, allí se marchitó, se secó. Y como en ese tiempo era hambre... pues el hambre nos hizo ir a traer manojos de caña y medio metro de caña seca valía cinco centavos. El hombre que tenía los cinco centavos compraba el pedazo de caña marchita y se ponía a mascar. Y los hombres que no tenían los cinco centavos y no compraban su pedazo, se sentaban a un lado y en tanto aquella persona mascaba la caña marchita, el bagazo lo sacaba de la boca y lo tiraba; otra persona que estaba enseguida volvía a coger el bagazo y lo mascaba otra vez.

Si las personas que estaban ahí sentadas en las banquetas comían plátanos, los otros esperando que tiren la cáscara para rápidamente cogerla y comérsela. Así fue el hambre.

* Me agarró Joaquín Amaro en Zacatepec y me maltrató de palabra, no me pegó ni una patada, pero de palabra... “desgraciados zapatistas ¿qué no les enseñó Zapata a trabajar? Les enseñó a manejar armas”.

’Taba yo encogido, engrapando una hebra de alambre. Ni voltiaba yo a verlos...

— “Desgraciados aunque no tienen que comer, aunque ahí van como Cristo desnudos, pero ahí van gritando detrás del ¡viva Zapata!”

Eso fue lo que me dijo Amaro, que apoyó a Huerta y estaba acampamentado en Zacatepec. Esa noche llegué a mi pueblo a cambiarme de ropa y luego me fui a Zacatepec a trabajar... bueno, a trabajar para saber lo que había.

* Yo andaba ahí jugando en la calle y cuando él pasaba yo me pescaba de su mano y me iba con él hasta la puerta del templo.

Allí se metía él. Yo siempre lo vi vestido así con una de esas guayaberas, les decían blusas de holanda; siempre muy almidonado, limpio, con sus botines y muy estrenado de sombrero. O sería el mismo, pero siempre pasaba muy arreglado él y la señora; porque también era muy arreglada. Él era Pastor. Yo muchas veces entré al templo con la curiosidad de ver qué hacían ahí. Luego también él pasaba, me hablaba y agarraba así de la mano o de los cabellos y me llevaba al templo. Tenía como una plataforma al centro y ahí estaba un como escritorio grande y unos libros. Entonces llegaba y las gentes estaban ahí en las bancas, sentadas, esperándolo. Ya empezaba él hablar, tomaba los libros y decía que iban a leer el versículo fulano, en la página quién sabe qué...

* Yo juí y le hablé a Rubén: Oiga compañero, ¿qué no le sobra por ahí una plaza vacante?

— “Pérate, dice, unos diez minutos... veremos, si no llega un camarada que’tamos esperando, ’tonces entras tú”.

Ái me quedé sentado, ’tonces fue cuando me habló:

— “Véngase compañero, vea, aquí va usted a trabajar”.

Y ái me quedé trabajando, en el Ingenio de Zacatepec. Bueno, pues ái estuve trabajando. Ái andaba y entro e poco... “pus que Rubén se levantó en armas!”, “y que se levantó en armas...” pues ¡ah!

“Que Rubén es un bandido”... es un bandido, pues.

“Que es asesino”... Es asesino, pues.

“Es un cabrón flojo, dicen, que no quiere trabajar”.

Y otros dicen: “No, pero Rubén tiene su ejido, Rubén es de campo, Rubén sabe trabajar”. “Pues sí, pero ora ya se convirtió en político, en cabrón”.

Pus bueno. Dicen que es bandido, eso es, pues.

Llegó el tiempo en que yo me salí de allí de la fábrica, por ciertos motivos... también me quise meter a cabrón, a político, cuando Almazán... ’tonces me salí yo de allí. Bueno, no es que me haya yo salido... ¡me sacaron!

— ¿Te corrieron?

Pos no, no me corrieron... ¡me correataron! ¡Pinches guachos, hijos de la chingada, desde enton's no los quiero! Fui con el partido de Almazán y... ¡pero, qué reparió, que tuvieron dos trabajos: de correatarme y regresarse y a mí me fueron a encaminar! Bah.

Entonces ya me vine pa' Cuautlixco y llegó Rubén por ahí. Y luego mi tío que en paz descanse, empieza a buscar la forma de echarle al gobierno. Y sí, lo echó a huir. “No, para mí que es un cabrón”, decía pues.

A través del tiempo me encontré con un amigo mío y amigo del Rubén. Entonces él me empezó a platicar, más o menos de él. Yo le empecé a meter sentido. Bueno pues, vamos a ve'lo. Si me convienen sus ideales desde luego 'toy con ustedes y si no me conviene, mano, se van pa'la chingada tú y él. ¿Cuándo vamos?

— “Déjame, dice, voy a ver en estos días a ver si está él donde está, y si está, vamos a ve'lo”.

Fue. Platicó yo creo con él, que si podía llevarme. Ya fui con él. Llegamos y ahí estaba en el campamento. Ya me presentó con él, nos saludamos y...

— “Bueno, ¿qué te han platicado de mí o qué has sabido?”

— No, no me han dicho nada, lo único que oído decir y que también lo he dicho... pues que'res un sinvergüenza, que'res un asesino, que'res un bandolero, pues eso digo yo también que'res...

— “Así dice la gente burocrática, dice, los bandidos; porque los bandidos son los que'stán en las autoridades ¡Esos son los bandidos! comenzando, dice, con el señor presidente, con los gobernantes y toda la banda de cabrones. Bueno... enton's, dice, mira, me da mucho gusto que te hayas aventurado a llegar aquí donde yo estoy. Pero si tú algo ya, dice, has platicado con este amigo...”

— Bueno, pues mira: si son tus ideales más o menos los de Zapata desde luego, le digo, estoy contigo. Soy tu amigo y estoy contigo. Pero si no son los mismos ideales... en contra del rico, mano, desde luego no estoy contigo. Pero como dice el adagio

vulgar, mucho ayuda el que no estorba: yo, si no'toy contigo, a que yo ande contigo, que por lo menos una razón yo te traiga de otro amigo, le digo, no te estorbo.

— “Ta bien, mucho gusto me daría que así juera. ¿Tu tío, dice, el general... de Zacatepec?”

— Pues ese aí'stá, digo, aí'stá viviendo. Así es, le digo, cuando no llega uno a la comprensión. Yo también, como te acabé de decir endenantes, te lo dije y lo decía yo, que'ras bandido, que'ras un flojo, que por eso te habías lanzado a las armas. Que desde luego, que si no hay quien nos oriente, tenemos que decir lo mismo.

— “Ta bien, dice, bueno, pues algo te platicó este amigo, cuáles son mis ideales”.

— Sí, algo. Quedamos entendidos, a que si seguimos trabajando. Soy tu amigo.

Enton's me fui y hablé yo con mi tío. Le digo ¿oye, tú que dices de Rubén?

— “Ese cabrón bandolero”.

— No, no es bandolero.

— “¿No?”

— No, fíjate que no. ¿Qué cosa fue que tú peleaste en la Revolución? ¿Por qué juites general?

— “Por una causa justa, dice, que nos convenía pelear”.

— ¡Ah bueno! pues este hombre también es lo que pelea. Una justa causa que nos conviene pelear a todos, le digo, no nomás a ti, ni a él. ¿Qué has hecho tú con tus cosechas que has tenido? ¿Quién las ha beneficiado, quién las ha labrado?, le digo.

— “El latifundista”.

— Bueno, ¿y tú?

— “Sí, nomás lo que me deja”.

Bueno, precisamente eso es lo que él no quiere. Si Dios nos presta vida y llegamos, o medio llegamos al poder, tendremos que comprar un molino o arrebatarle el molino aquí, le digo, al señor Guerra¹, para que'tonces allí se limpie el arroz de todo el estado o de toda esta zona y tendremos que arrebatarnos los

¹ Dueño de un molino de arroz y acaparador de cosechas de la región de Cuautla, Morelos.

demás molinos, para que enton's el arroz ya no se venda como se vende ahora; 'tonces ya el agricultor tendrá que vender su arroz ya pelado, le digo, para que él vea lo que se ganan y no el señor Guerra. Porque ese señor ¡hasta la madre te mienta y eres amigo, y te'stá robando!

— “Sí, dice, sí”.

Bueno. Enton's, le digo, este amigo eso es lo que pelea. Yo también estaba equivocado como tú lo estabas, o lo estás to'avía. Porque tú también decías que Rubén era bandido, que era asesino, pues yo también decía lo mismo. Pero no, le digo, ese hombre es un hombre bueno, un hombre sano, que lo que pelea lo pelea para todos, no para él. Para toda la humanidad.

— “¿Tú ya hablates con él?”

Le digo, no, no hablé con él, ¡ando con él en el cerro!

— “¿Tú andas con él?”

Le digo, sí, ando con él en el cerro. Nada más vine para platicar contigo respecto a eso y que quiero el parque de 30 que tienes ahí y el de máuser.

— “Si tú andas con él, dice, cómo no hijo, anda ahí está. Llévatelo todo”.

Ya me regresé. Jui y le digo a Rubén, quiúbole.

— “¿Qué pasó compañero, qué traís?”

— Bah, lo que te ofrecí, parque.

* Mi hijo se fue a la ronda y no parecía. Que llega y lo requeterregaña ¿y adónde andabas?

— “No, pu's que en cá de julano llega Jaramillo y... si oyeras tú lo que habla mamá, yo no sé lo que harías”.

— ¿Qué quieres que haga? No te andes ahí arriesgando a que te vaya agarrar la judicial, ya ves que a él lo persiguen.

— “No mamá, que mira, que es para los pobres, que's para el aumento del sueldo de los pobres, él no viene robando, ni nada”.

— No... dicen que es un bandido, que quién sabe qué. ¡No hijo, mira del peligro!

— “¡Pus que no!”

Bueno. Enseguida y que empiezan los del pueblo, los señores:
— “Nos has agradado para delegada”.
— ¡Se van por allá lejos, yo no me ando metiendo en líos!
— “Mira, que no hay otra mujer que nos desempeña más que tú, de aquí del pueblo, dicen, mira, que tú, pus ya que no tienes marido que te detenga, pues ir al’ora que te mándemos, adonde esté”.
— Ya les dije que no, y yo no me meto en esos líos.
Pues un día le digo yo a mi hijo: ¿Hijo, cuándo va a venir ese hombre? Dice:
— “Pues no sabemos” y luego: “pus que ya llegó en cá de julano”.
— Ora sí me llevas.

Voy llegando y que empieza a hablar el señor Jaramillo y... ¡me penetró!... sus palabras... No nos prometió grandezas ni riquezas, mas que una unión, que fuéramos unidos. Ya me fui a mi casa. A los ocho días les dije que sí, que era yo delegada. Así fue como yo empecé. Pues, “que sí, que iba a’onde él estuviera”.

Llevaba yo las comunicaciones de ahí de nuestro pueblito. Entonces me junto con una Carmelita, que ya murió. Esa Carmelita me gustaba como trabajábamos, pero luego empezó a fallar. Dije no, no vamos bien. Dejé ésa, agarré a Doña Cata, con esa sí, ¡trabajamos como dos mujeres! Nos íbamos hasta el cerro en que él estuviera. El peligro que había por acá, íbamos y le avisábamos: “por deste rumbo está el peligro más duro”. Ya cambiaba. Si estaba por Puebla, se cambiaba por ái por Toluca. Si en Toluca...

Y onde quiera él ’stuviera se juntaban. Era la reunión en un cerro, venían de los pueblos de los alrededores. A la hora de la hora, él los despedía y me decía:

— ¿Tú qué dices, me dejas aquí en el cerro o me llevas pa’ tu casa?

¿Qué quería que yo hiciera?: “vámonos para mi casa”. Como era un señor que apenas, de noche, a las doce o a la hora que fuera que entrara a mi casa, a esas horas él entraba por un lado con cuatro o cinco personas, dentro de un cuarto de hora ya’bía más de cincuenta; ¿qué quién les avisaba? no lo sé. Ya para mañana es doble.

Y así jue como me fui granjeando la voluntad dél. Y lo estimé y lo quiero hasta la vez, ¿y qué le vamos hacer? Sufrió y sufrí; porque a veces íbamos a verlo, adonde'stuviera, sin tomar agua, sin beber. No sé que acción me llevaba. Lo único, que hablaba tan bonito a favor de los pobres, a favor de todos los niños que estaban creciendo.

* Antes no se acostumbraba como ora. Ora, ves que hay libros; no, antes no, sino que te convencías de las cosas que estaban pasando por las injusticias; después de eso, lo que tú opinabas de lo que estaba pasando era por tu cabeza, ¿no? No porque decías yo lo vide con el libro fulano. Antes la gente se fijaba mucho en Rubén, pero así como te digo, nomás de su cabeza. Porque veías las injusticias y decías: bueno, lo que ese hombre esta'ciendo, lo está haciendo bien.

No sé bien por qué lo tomó tanto en cuenta la gente. Porque fue diferente esa lucha a éstas. Orita a cada paso 'tan oyendo que Lucio hizo esto, hizo lo otro y toda la gente se da cuenta de Lucio. ¿Y entonces, qué cosa se oía de Rubén? Y sin embargo llegó tan lejos su lucha, que hizo mucha gente.

Mi mamá cuando lo iba a ver me llevaba y veía yo que platicaban. Ái empecé a ver que la gente se animaba, ¿no?, y decían que... pues'taba bien lo que Rubén estaba haciendo.

Yo decía: pues sí, sí está haciendo bien. Lo que él busca para los pobres, es una cosa justa ¿no? No tenemos porqué decir que está mal. Bueno, ái empezamos a ver que'taba bien.

Pues fíjate que a mi mamá su enfermedad le comenzó por ir a ver a su compadre, donde se encontraba su campamento en Tepoztlán. Ahí fue cuando le comenzó su enfermedad a mi mamá. Sí, que hasta le decíamos: ¡Mira nomás lo que te vino a ocasionar tu compadre, que te'bieras enfermado! Y nos decía:

— “Bueno, si esto es lo que me fui a conseguir, está bien. ¿A poco me estoy quejando?”

Decíamos: pues ni te quejes, porque tú te lo buscaste. Iba

a verlo al campamento y le daba mucho gusto que vía que su compadre iba pa'riba, con mucha gente.

* Yo la confianza que le tuve al difunto Rubén Jaramillo es que fue un hombre que a todos los humildes, los llamaba, los atendía en las razones que le presentaban. Entonces al ver que nos trataba como si'biéramos sido sus hijos o un familiar, yo le tuve mucha confianza en que nos iba arreglar los asuntos de nosotros, de la responsabilidad que le confiábamos y fue terminantemente muy pegado a la ley; se basaba a la Constitución, se basaba en el Código Agrario y siempre les decía a las autoridades cualquier cosa pero basada conforme a los artículos de la ley. Y esa fue la forma de que yo le tuve también más confianza y se puede decir que hasta la fecha, que ya no existe.

Nosotros íbamos a algunas dependencias y veíamos, pues nunca fue por algún interés de que nosotros le diéramos un centavo. Él nos acompañaba a cualquier departamento sin darle un centavo, lo hacía desinteresadamente. Y por eso nosotros los campesinos lo rodeamos y si viviera hasta la fecha lo rodearíamos.

Tuve una discusión en México, que me preguntó la judicial si yo era jaramillista, yo le dije que sí, que si viviera yo siguiera. Dice:

— “¿Y bueno, por qué razón?”

— Pues él nunca nos llevó a robar, nunca nos invitó a robar, siempre nos invitaba a trabajar, pues por eso no tenemos qué hablar de él. Porque efectivamente cuando estuvo en vida, lo vimos y le pedimos cuando él nos llamaba y siempre agrupaba miles de gentes porque le teníamos confianza, porque nunca nos pidió un centavo porque nos arreglara nuestras cosas, nunca.

* Ya había terminado mis estudios, estaba en mi casa y Rubén

era amigo de mis padres. Un día voy y le digo: don Rubén, yo tengo necesidad de trabajar ¿no habría posibilidad de que me dieran una plaza aquí en el Ingenio?

— “¿Qué, ya piensas casarte?”

— No, pero necesito trabajar.

— “Mira, vente el miércoles”.

Fui y me dice:

— “Mañana te presentas en la grúa de patio, allí vas a trabajar”.

Sí, el jueves fui y empecé a trabajar. Empezamos a trabajar, a platicar, me prestó, entre otros libros, uno me gustó mucho: China Roja. Me gustó mucho porque desde chico, diez o doce años, llegaba a leer y recuerdo que leía de las guerrillas chinas, de que ya las habían exterminado y sentía así como dolor, como si fuera algo muy cerca de mí. Y cuando leí ese libro por eso me gustó mucho. Me prestó otros libros sencillos, de relatos.

Con el tiempo los problemas se agravaron. A Rubén lo amenazó Perdomo² de asesinarlo si se llevaba a cabo la huelga del 42. Y como se llevó a cabo, lo perseguían. Y un día se levantó en armas.

Yo no supe que se iba a levantar, hasta un día que fueron en comisión algunos obreros, entre ellos su hermano Porfirio y un hermano mío también y pues sin que me invitaran yo pedí acompañarlos. Llegamos a un lugar llamado Las Pilas, cerca Los Hornos, ahí estaba él. Entonces, pues me agradó mucho el ambiente revolucionario; me agradó la forma como él expuso sus puntos de vista, porque escribió una carta para que los conociera el Presidente. Y yo, pues anhelaba quedarme, nomás que como era joven siempre tenía respeto a mis padres. No me quedé, me regresé, pero anduve madurando la idea de irme al monte, a las armas. A los dos o tres meses, Rubén aceptó una tregua, digamos; se fue a vivir a casa de un hermano mío. Allí estuvo como quince días.

El día que se salió porque tuvo aviso de que venían aprehenderlo, yo ya había hablado con mi padre, de que pensaba irme

² Elpidio Perdomo García, gobernador del estado de Morelos de 1938 a 1942.

con él. No me dijo que no, al contrario, de buena gana aceptaron echarme la bendición. Mi padre era muy parco para hablar, era ya un anciano y en cierta forma me felicitó y censuró a mis hermanos que estando más comprometidos, pues se hubieran echado para atrás.

Me dijo “que la patria necesitaba hombres decididos” que si yo había tomado esa decisión, pus “que él estaba dispuesto a echarme su bendición”. Y así fue.

ESTE INGENIO VA A SER LA PERDICIÓN DE TODOS NOSOTROS CAMPELINOS

1 918-1942. En estos años, la lucha del pueblo morelense se traslada del terreno de las armas al de la política. Los peones zapatistas rescataron sus tierras pero sus opresores, los ricos hacendados, conservaron la propiedad del capital y con él desarrollaron nuevas mañas para despojar al pueblo del producto de sus tierras y su trabajo.

Al pugnar por la creación del ingenio de Zacatepec con dinero del gobierno en 1934, Rubén Jaramillo anhelaba liberar al campesinado del control de los capitalistas del estado, los dueños de molinos y descascaradoras de arroz que, directamente o, a través de coyotes, acaparaban la producción de la región imponiendo el precio que ellos querían. El arroz era el principal cultivo y por ello Rubén pretendía diversificar los cultivos para mejorar la economía.

Suponía también Rubén que con el carácter de cooperativa, el Ingenio podría ser realmente manejado por los obreros y campesinos, pero éstos no tuvieron la organización y prepa-

ración suficientes para controlar esa industria y sólo contaban como defensa con la voluntad incorruptible de Rubén. Al final se dejaron arrebatar el control del Ingenio por los políticos y millonarios apoyados en el poder estatal y federal.

* Después de la Revolución, quienes tomaron las tierras en vez de agarrarlas los campesinos, fueron los pinches gachupines de Jojutla y de distintos lugares: los arroceros y meloneros y todos éstos. Se dedicaban a todo, sembraban de todo, criaban ganado, todo... todo. Se juntaron los ricos de distintos lugares y como es una región muy rica, en ese entonces en unas cuantas “manitas” estaba acaparado todo. Así los Marure, los Pardo, los Calderón, los González.

Cuando pusieron aquel gobernador muy amigo de los campesinos, Ambrosio Puente, y amigo de Rubén, porque él había participado en la Revolución, y de una u otra manera llegó a coronel; entonces hubo asambleas, reuniones, entrevistas con él y decía: “Yo estoy de acuerdo, nomás que mira Rubén, hay una serie de fuerzas que se oponen al reparto de tierras y ya orita pasó mucho tiempo de la Revolución...” Y ya estaba de acuerdo en repartir tierras cuando fue a Jojutla y ahí iban a matarlo los gachupines, le dispararon y todo, pero entre Salustio y Rubén lograron sacarlo del zócalo de Jojutla.

* Después del 27 se fundó la cooperativa de crédito ejidal en mi pueblo. En ese tiempo estábamos dominados por los acaparadores del arroz, nos compraban muy barato, aplicaban castigos; entonces comenzó a crecer la oposición, se corrió la voz de que se iba a protestar contra esos señores. Ya en todo Morelos se estaba implantando la cooperativa cuando hubo el movimiento ese contra los acaparadores, el pueblo no estaba dispuesto a venderles a esos señores. Desde entonces el compañero Rubén andaba en lucha, ahí lo conocí y me pareció su manera de pensar. Aunque

aquí, unos le tomaron a bien su arenga y otros no.

Decíamos nosotros: “Bueno, si estamos exigiendo que nos mejoren el precio del arroz ¿y no vamos ayudar a estas gentes? No... ¡vamos ayudar!” Y pues el pueblo así es, unos quieren, otros no quieren o no se atreven. Hubo oposiciones, pero poco a poco se fueron uniendo todos.

* Así Rubén con sus luchas empezó a perjudicar a los ricos, los acaparadores y dueños de molinos de arroz. Él pedía todos los beneficios para la gente pobre. Cuando hicimos la sociedad de crédito para cultivar el arroz, el gobernador Ambrosio Puente¹ se llevó toditita “la costalera” y nos vino a pagar a diez pesos: “que se pignorara todo el arroz y que después, según se vendiera, se daba la demasía”. Vinieron a levantar el arroz y se llevaron hasta los costales y no nos dejaron nada; aún así se cobró un peso más que con los gachupines.

* Cuando se plantó el Ingenio yo se lo dije a Rubén: Este ingenio va a ser la perdición de todos nosotros los campesinos. — “No, que se te quite ese pensamiento. Este Ingenio es el que va a favorecer a todos los campesinos, porque el que no tenga tierras, tiene su trabajo aquí listo y tiene que’tar comiendo. Y nosotros que tenemos un pedazo de tierra, ’tamos trabajando para que esos pobres se ayuden”.

En cambio, ya vemos que no se está ayudando a los pobres campesinos sino se’están ayudando otros zánganos que están haciéndose capitalistas y millonarios, con el producto de nosotros los campesinos. ¿Qué gerente que’ntra al casco de la hacienda que no salga millonario? ¿Y di’onde, sino de la salú de nosotros? Entonces no se hizo el Ingenio para favorecer al campesino, se hizo para perjudicarlo.

¹ Ambrosio Puente fue gobernador de Morelos de 1927 a 1930.

* Nosotros habíamos venido de afuera; había obreros calificados venidos de otros ingenios, que incluso en algunos lugares fueron seleccionados y vinieron por el interés desde luego de ganarse más centavos, o de ascender algunos. Se fue componiendo el Ingenio, con una bola de trabajadores en la construcción. Algunos eran tacheros, algunos mecánicos y tacheros a la vez.

Rubén tenía la concepción aquella de defender el Ingenio para la pura cosa regional y en lo particular para los campesinos. Entonces Rubén cuando empezaba a pasar por la fábrica y con el montón de campesinos parecía perra en brama. Era una especie de guardián, se puede decir, de los intereses de los campesinos en aquella época. Él peleaba con la administración que tenía el Ingenio entonces porque las plazas fueran ocupadas por campesinos.

La zafra de prueba fue el 39. Antes de eso, del 37 al 39, el amigo Rubén agarró la cosa de meter el mayor número de campesinos y eso provocó el choque con los obreros. Entonces los enemigos comenzaron a aprovechar esa situación para azuzar a los obreros contra Rubén; los enemigos nativos de aquí del Estado, los enemigos que habían venido, los políticos agazapados ahí y los enemigos de allá arriba que no les convenía que Rubén agarrara la batuta de esa cuestión.

* Primero Rubén opuso los campesinos a los obreros, incluso llegó a decir: “pues no les vamos a entregar caña, a ver qué hacen los obreros”. Pero luego voltió y comprendió la alianza obrera campesina y comienza a hacer reuniones en conjunto. Si los obreros iban a la huelga, los campesinos tenían que respaldarlos levantando sus problemas. Si estaba quieto el campo y estaba en efervescencia la fábrica, luego se notaba cómo se alborataba el campo y sus problemas salían a la luz pública, pues los había de a montón. Prueba de ello es que después, el Sindicato era el cuartel general de Rubén y éste hablaba en las asambleas de obreros y entraba como

cualquier miembro de la Sección.

Pero en aquel choque de obreros y campesinos, antes de generarse, resulta que entre los obreros surgió un grupo de gente entre los que estaba yo. Esos obreros analizaron el problema desde un punto de vista más apegado a la política y acordaron hablar con Rubén. Así fue como se celebraron algunas pláticas con Rubén para hacerle entender que no convenía políticamente que él se enfrentara de esa manera con los obreros. Se logró irlo convenciendo. Pero resulta de que en ese relajo de reuniones, pues surgían pláticas de carácter político y él traía bajo el sobaco los libros aquellos de Flores Magón, *Semilla libertaria* y algunos de esos libritos incendiarios que él los estaba aprendiendo. Entonces allí se fundió su política, digamos. El era religioso y todavía oficiaba, pero al mismo tiempo ejercía esa defensa como influencia de la religión, pero leía a Flores Magón y nosotros ya le comenzamos a pasar libros marxistas. En ese momento se empezaron a hacer pláticas, digamos de más profundidad, al grado de que se fue ligando ese grupo de obreros con Rubén y él fue entendiendo muchas cosas, pero siempre con su previsión de no comprometerse mucho; él siempre trató de mantener su independencia política. Así fue como se pudo ir apretando los puntos que se debían discutir. Cada semana, lo que se acordaba yo lo hacía al pie de la letra: intervenir ante los obreros, hablar con ellos por los departamentos en el convencimiento de que Rubén era una persona que estaba dependiendo todavía de los campesinos y que no debíamos dejar que se ahondan, digamos esa opinión en contra de Rubén porque eso sería en contra de nosotros, sino buscar una alianza entre obreros y campesinos. Al grado de que a través de esa intervención nuestra, ellos nos buscaron más, se fueron interesando. Allí los teníamos los domingos.

Para 1939-40 las ligas fueron más estrechas. Notábamos que después de que ellos se reunían a veces, entonces se iban con nosotros como a convencernos de las pláticas que tenían, pero ellos venían de una reunión más cerrada y nos daban más o menos el panorama de una situación y que si nos comprometíamos a algo en torno a una lucha. Así nos fuimos apretando

poco a poco, al grado que tuvimos que comprometernos para salir al frente de la gente.

Cuando llegó la cosa del Ingenio, el general Cárdenas lo nombró presidente del Consejo de Administración. Entonces, él comenzó a luchar en favor de nosotros los campesinos. Tuvo muchas discusiones con los gerentes, donde les hizo saber de que los campesinos tenían derecho a cierta cantidad en tonelada. Entonces se notó que estaba a nuestro favor. En el Consejo de Administración se dio cuenta de muchas cosas, de muchas maniobras, entonces agarró experiencia siendo consejero, pues empezó a luchar. Entonces nos pagaban a nueve pesos la tonelada de caña; después fue con el gobernador Perdomo y no le aceptaron: “Que estaba muy bien pagada la caña”².

* Los pleitos del 42 vinieron cuando no alcanzábamos un centavo de liquidación. Esa fue la dificultad que hubo, que metíamos nuestras cañas y nomás sobraban papeles y al que le sobraba, le sobraban cien o doscientos pesos. Bueno, yo tanto me enfadé, que dejé de sembrar la caña tres años, pues ya no me sentía competente para seguir trabajando de gratis. Pero fíjense, llegaban las liquidaciones y puros papeles ¿pues qué soy burro para comer papeles? Por esto mismo fue la huelga; cuando esa, muchos campesinos ya no querían sembrar la caña porque ya no les daba la cuenta. Todavía tengo yo legajos de lo que costaban en aquella época los cultivos, y por qué reclamábamos que se nos pagara a quince pesos. Pero esa huelga la empezaron a atacar con federales, para que ya no siguiéramos peleando nuestros derechos.

* En el 42 los campesinos tenían problemas porque no les

² El primer año de zafra, 1939, un camión de redilas cargado con caña, semicolmado, pesaba entre 9 y 11 toneladas. En 1941-42, el mismo camión con la misma carga pesaba de 6 a 7 toneladas, lo que evidenciaba un robo escandaloso.

pagaban bien sus cañas. Les hacían maniobras en las liquidaciones, había veces que les descontaban dinero sin justificación, o si les entregaban una determinada cantidad, si la gente no sabía leer y firmaba con la huella, pus les entregaban menos dinero que el que firmaban. Muchas maniobras de la Administración. Con ese motivo, obreros y campesinos se unificaron, después que tomaron acuerdos los dirigentes obreros y campesinos.

* Se vino la lucha de los cañeros unidos a los obreros. Se empezó a hablar con el gerente³ sobre aumento de salarios y aumento del precio de la caña. El gerente se negó y se le emplazó a huelga. Se fijaron una serie de tareas por parte de los campesinos para levantar ellos sus problemas, también levantar los de los obreros. Así fue como se hizo una lucha que desembocó en la huelga del 16 de abril. Rafael Perales era el secretario general.

Con Perales hubo una gran divergencia, él no quería ceder, ni tratar de arreglarse, vamos, pero casi la mayoría se inclinaba porque se llegara a un convenio y cometimos el error de sostenernos. Aquella vez los que nos sostuvimos lo hicimos en el sentido de que se tratara de hacer un convenio lo más favorable, vamos. Claro que el Ingenio daba todo a condición de que salieran varios del Comité de Huelga: Perales, el secretario general, Federico Reed y varios más.

Esto eran reuniones a cada tercer día con Rubén. Venía desde Tlaquiltenango a discutir las cuestiones del movimiento y siempre acabábamos platicando los problemas de la política y esto del Ingenio nos parecía una chingaderita... Entonces el gerente habló con el gobernador Perdomo y éste llamó a Jaramillo.

Ya le dijo: “No sé por qué hacen una huelga al Ingenio. Comprende que esa situación es mala, por esto y por aquello. Todos los campesinos están bien ¿Qué más quieren, carajo? la revolución les dio la tierra...”

³ Zeferino Carrera Peña.

Después de ver a Perdomo fuimos a traer a Rubén para que no lo fueran a joder por ahí; iba una comitiva con varios coches del Sindicato. Se hizo luego una asamblea en cuanto llegamos y acordamos ocupar la fábrica. Entonces rodearon el Ingenio con federales. Al principio, por la buena querían que nos saliéramos del Ingenio, la cosa está en que nos sostuvimos y como a las tres de la mañana invadieron.

Pero ya habíamos tomado todas las medidas para llegar a un convenio si las cosas se ponían muy duras; íbamos a ceder, dando la idea de que los representantes seguían allá adentro, pero los habíamos sacado para que no fueran detenidos. Seguimos peleando sobre esa base.

Como también se peleaba el precio de la caña y todo aquello de los campesinos, el problema estaba en arreglar las cosas por separado, aunque al mismo tiempo fuera una lucha.

* A mí me tocó, junto con otros, ser comisionado a recorrer los ejidos cuando se hizo el paro del corte de la caña. En una ocasión fuimos a Tehuixtla y al dar vuelta por Galeana nos detuvo “El Polilla” y nos llevó a Zacatepec. Allí estuvimos unos diez minutos. En tanto, había una reunión en Galeana de ejidatarios de muchos lugares y cuando supieron que fuimos detenidos por “El Polilla” corren a la carretera a tratar de impedirle el paso. Pero ya habíamos pasado.

Nos llevó a la penitenciaría y allí nos tuvieron como cinco días. La misma presión que había por el apoyo que daban otros ingenios, hizo que nos dejaran en libertad por falta de cargos. Fuimos detenidos dos campesinos y cuatro obreros: Langarica, “El Macho Prieto”, Lucas, Alonso, Vigueras...

Cuando nos sacaron a declaración me tocó ser el primero; comenzó preguntándome un montón de cosas el juez o agente, no sé, y pues le contesté con energía, un poquito fuerte. Le pareció mal y me dijo que por qué le hablaba así.

— Pues esa es mi forma de hablar.

— “No, pero parece que usted es un líder”.

— No sé qué cosa sea eso. Lo único que sé es que defendiendo mi derecho y el derecho de mis compañeros.

Entonces el defensor de oficio le dijo: “No se olvide que la Revolución ha empezado a preparar hombres que saben defenderse, sin ser líderes”.

Así como le hablé yo, así todos. Parece que nos pusimos de acuerdo.

Cuando salimos, la huelga no había terminado. Pero los campesinos luego fueron obligados por la fuerza, por el ejército a doblegarse. Fueron y rompieron unas cadenas que se habían puesto en las trancas, para que entraran a cargar la poca caña que se había cortado y quemaron más cañas a la fuerza. Los mismos soldados anduvieron protegiendo a los que quemaban. Así quebraron el paro campesino.

* Cuando Elpidio Perdomo lanzó su candidatura a gobernador del estado, por entonces, yo, pendejo, me gustaba mucho la política de los desgraciados sin saber cómo me iban a tratar. Y ahí voy con ellos: ¡que vamos a Zacatepec!, ¡que va a venir el gobernador!, ¡que el presidente y que la chingada...! Y vamos a Zacatepec, ahí llegó el cabrón de Elpidio y que le dice: “Yo, Nicolás⁴, quiero que me ayuden a mi campaña política y que yo al pueblo lo voy a tratar como un amigo... y que compañeros y que...”. Me dice Nicolás: “¿Qué dices viejo, lo ayudamos?”

Le digo: Pues está difícil, esta campaña está bien fuerte, pero si quieres, pues le entramos.

— “Vamos a entrarle”.

Pus que vamos a trabajar de candidato a Perdomo. Pos amigo, por ahí andábamos en una chingada camioneta, ¡ojalá nos hubiéramos matado!, por allá en los altos, tierra fría y por allá, haciendo campaña política por Ávila Camacho y Perdomo. ¡Para lo que nos vino a pagar!

Después dije: Mira Nicolás, a ti no te conviene ayudar a

⁴ Nicolás, hijo de Emiliano Zapata.

estos hijos de la chingada ¡sabiendo que'ste gobierno mató a tu padre! ¡En pago estás lambiéndole las correas a estos desgraciados! No, yo no los quiero de plano mano, le digo, si yo pudiera devorarlos con una mirada, sería mejor. ¡Porque este no es gobierno de pueblos, es un gobierno de caciques! Un gobierno del pueblo debe cuidar los intereses del campesino, pa'que también trague. No. Es al contrario, también lo roba.

* Fue muy voluble ese Perdomo. Cuando andábamos en la Revolución, andaba de huaraches de tres agujeros, un gabansote colgando y siempre echando alcohol. Llegó a ser coronelito... pero sin pelear. Después llegó a la gobernación.

Cuando principió a contradecirse Rubén con Perdomo ya tenían confianza; eran del mismo pueblo. Le decía Perdomo: — “Mira Rubén, mientras no te camines de acuerdo con el gerente, no ha de llevar bien las cosas”.

Le dice: “Pus no, no estoy de acuerdo como va actuando el gerente, no camino de acuerdo con él, porque a los campesinos debemos de ver con más preferencia porque son los que hacen producir la tierra para todos y, dice, este hombre a los campesinos nomás los anda orillando...”

— “No, pero que tú no caminas de acuerdo...”

Bueno, a la de tres, le dice:

— “Mira Rubén, por eso nos fuimos a tiznar a la Revolución, dice, para darles su ejido, ¿qué más quieren?”

— “¡Ah, sí! ¿'tonces con el ejido ya los campesinos tienen todo?”

— “¿Pus qué más quieren?”

— “Mira, dice Rubén, yo sé que tú tienes tu ejido. Con el ejido tienen todo, deja la gobernación y vete a atender tu ejido”.

Dice: “Mira, ningún tal me ha dicho eso...”

* Una vez fuimos a Cuernavaca, a un citatorio que le man-

dó el gobernador para un estreno de un colegio que había en Cuernavaca. Yo vivía en Cuahuixtla y me llega un papel de Rubén. Me dice “vente, que vamos a Cuernavaca, quiero que me acompañes, pero... ¿es que vienes!”

Bueno, yo dije, algo le pasa. Pues dejé mis cosas y que me voy. Ya llegué tarde. Le digo ¿Vale, qué se te ofrece?

Dice: “Vale, se trata de esto, quiero que me acompañes a Cuernavaca a...”

— Pues vamos.

Llegamos allá con el gobernador. Que nos lleva al estreno. Y “Mire Rubén, este colegio que para que estudien los niños, que quién sabe qué...”. Y dice Rubén: “Oye... está muy bonito este colegio... muy bonito... pero aquí, dice, sólo pueden estudiar unos hombres de grandes capacidades, así como está este colegio de lujoso. Pero para un niño pobre, no está bien este colegio, dice, porque lo que quiere el niño de un campesino es alimentación, para que su cerebro desarrolle, para que su cerebro esté apto de estudiar... y puede estudiar debajo de un árbol”.

— “No, dice Perdomo, tú luego luego sacas al campesino. ¿A ti qué te da el pinche campesino? ¡Desgraciado campesino, tiene su tierra, tiene todo!”

— “Qué cosa tiene, dice Rubén, no, el campesino es briago, es todo lo que tú dices, pero es el que da más vida a toda la República, que todos estos colegios”.

* En el gobierno de Elpidio Perdomo hubo una inconformidad entre los diputados por sus anomalías y que no estaban de acuerdo con Perdomo. Le trataron de dar camarazo la mayoría de diputados. Precisamente eran vísperas para rendir su informe y como ya su caída estaba en Gobernación en México, pus ya no hallaba qué hacer este amigo. En contra de Perdomo estaba el general Pioquinto Gáliz, el general Demetrio Gutiérrez y otros que no recuerdo sus nombres. Resulta que viéndose apurado este señor y no tenía de quién apoyarse más, se acordó del compañero Rubén Jaramillo, que tenía muy buena amistad con

el general Cárdenas, y en él únicamente tenía la esperanza. Lo mandó traer a su gobernación.

Cuando iban a quitar a Elpidio Perdomo de gobernador, le pidió a Rubén que hablara con Cárdenas. Me dijo el difunto Rubén:

— “Vamos, acompáñame a ver cómo se arregla esto”.

Elpidio ‘taba llorando como mujer: “Toa’vía ni acabo de pagar el dinero de mi campaña política y estos desgraciados ya me quieren quitar”. Entonces se le habían echado encima Nicolás Zapata, Pioquinto Gáliz y ellos, algunos andaban borrachines.

Ái vamos, yo y el difunto Ignacio, “El Bolita”, nos juimos. Llegamos a Cuernavaca. Apenas llegamos Elpidio dijo:

— “Oye Rubén, el mejor coche llévate, a ver, hay que buscar uno de los mejores que haiga”.

Le dijo Rubén, “¿Qué más mejor que el tuyo?”

— “Pues llévate”.

Hasta coche nos dio y ái vamos. Llegamos a México. Que no encontramos al presidente, que había salido para Saltillo; y ái vamos para Saltillo, luego que no, que ya había salido para Aguascalientes y ái vamos. Allá lo fuimos a encontrar, y que se anuncia Rubén. Entramos. Y yo siempre cortito tras él, no me dejaba, decía, “ándale ¿tu qué?”. Que le explica Rubén lo que había y le dice el presidente:

— “Pero hombre, si esto está muy sencillo”.

Le dice Rubén: “¿Está muy sencillo?”

— “Cómo no, dice, el chiste es nomás que cambie a los diputados, ponga diputados nuevos y que aviente esos allá lejos, y sigue su periodo”.

Bueno, Cárdenas nos dio la idea y nos venimos. Pero Cárdenas le hizo ver que estaba defendiendo a un cabrón: “Ya verás cómo te paga”.

Regresamos, Perdomo ya ‘staba allá, como si hubiera sido criatura, nomás esperándonos y llegando: “¿Qué cosa tráis, qué cosa arreglaste?”

— “Tu asunto está sencillo, mira, dice Rubén, haz una junta y cambia a todos los diputados y pones nuevos diputados, y ya estás seguro”.

Así lo hizo. Mandó al diablo a los demás, puso sus diputados nuevos y siguió su periodo.

¡Para que lo tratara como lo trató después! Y yo le decía a él: esto no está bien Rubén... ¡déjalos que se los lleve la chingada mejor!

Ahora yo siento pues, Elpidio es de mi raza, pero así como trabajan hay que trabajarles también, aunque se sienta uno herido; pero si ellos son también los que están lastimando a la humanidad...

Así que: ¡Déjalos que estén heridos... ¡déjalos que se curen con saliva!

* Nosotros tuvimos problemas desde Perdomo, desde ahí vivimos luchando contra las injusticias d'esos señores. Es más, este Perdomo fue tan bajo, que cuando no pudo encontrar lugar para castigar al compañero Rubén lo agarró y se lo llevó para que lo reconociera a fuerza. Se lo llevó a la gobernación y allí lo tuvo sentado, lo amenazaba y le decía esto y lo'tro... Rubén quería hablar y ¡cállese la boca! 'taba rodeado de pistoleros. Y cómo fue su desquite cuando ya no pudo convencerlo ni castigarlo, ¡acabó por darle una cachetada! y amenazarlo con matarlo si seguía en la lucha. Sin embargo no lo hizo desistir, seguimos.

* Rubén terminó su periodo como presidente del Consejo de Administración. Luego, siguió enfrentándose a los problemas de los ejidatarios con el Ingenio. En una reunión de cañeros se trató de que para "fomentar la industria", a los cañeros les iban a quitar el dos por ciento de su producción. Ese era el pretexto. En realidad, lo que había era que el gobernador Elpidio Perdomo y una bola de canallas querían embolsarse esos centavos. Entonces no estaba Rubén en esa reunión, pero llegó casi en el momento en que se aprobaba esa cuestión. Al informarse, pidió que suspendieran la votación y al hablar les echó por tierra ese

plan al gobernador Perdomo, que ahí estaba. La gente dijo que no, y ya no.

Terminó la reunión y Elpidio estaba que se lo llevaba la tiznada, ahí agarró la riña. Luego lo llamó aparte, dice:

— “Ven Rubén, quiero hablar contigo”, y ya aparte le dijo: “Pero óyeme, ¿por qué jijos de la chingada te metes en lo que no te importa? Total, si tú quieres algo, dímelo y ya... ya sabes que somos amigos, yo te doy lo que tú quieras, pero no me andes haciendo estas chingaderas”. Ahí empezó la persecución de Rubén.

* Entonces según Elpidio y según Rubén eran muy amigos, pero como de costumbre, éste era un líder inquieto en defensa del pueblo, se reconcentró a su pueblo y siempre defendiendo a los cañeros, a los campesinos y a todos. Y eso no le parecía al gerente, que en esa época era Severino Carrera Peña. Entonces viendo que no se lo podía quitar de encima, vino hacer un tratado con Perdomo para que metiera en cinto a Rubén.

Elpidio lo mandó traer y se presentó. Le dice: “Oyes Rubén, te mandé traer para este asunto, yo quiero que te quites tú de estar defendiendo al campesinado y a los cañeros; ya no quiero que des problemas al Ingenio de Zacatepec. Así es que te metes al orden o te meto al orden. ¡Tú escoge!” Entonces Rubén le contestó: “Mis ideas revolucionarias no me las puede quitar usted señor gobernador, por eso nos fuimos a la Revolución y se derramó tanta sangre, precisamente, en defensa y libertad de los pueblos”. Entonces fue cuando le aventó la cachetada Elpidio a Rubén, en la cara, nomás que se sacó Rubén y no se la dio muy bien. Entonces le dice: “Esa cachetada que usted me aventó, quiero que me la aviente fuera de aquí, de su gobernación”. Se dio media vuelta Rubén y se salió. Y desde entonces fue perseguido por mandato del gobierno del estado. Desde ahí ya no lo dejaron vivir tranquilamente y lo volvieron rebelde.

¿Y POR QUÉ CHINGAOS VAN HACER ASESINO A UN HOMBRE QUE LUCHA POR UN GRUPO DE CAMPESINOS?

Al fin, salió Perdomo¹ del gobierno y entró su secretario, Jesús Castillo López² quien siguió la misma escuela de Elpidio Perdomo. Salió de la gerencia don Severino Carrera Peña y quedó como gerente su hijo Severino Carrera Ramos, quien siguió el mismo camino que su padre.

A las intrigas, calumnias y represiones que sufría Rubén M. Jaramillo, a quien ninguna autoridad oía en sus continuadas protestas, sucedió que un 12 de febrero de 1943 el esbirro del gerente, “El Polilla”, acompañado de 15 hombres, como a las

¹ Elpidio Perdomo García, gobernador del estado de 1938 a 1942.

² Jesús Castillo López, siendo gobernador del estado (1942-1946) movilizó al ejército, la policía judicial y a las defensas rurales del estado, hasta cerca de diez mil hombres para perseguir, capturar o matar a Jaramillo en 1943 y él mismo, protegido por buen número de soldados y policías, recorrió las rancherías del sureste del estado ofreciendo muchas cosas a los campesinos a fin de que colaboraran en la captura de Rubén, pero no contó con el apoyo popular a Rubén.

siete de la noche, fue a sitiar la casa de Jaramillo con el fin de asesinarlo, pero felizmente no lo halló, ni a él, ni a su familia, porque antes ya tenía el aviso de lo que proyectaban contra él y a esa hora pasó a otro domicilio con su familia, cerrando perfectamente bien las puertas, las cuales fueron bruscamente golpeadas. Al no encontrarlo se retiraron, pero la cosa no paró allí, pues el día 15 de febrero, o sea tres días después del asalto a su casa, cinco agentes de la policía judicial, de los más criminales del gobierno, fueron a buscarlo a su parcela donde, a pesar de todas sus vicisitudes, estaba cultivando su caña.

Al llegar dichos agentes a la parcela, él ya estaba en el cerro del lado sur. Los agentes preguntaron por él a un señor que estaba encargado del trabajo, quien les dijo que Jaramillo estaba en Zacatepec. Los agentes dieron salida pensando que allá lo encontrarían.

Jaramillo pensó que su situación ya era difícil de solucionarse por medio de la ley y de las autoridades, las cuales estaban todas confabuladas en su contra y nadie de ellas estaba dispuesta a oírlo en las razones que exponía. La cosa siguió el miércoles 17: Mario Olea³ estaba en el punto de La Cantora con seis agentes perfectamente armados, esperando que Jaramillo regresara del trabajo a su hogar. Eran como las cuatro de la tarde ese día cuando dicho Felipe Olmedo⁴ le dio aviso en la parcela de Fidel Brito, donde Jaramillo tenía caña, diciéndole: “Acabo de pasar por el puente de La Cantora y en ese lugar está Mario Olea con otros seis hombres, y tienen, a más de sus pistola, dos ametralladoras. Pienso que te esperan allí. Ya tú verás si entras o tomas otras medidas”. Y se fue. Apenas se había retirado Olmedo cuando le llegó otra razón de su esposa, diciendo que cuatro agentes de la policía judicial lo habían ido a buscar exigiéndole a ella que lo entregara. Ante esto, Jaramillo entendió que la cosa era ya demasiado seria y dejó inmediatamente su trabajo, ensilló su caballo, que el general Cárdenas le había regalado y que se llamaba “El Agrarista”...

³ Sanguinario jefe de la policía judicial del estado de Morelos.

⁴ Admirable partidario de Rubén.

Y el viernes 19 de febrero, es decir, a los ocho días del asalto del esbirro “El Polilla”, como a las 3 de la tarde, puso su sarape en el anca, se cambió de ropa, dio un abrazo y beso a su joven esposa⁵, tomó un rollo de periódicos para Ignacio Pozas, montó en su caballo y salió⁶.

* ¿Y por qué chingaos por un pedazo de tierra van a hacer asesino a un hombre que lucha por un grupo de campesinos que están muriéndose de hambre? ¿Por qué pues?, si todos tenemos vida, todos tenemos derecho a gozar un pedazo de tierra.

* Me fui con Rubén la primera vez que se subió al cerro. Yo ni estaba al tanto de los mitotes cuando me llegó una carta de él. Me fui para Tlaquiltenango y llegué como a las cinco de la tarde; ahí estaba él con el difunto Pancho Guadarrama, Miguel y otros. Los saludo y luego me dice: “Vale, pues estamos mal, porque la judicial me ha venido a rodear la casa”, ya estaban en calidad de armados y dice: “yo sé que anda por ahí alzado un tal José Barreto⁷ y quiero hablar con él. ¿Tú sabes dónde anda?”

Le digo, oye, no sé.

— “Mira, vete a indagar a dónde se puede encontrar”.

— ¿Pero qué cosa voy a indagar, si él ya anda en el cerro ni modo que vaya a buscarlo? Y le digo, pero si ya estás dispuesto y crees tú que no se puede remediar esto, ¡pues de una vez vámonos! Yo voy a la casa y regreso.

⁵ Se trata de Epifania Ramírez Zúñiga con quien se casó en 1924, luego se casó con Epifania García Zúñiga quien murió con él en 1962.

⁶ Jaramillo, Rubén y Froylán C. Manjarrez, *Op. Cit.*

⁷ José Barreto fue lugarteniente de José Inclán de filiación sinarquista, que por esos días se levantaban contra el gobierno aprovechando el descontento contra el servicio militar implantado en vista a la II Guerra Mundial. Después, este grupo se desintegró y varios de sus elementos se pasaron con Rubén una vez que aclararon sus diferencias.

Pues sí, que me voy a avisar a la familia que a ver cómo se las arreglaban porque yo ya no volvía. Que me regreso y luego luego en la noche salimos, como unos diez.

* Cuando la primera salida del difunto Rubén, cuando se remontaban al cerro, pasaron por aquí, vendrían ya unas treinta o cuarenta gentes. Entonces estaba yo de coime en el billar con mi suegro cuando llegaron. Llegó Rubén y le dijo a mi suegro: — “Compadre, ora es el tiempo”.

Entonces mi suegro le dice: “Compadre, usted en el cerro y yo en el centro”, y luego luego comenzó a juntar chiles, sardinas y a empacar.

* El gobierno... es lo que digo, nuestro gobierno tiene la culpa, todo por todo. Se acordarán que puso su ley de que uno iba a marchar y la juventud al sorteo para el servicio militar. Entonces aquí en mi pueblo salimos a escondernos: “¡Ahí viene el gobierno!”, nos salimos todos al cerro para escondernos del sorteo.

¡Y llega el gobierno! y “aquí una de dos: o entregan a los chamacos al sorteo y los grandes a la marcha o...”

Entonces uno de San Pablo, señor honrado, pega el grito y entre Chinameca y Pala corta los alambres de comunicación. Yo bajé al pueblo y encuentro a Daniel Roldán⁸ y le digo: ¡vale, ya se prendió la guerra!

— “Sí, me dice, entró un hombre de Guerrero, se llama Concepción Pérez”.

⁸ Daniel Roldán, con Magdaleno Contreras y otros compañeros, en coordinación con Concepción Pérez, también habían organizando un levantamiento, por propia iniciativa, contra el gobierno. No se sabe bien la inspiración política de este grupo. Se supone que tenía alguna relación con el grupo sinarquista de José Barreto y José Inclán, instigado por agentes nazi-facistas. Dicho grupo se desintegró pasándose una parte a las filas jaramillistas, cuando rompieron con aquél.

Le digo, ya la jodimos, se va a cargar de gobierno. En eso viene ese Madaleno Contreras allí de la Peña de la Virgen, estaba medio pardeando el día, se bajó de su yegua retinta, con la carabina y el morral de parque, con otros dos ¡ya de revolucionarios! Pues antes que pegara el grito Concepción Pérez, ya habíamos convocado a una junta y ya no se pudo hacer, pero se formó un grupo y nos fuimos al cerro.

* A mí me tocó la traba en Quebrantadero con diecinueve carros de gobierno, con todo y camionetas blindadas. Venía el jefe de operaciones de Puebla. ¡Para treinta que éramos amigo! ¡Y los andábamos quemando chingao! Era de noche. Murió hartito gobierno. De nosotros mataron dos. Se acabaron tres carros y no en emboscada, ¡en pleno llano y a caballo! Cuando salimos a la carretera venía la formación de los carros y sin saber que eran de gobierno nos topamos con ellos. Les marcamos el alto y un tal Pineda les pone su caballo delante con las patas sobre las salpicaderas y ellos no sabían ni quiénes éramos.

Fue entonces cuando nos trabamos a tiros, como les dije. Pero las que nos derrotaron fueron esas camionetas blindadas hermano, les tirábamos y parece que aventáramos tierra a un bote. ¡No les entraban las balas! Y esas nos correataron, estaba un alambrado y como quiera lo brincamos y nos chispamos. Llegamos hasta cerca de Santa Cruz, como a un kilómetro de Quebrantadero. ¡Ese kilómetro fue a puro proyectil, amigo! Los muertos ahí quedaron, y ya nos fuimos, nos reconcentramos. Ahí murió Magdaleno Contreras.

Luego salimos de nuevo, otros treinta. Allí en Los Hornos nos derrotó el gobierno, la defensa rural. Íbamos buscando a Pancho Guadarrama, porque sabíamos que también se levantó con Rubén. Luego nos cayó Cacho Peña⁹ allí en Teolinca y nos derrota... derrota digo, pero no fue ni una derrota, unos cuantos pendejos que corrieron, ¡porque el gobierno también tiene

⁹ Cacho Peña fue jefe de un destacamento militar en Puente de Ixtla.

miedo!; pendejos digo yo, porque, como decía un compadre de Xoxocotla: “con pendejos ni a bañarse, porque dejan ir la jabón”. Amigos, hay que decir la verdad, yo creí que se paraban.

Luego nos cayó “El Polilla!”, nos dimos unos cuantos tiros. El jefe de nosotros se arrancó con ese Daniel Roldán y nosotros agarramos para Huautla, El Salado y aquí nos juntamos. Yo eso lo conozco como el patio de mi casa... ¡Si fui zapatista!... pendejete... con permiso de ustedes y de San Miguel... no hay que decir de más. Y allí nos halla Jaramillo y este Pancho. Éramos treinta y ellos veintidós. Les dio gusto a Pancho y a Rubén. Y éramos cincuenta y dos. El que encabezaba la gente era Pancho Guadarrama, secretario era Rubén, yo lo sé porque Pancho y yo platicamos, fuimos compañeros cuando “El Tallarín”¹⁰.

Estábamos en El Salado cuando venían varios hombres a pie. Nos preparamos y me dice Pancho:

— “Ora fulano, ya se llegó”.

— ¡Pero vaya, a eso andamos!

Yo llevaba buenos muchachos, yo no era jefe nomás que... pues nos dábamos valor. Y ya pues que nos parapetamos y... ¡eran compañeros que venían a sumarse a nosotros!

* Luego a poco tuvieron un combate ahí en la Peña de la Virgen. Fíjense ustedes que ellos eran muchitos, no menos de

¹⁰ Enrique Rodríguez, alias “El Tallarín”, de filiación sinarquista y pariente cercano de Elpidio Perdomo. Apoyado por éste se levantó en armas durante el gobierno del Gral. Cárdenas y en apoyo al régimen franquista en España. En esa época todos los políticos se manifestaban de izquierda y se daba impulso a la educación socialista. Algunos maestros manifestaban su simpatía por el socialismo y eran señalados por la reacción clerical como comunistas. Fue el caso del Prof. Camerino Valle de Valle Vázquez y otro de San Pablo Hidalgo, que al ser encontrados por “El Tallarín” en el camino a Tlaquiltenango, Morelos, los asesinó por tal motivo. Al llegar Elpidio Perdomo a la gubernatura del estado, amnistió a “El Tallarín” y lo hizo Jefe de

unos setenta y cinco, ochenta, los que andaba trayendo. Los federales eran diecinueve los que se metieron, once a pie. Ellos se atrincheraron en el tecorral de la Peña de la Virgen y les entraron los once de infantería, que, pues ya habían perdido la opción, estaban rodeados y hasta dijo el teniente: “Ya no hagan fuego muchachos, vamos a rendirnos”, cuando aparecen arriba los de caballería y se les cargan a los compañeros del tecorral. Y luego que vieron los de infantería que desalojaban a los del tecorral y los echan a correr, pues “ora sí, hagan fuego”.

* Iba Pancho Guadarrama y el jovencito aquél, Juan Cruz, que iba de abanderado. En ese tiempo estaban esas canciones de Paso del Norte, ¡Qué chula es mi bandera!, ¡Qué linda es mi nación!... en esa época. El abanderado murió en la batalla de la Peña de la Virgen, en terrenos de Zacapalco.

Y es que Pancho le había dicho a Rubén:

— “Ya está bueno, dice, de que nos ándemos escondiendo del gobierno. Nunca nos vamos hacer de armas ni de parque”.

Y Rubén le dijo: “Pues si tienes ganas ahí está el destacamento de Chinameca”.

— “De acuerdo, vamos”.

Entonces llamaron al gobierno y éste llegó a Zacapalco, pero no nos encontró, estábamos en la Peña de la Virgen. Pero ya ves que es astuto, nosotros lo esperábamos a las tres, ya eran las cinco y el gobierno no podía llegar y pusimos vigilantes. La cosa es que los vigilantes desaparecieron y sólo quedaron dos, el que estaba para el lado de Chinameca vio que el gobierno se estaba descolgando por el camposanto de Zacapalco, entonces gritó: “Por allá no vendrá gobierno, está descolgándose aquí”.

Ya nos preparamos nosotros a caer sobre el pelotón, eran once de infantería. Pero nos habla Pancho, estábamos en una loma y él estaba así enfrente y nos grita:

— “Déjenlos, les vamos a dar un cargón de caballería”. Y entonces se va sobre ellos Pancho con todos los que traía él... ¡híjoles, en una acahualera que estaba allí con dos trancos los

arroyó, los hicieron bolas y los dominan! Ya nosotros quedamos nomás a la expectativa, detrás de un tecorral y unos magueyes, cuando por atrás grita la caballería del gobierno:

— “¡Aquí venimos nosotros!”

Entonces el difunto Pancho se da el cargón contra la caballería del gobierno; del primer cargón que dio salió ileso, se volvió a regresar, volvió a descargar y volvió a salir libre. El que lo tumbó fue uno que se había escapado de la infantería, que se hizo de un cuachalalate. Ese fue el que tumbó a los dos, a Pancho y a Miguel. Y ya Pancho nomás logró tumbar al coronel de caballería del gobierno, y ya, ahí murió. A Pancho lo que le entregó fue la confianza y es que traía como diez hombres con pura retrocarga y bien parqueados.

Luego se nos carga el gobierno, ¡pero duro!, y la escolta de Pancho, que eran los que iban bien armados, luego luego salió. Lo que nos tocó fue a metesol, nos ayudó la noche, si no, esa vez nos hubieran bailado ái bonito, pero como estaba pardeando, allí calmó.

Nos tumbaron a esos dos muchachos y otro de San Miguel Ixtilco, nosotros nomás les quitamos las armas, pues ni modo de sacarlos, se iban sobre nosotros. Allí terminó y terminó Pancho, terminó aquel amigo que se llevaron a Chinameca.

Pancho ya de más antes de por sí le gustaba harto la guerra. Ya había sido jefecillo cuando lo de “El Tallarín”. Cuando volvió a salir Rubén, él volvió a salir y claro, tenía arrastre de palomilla: Daniel Roldán y otro mentado Conce¹¹.

Cuando andábamos en el cerro le decía el difunto Pancho a Rubén:

— ¿Quién le puso el cascabel al gato, Rubén?

— “Conce, Conce... y Roldán”, le decía Rubén, porque ellos habían sido los primeros, antes, ellos habían hecho una bolita por allá y ya nosotros venimos remplazarlos.

* Resultó la cuestión de la marcha; creo que en ese tiempo ya comenzaron las discusiones en los pueblos, que unos querían

¹¹ Se trata de Concepción Pérez, ya mencionado, p. 57.

y otros no. Entonces Rubén nos dijo “¿qué les parece?”

Y como se dijo que el servicio militar era obligatorio, a los pueblos no les pareció. Entonces dijeron que tendrían que luchar porque no fuera así. Que no se fuera a marchar, creo decían a México, dijeron que en cada municipio o cada distrito, que allí se marchara.

* El servicio militar se hizo cuando la Guerra Mundial. ¿Empezó en España, verdad?, y desde luego que algo pasa bajo el agua que llegaron hasta nuestra juventud, a nuestros hijos que nos ha costado trabajo para criarlos y ahora se los quieren llevar. ¡Se querían llevar a nuestros hijos! al que saliera “agraciado” en un sorteo. Decíamos “el que salga, de todos modos no se lo llevan”.

Y luego delante de los militares que vinieron a la presidencia, empezaron a llorar la mamá, la familia y ahí delante de ellos dijimos ¡primero nos morimos que se los llevan!

Entonces yo estaba torote y “¡El que salga, de todos modos no se llevan!” Y no se los llevaron. Después siguió la bola con don Rubén, que lo perseguían de a feo y él se defendía con las armas en la mano y ya decían que también se le estaban agregando.

* La primera vez que vino aquí Rubén, vino defendiendo a los conscriptos, estaba la leva del gobierno, porque’taba mandando gente a otra nación a que fuera a pelear. Entonces vino defendiendo esa lucha. También prometió pues defender la causa del campesino porque nunca hemos tenido garantías nosotros del gobierno. La gente pobre vamos abajo, sin garantía, sin ayuda del gobierno.

Toda la gente casi, toda la gente apoyó a Jaramillo; todos los que tenían sus hijos en edad del servicio militar decían que si sacaban ficha negra tenían que irse y los padres eso es lo que

no querían, que sus hijos se fueran. Entonces cuando vino el Jefe aquí a mi pueblo, todos los padres que tenían sus jóvenes en esa edad, les pareció muy bien lo que él decía.

Él no paró de venir a visitarnos, porque él siempre estaba con nosotros y quizá le caímos para amigos. Aquí tenía como cuna o como cuartel general, en este lugar. Toda la gente del pueblo lo cubría. Porque al principio lo apoyaron también los ricos, ellos mismos nos propusieron que nos fuéramos con él: “Aquí estos muchachos son con usted por parte del pueblo y lo que usted nos pida, de por medio ponemos a estos hombres”.

* Después de la muerte de Pancho Guadarrama, al ver que tuvimos ese traboncito y mataron aquél, parte de la gente se desmoralizó y habla allí otro jefecito que se llamaba Miguel Almanza y ése empezó a dividir a la gente. Entonces se fue con pocos. Y ya Rubén y nosotros nos apartamos de ese Miguel quien ya se fue a escondidas. Y esto fue precisamente por una emboscada que pusimos allí en el Carrizal, en La Era, y Rubén ordenó y se corrió la voz de que no se hiciera fuego. Y ese fue el disgusto que tuvo Almanza.

Después volvimos a tener una reunión. Dice Rubén: “Miren muchachos, de todos modos orita ya nos desbaratamos, ya quedamos unos pocos. No hay que arriesgarnos y para el día primero de septiembre venimos a la Piedra Escrita”.

Entonces ya todos nos fuimos, unos se fueron conmigo, algunos les tumbaron los caballos allí en Milpitas y quedaron respantados y unos se arreglaron. Yo me fui a mi pueblo. Entón's el que estaba de ayudante, a mí me mandó traer dos veces: “¿no te vas arreglar?”

Pero ¿cómo me iba arreglar, si yo estaba de acuerdo en volver con Rubén?, estaba yo allí porque la cosa se había apagado, pero me andaba escondiendo. Nomás no dormía ya en mi casa, pero puse una huerta de tomate y estuve trabajando. Pero a él le daban cosquillas y “no, que vente, porque a mí me estás comprometiendo, que tú no estás arreglado”.

— Yo no me voy arreglar, le digo.

De todos modos yo sabía que me tenía que ir de nuevo. Y sí, el día primero de septiembre me voy de nuevo, con otros dos muchachos. Con Darío y el difunto Amador. Ya nos fuimos armados, por ahí buscando por 'onde nos decían: “no, que aquí estuvo pero se fue a Quilamula”. Vamos a Quilamula y “que ya se fue para Huautla”... así anduvimos como ocho días.

Era cuando estaba encerrado, creo en Galeana o en Zaca-tepee y claro, como uno tiene palomilla, “pus que ahí lo tienen escondido los obreros”. Bueno, pues enton's ya ni modo. Pero que hay otro jefe que está levantado ahora en Zapata, un mentado García, y yo: ¡pus ora ya andamos!, yo voy a buscar gente, pa'seguirle...

* Ya por ahí estuvimos descansando los que quedamos con Rubén y nos cruzamos rumbo a Tepalcingo y de ahí pasamos al rancho con don Adolfo que ya murió ahogado. ¡Pero ya nos traían a raya! ¡Enton's de uno, dos días y pélele!

Salimos de allí, bajamos hacia Chilpa y ya le dimos para Chiautla y Chietla. Por suerte nos metimos hasta Puebla.

Por ahí por Santa Cruz había un hombre que cuidaba una huerta de melón, tenía bestias mulares ahí, del patrón. Íbamos cansados. Me dice Rubén:

— “Necesitamos animales para los que vayan cansados. Aquí este hombre tiene bestias mulares de un gringo, o un español. Hay que ir a verlo”.

— ¿Cómo, dije yo, vamos agarra'las nomás, o se las pedimos?

— “No... hay que pedir las. Zapata nunca robó, Zapata agarró cuando tenía que hacerlo. Hay que pedir las”.

Miranda decía: “¿Y para qué es la carabina?”

— “No, no es pa'l pacífico, la carabina es pa'l contrario”.

Fuimos. Nos dio el hombre de cenar, le habló Rubén, le pidió las mulas y las dio.

Firmó Rubén; “Si nos va bien, le regresamos los animales”; “cuando hay lucha, hay esperanza”. Ahí las trajimos.

* Versión de un soldado:

A mí me gustó mucho la carrera militar porque yo soy muy recio. ¿Me entiende? y ahí se usaba mucho eso y no una gente muy pasiva, ahí se veía la gente que no sirve, toda esa gente que primero va a misa los domingos y todo eso. Yo era muy duro, francamente. Pero yo era así de por sí y cuando me ponían en el servicio de guardia, luego luego oía que decían “ya nos va a tocar este puto”.

Nos mandaron gente del Colegio Militar y no nos servía. Llegamos a salir con militares. Me acuerdo de uno de ellos, llegamos a un rancho y mandó un soldado a alquilar una cama y yo le digo ¿cómo cree que va alquilar una cama si nos vamos ir ahorita?

Él se oponía un poquito... como era el Jefe dice, “es que aquí nos vamos a quedar”.

— ¡No, la Nación nos paga precisamente por lo que andamos haciendo y cómo nos vamos a dormir!

Una cosa es el Colegio y otra cosa es allá. En el Colegio puros preparativos en el pizarrón: “Aquí está el cerro, el enemigo nos ataca por aquí, ¿qué tengo que hacer?”... Pero allá en el cerro no, luego estábamos cuando ¡zas, zas!, ya nos agarraban y no había ni donde esconderse. Yo le decía al subteniente: ¿Pus cómo cree que esto va a ser igual? aquí usted se tiene que hacer hombre, porque usted aquí no sirve para nada.

Cuando llegamos a Cuernavaca, Jaramillo estaba recién salido, creo que ya andaba con alguna bolita, recién salido del ingenio de Zacatepec. Porque él fue gerente del Ingenio, pero hubo muchos esfuerzos para poderlo sacar, porque no podían sacarlo, porque ya no lo querían. Entonces lo sacaron y se ha de acordar usted que le dieron mucho chance. Pero éste mejor se fue de rebelde... ¡porque sí se fue al cerro! Empezó a juntar gente, a juntar gente, hasta que reunió muchos en ese Tlaquiltenango, su tierra natal.

Llegamos hacer el campo militar en Cuernavaca y de un

momento a otro se soltó la cosa, entonces fue cuando nos mandaron a la sierra. Nos encargaban “tengan mucho cuidado, porque éste hay que agarrarlo, tanto como matarlo no, si se puede, hasta donde se pueda. Es compadre del general Cárdenas, puede resultar algo malo”.

Con su gente llegamos a topar muchas veces. Hay un punto que se llama Santiopa, allí nos rodearon el pueblo, porque había gente de nosotros allí. Entonces nosotros defendimos un ataque, estábamos en Axochiapan, y salimos precisamente a ayudarlos a aquéllos. Pues sí, tuvimos, que sacarlos. Agarramos unos 35 ó 40. ¡Andaba en grande! De nosotros andaba el 55 Batallón, andaba el 6to. Batallón, también anduvo el 3er. Regimiento de Caballería, que éramos los que estábamos encargados del estado. Eran tres corporaciones.

Lo anduvimos persiguiendo mucho tiempo, y a veces topábamos en pueblos, en ranchos y a veces en la sierra donde no había nada. Mucha gente de nosotros caía. Había un reclutamiento en Oaxaca y llegaban cuarenta o cincuenta hombres cada quince días y a los dos meses ya no había uno.

A mí me tocó mucha suerte. Si había veces que caminábamos quince días sin encontrar una casa. La verdad tiene mucha sierra ese estado... ya andábamos por Guerrero y no nos dábamos cuenta... ¡unos barrancos, que se perdía uno! A muchos teníamos que enterrarlos en los mismos barrancos, otros cerca de los ranchos. Y es que nos repartían en partidas chicas, ¿no?, y a veces topábamos; pero ellos morían siempre más.

La gente del pueblo, la gente humilde lo quería, lo estimaba, porque me parece que les prometía algo al terminar o al ganar, o a ver qué sacaría él. Y trataban de protegerlo, porque yo llegaba y decía ¿qué tiempo hace que pasó por aquí, o estuvo aquí este hombre?

— “No, pues aquí estuvo hace tres días”.

— ¿Qué tráí?

— “Pues tráí ochenta hombres”.

Pero la gente no daba bien razón. Pero nada más llegábamos con el ayudante o el presidente municipal de los pueblos ¿verdad? y éste decía “pues estuvo aquí” o “anda allá”. Pero si

estaba allí, nunca nos decía “sí, aquí está”; No: “por aquí pasó” o “aquí estuvo”.

Una vez que estábamos en el destacamento de un pueblo que se llama Huautla, que pertenece a Morelos, cerca de Guerrero. Bueno, nosotros llegamos a unas minas; esas minas ya no trabajaban precisamente por ellos, dejaron de trabajar y nos destacamentaron ahí.

Habíamos siete hombres, con siete hombres no sale un frente. Yo era cabo entonces... no, era soldado de primera. Siete hombres estábamos con un sargento. Como al mes llegaron ellos. Estábamos cerquitas de Huautla, a un kilómetro más o menos y nos llegó un señor con una carta allí, buscando al sargento, diciéndonos que si queríamos que entráramos, que ahí estaban ellos.

Y el sargento dice: “Pues ni modo, pues ese es el trabajo de nosotros y nos mandan llamar”. Entonces le dije que cuántos son. “Pos yo creo que pasan de doscientos”, Vamos a ver cómo le hacemos, nosotros habíamos siete y no traíamos armas automáticas, puro siete milímetros; usábamos automáticas solamente con el pelotón completo. Y ahí, el sargento tuvo que rodear, buscar el modo de entrarle. Le entramos hasta adentro. Todo el mundo se encerró, las calles estaban solas. Nosotros fuimos entrando y protegiéndonos sobre los marcos de las puertas y llegamos hasta donde estaban.

“Estos nos esperan por este camino, vamos a desviarnos y les entramos por otro lado”.

Pues sí, había una emboscada ahí, porque después agarramos a uno y nos dijo “Ahí están emboscados, ahí hay una barranca”.

Entonces tuvimos que retroceder, pero ya la salida nos la habían tapado. Yo corrí y me metí a una casa, que había sido como una tienda, pero estaba sola, no había nada y por una ventana estuve yo viendo. Otro se fue detrás de mí y estuvimos disparando de allí. Ya pues, al rato nos rodearon la casa. Íbamos siete pero cuando entramos a la casa ya nada más íbamos nosotros, los otros ya habían muerto.

Cayó el sargento y los otros. Murieron allí pues, todos, nomás quedamos ése y yo, los que nos refugiamos ahí. Yo le

dije a éste “ya nos rodearon la casa, aquí necesitamos que no nos agarren, éstos nos van a joder. Mejor de aquí nos pelamos, o haz lo que quieras”. Yo brinco pa’ fuera y como pude, sí tuve que salir, llegaba yo y me protegía en cualquier casita, ahí me sentaba y órale, me volvía a retroceder poco a poco, hasta que encontré dónde correr más y no me siguieron más; tuve que llegar solo donde estábamos acampados.

Entonces me dice una señora de uno de ellos, porque nada más una señora se fue, nos mandaron allá sin mujer, y esta mujer se fue de todos modos y dice ésta:

— “¿Pus qué pasó?”

— Pues quién sabe, cada quien corrió por todos lados.

— “¿Pero no te pegaron ni nada?”

Le dije que no, pero me dijo “traes esa sangre”. Traía un rozón, el zapato lleno de sangre. Ya cuando se me pasó, como siempre nos tenían sobre las armas a limpiarlas, entonces traté de abastecerla y estaba limpiándola, cuando esta mujer que tenía una pistola 38 del marido dice:

— “Vamos allá a darles en la...”

— ¡No hombre, cómo crees, hay mucha gente! le digo, necesitamos esperar. Que si nos van atacar aquí pues ni modo, pero ir a meternos allá, pues no creo ¿Qué vamos hacer?

¿Qué pudiéramos hacer nosotros dos? Allí nos quedamos.

Ella dormía dos o tres horas y luego se despertaba: “duérmete” y yo me dormía dos o tres horas, desconfiaba yo de todas maneras. Y el pie lo traía muy hinchado. Ella me lavaba con unas yerbas. Pero era una vieja muy lista; como a los cuatro o cinco días llegó el coronel con un camión con cincuenta hombres, dejó en el pueblito la mayor parte, mandó un pelotón completo a la mina, de allí ya me trajeron a mí en un camión.

Pero ellos eran muchos, traían armas muy este... pues no ventajosas, no, traían escopetas, un petardo, traían retrocargas, pistolas, algún rifle bueno.

* Estábamos en Paso de Ayala, un lugar apropiado para estar acampamentados unos días. Éramos unos cincuenta hombres. En la noche del 14 de octubre se tuvo una reunión, y pues se dijo que carecíamos de armas y que era necesario

buscar la forma de hacernos de otras mejores. Entonces se pensó en un pequeño destacamento que había en una mina llamada Tlachichilpa, del Mineral de Huautla. Para ello se planeó tomar por sorpresa al destacamento para que no hiciera fuego y quitarles las armas. Había unas ruinas, era un lugar apropiado para una emboscada. Los soldados tenían que ir de Tlachichilpa a Huautla y ese lugar se consideraba apropiado para caerles.

Se pensó en evitar derramamientos de sangre. Nosotros y sobre todo Rubén, tenía la opinión de que los soldados eran hijos del pueblo, que por hambre o por la miseria se meten de soldados, por eso en el fondo no había la intención de matarlos.

Silvino Castillo era el jefe de esa acción y él mismo propuso el plan. Se comisionaron ocho elementos, se les dieron las mejores pistolas que teníamos, pues se consideraba que era un lugar para usar armas cortas.

Se fue el grupo a Huautla. Resulta que los comisionados llegaron allá al pueblo y por razones que desconocemos, no cumplieron el acuerdo que se había tomado para la acción; llegaron y unos se sentaron allí en las bancas en una glorieta, otros que fueron a comer pan; otros que por allí para entonarse, se fueron a echar unas copas. La verdad es que se descuidaron demasiado.

Poco después se presentaron los soldados en plan de combate. Probablemente, con el fin de atraerlos, los compañeros hayan mandado una carta o que alguien del pueblo, algunos enemigos de Rubén hayan denunciado la presencia de los jaramillistas, porque la autoridad del pueblo no estaba en contra de nuestro movimiento. Llegaron los soldados, después de darles la espalda, dieron la vuelta y se presentaron ahí a la glorieta. Al llegar, nos platicaron algunos vecinos del lugar, pues dieron oportunidad a que los que estaban allí se pusieran en posición de defensa cuando menos, pero ni los que estaban, digamos tomando sus copas, ni los que estaban sentados se preocuparon por tomar una actitud defensiva. Tres de los nuestros estaban sentados allí, platicando con un panadero del lugar. Al llegar los soldados les dijeron.

— “¿Quiénes son ustedes? ¿Ustedes son rebeldes?”

Entonces alguien contestó que sí.

— “¡A ver, las armas!”

Entonces le quitan el arma a Juan Vázquez y a Silvino Castillo y luego le preguntan al otro: “¿Usted como se llama?”

— Yo me llamo Canuto Almanza.

— “Ah, pues a usted lo andamos buscando”.

— Pues aquí estoy.

— “¡El arma!”

Y cuando la sacó aparentemente en plan de entregarla, le disparó al sargento a quemarropa, pero le falló. Entonces el sargento con el arma que le había quitado a Juan Vázquez mató a los cuatro, incluido el panadero. Nosotros estábamos a una distancia algo corta de la población. Oímos los disparos y pensamos que, pues no habían podido actuar nuestros muchachos sin haber disparado y que era seguro que ellos habían actuado. Corrimos a caballo, nos metimos a la población e íbamos llegando al centro cuando una señora nos habla desde la ventana de su casa:

— “¿Adónde van, adónde van? ¡No se metan, el gobierno está parapetado en la glorieta! ¡Acaban de matar a unos compañeros de ustedes!”

Entonces nos quedamos en una bocacalle, ahí dejamos los caballos y nos metimos saltando tecorrales, llegamos al frente de la plaza y efectivamente, algunos soldados estaban parapetados en la iglesia, otros estaban en la glorieta y comenzamos hacer fuego. Vimos pasar unos soldados enfrente, les hicimos fuego y no dimos con ellos. Cuando les tiramos uno de ellos gritó: “¡ya tiran con carabina, jefe!” Se le notaba el miedo en su modo de hablar. Nosotros al ver que aquéllos cruzaron la plaza, que habían abandonado la iglesia, saltamos el corral y nos fuimos a enfrentar con los soldados de la glorieta. En este choque murió otro de nuestros compañeros, Trinidad Roldán y salió herido otro. Los soldados salieron huyendo. Les habíamos tapado las salidas pero un grupo nuestro abandonó su puesto, seguramente acobardado. Sin embargo, en otro punto estaba otro grupo y por allí salió corriendo el sargento con un soldado.

Entonces un muchacho, que le decíamos “El Chito”, le hizo blanco y mató al sargento.

Así fue como recuperamos las armas y recogimos su mauser. Entonces lo que hicimos fue levantar el campo, condujimos nuestros muertos y nos llevamos al herido. Así no dimos oportunidad al gobierno de presumir que nos había derrotado. En cierta forma, para qué negarlo, fue una derrota.

Dos de los soldados que se refugiaron en casas, se escaparon tanto de nosotros como de su unidad, se desertaron, dejaron la ropa allí, se vistieron de campesinos y huyeron. Después algunos compañeros llegaron a localizarlos por pláticas de ellos mismos y sí, desertaron. Nomás uno de ellos murió. Se supo de un herido que se metió a una casa, ¡lo supimos cuando ya íbamos de salida!

A Rubén lo fueron alcanzar y le dijeron: “Jefe, no deje ahí estas gentes, ahí están metidos en una casa, es oportuno pus cuando menos quitarles las armas”. Pero como yo salí con los muertos por delante, ya no supe por qué ya no quiso volver. Probablemente por no provocar más muertos.

* En los pueblos Rubén siempre hablaba. Lo que decía él era muy positivo y ora lo estamos mirando y la gente ora se’stá dando cuenta:

— “El rico nunca espera hacer una revolución, por qué, ¿pa’ qué la va hacer, para qué?, si él mismo se perjudica. Los que la debernos hacer semos nosotros, porque nosotros semos los que tenemos que defender eso, porque nos estamos muriendo de hambre. ¿El rico qué? El rico tiene su mujer, tiene su criada, tiene su pilmama, tiene hartos pesos. Donde quiera va y se sienta y aquí tiene todo por medio de su dinero, gozando... ¿Y el pobre? Allá con la pala. Ya se le pasó la hora, no le llegó la comida porque la señora tiene que atender su criaturita que anda arrastrándose en el suelo, ella con la pata a raiz, ái va corriendo a deja’le la tortilla, quemándose los pies y en el rayo del sol... ¿Por qué no vamos a tener nosotros aquella obligación de defen-

der nuestro derecho? ¿Por qué? Si nosotros no lo defendemos, entonces que nos capen, como los perros”.

Como dice un dichito: Que había uno y tenía su mujer y todos los días estaba afilando el machete, todos los días. “Y ándale vieja vámonos, vamos al cerro”. Llegaba ahí y agarraba los nopales y órganos y con el machete, estaban bien aguados pues los hacía picadillo “y así tengo que hacer picadillo al que te quiera”.

Un tunante oyó y “¿Pues qué de veras tendrá muchos huevos este cabrón? dice, ¡un día le quito la mujer!”

Y que se pone a espia’lo. En eso que llevaba la mujer pal campo y que le sale, dice: “¡oiga, tal por cual, a ver esa mujer!” Que la agarra y ahí se la lleva y el marido se quedó parado. Allá lejos vio que nomás ’taba mirando y dice: “este cabrón no pelea por su mujer ¡ora voy y lo capo!”

Que deja la mujer y que se viene, dice: “a ver hijo de la chingada, quítese los calzones, hoy lo capo”.

— “¡Ajay, dice, por mi mujer no peleo pero por mis huevos sí te carga la chingada a ti también! ... y vamos a chingarnos”.

Ya no quiso entrarle el otro.

Así nosotros. No podemos defender nuestro derecho, ¡mejor que nos capen! ¿Para qué chingaos servimos? ¿Pa’qué queremos esos toylotes que tenemos si no podemos sufragar este golpe de gobierno?, que porque nos mete en chismes, que tiene aviones, que tiene bombas y que Juan de la chingada. ¿Pero qué cosa tiene pues? Si pa’qué nacimos, sino pa’morir. ¿Para qué? Nacimos para una bola de pendejos, mejor que nos cargue la chingada a todos. “Que porque tenemos un pedazo de tierra”. ¡Ah! pero si con ese pedazo de tierra, chingao, estamos manteniendo a más de cuatro huevones. ¡Eh!

¡Usté está duro, duro y duro! Y el otro nomás con el lápiz: “Aquí me debes tanto, aquí tanto de contribución, aquí vas a pagar tanto de esto’tro...”. ¡Y se acabó la cosecha!, y no me quedó nada pa’tregar, porque él está haciendo cuentas con su lápiz y yo me estoy chingando con la pala, ¡eh!

¿Usté cree que está bien eso? ¿Por qué va estar bien? También que se chingue a trabajar, que agarre la pala y la yunta, y

¡órale cabrón a picar el buey, vamos a da'le!

Pa' que siéntamos lo que es dolor. No nomás decirle, pues el campesino debe tanto de contribución debe tanto d'esto.

¿Y por qué ha de ser eso, que el trabajo del campesino no lo reconocen? ¿Por qué? Si yo cuando mi madre me parió tuvo que haber comprado chocolate y pagar la partera y todo.

¿Y por qué estos hijos de la chingada nomás con el lápiz ya se cubrieron y ya tienen hartos centavos? ¿Y todo eso fue lo que se pelió? Porque nos fuimos a la Revolución y como escuincles no supimos lo que íbamos peliando, nomás por gusto ¡soy zapatista!

Pero ahora que venimos sabiendo, nuestra revolución que hizo Zapata, por defender un pedazo de tierra, por defendernos de las contribuciones, por defender muchas cosas. Estalló la revolución y volvimos a caer, como si estuviéramos pior que en las haciendas.

¡Nos están comiendo con contribución!

Antes el hacendado era uno, y ora no es uno, ora son una punta de zánganos que hay, ¡que hay más zánganos que cajones! Precisamente ese Zacatepec es un colmenar que'stá ahí, allí hay zánganos que'stán matando a las abejas, por estarse comiendo la producción ellos.

* Ya después los ideales del Jefe pues, ya fueron contra de los ricos. Y ya no les pareció bien lo que peleaba él, porque como primero no hablaba mucho en contra de los ricos pus'taban con él, luego cuando se explayó hablando contra de ellos se voltieron. Nos decía él: "En cada pueblo por chiquito que sea, tiene sus caciques y ese cacique al pueblo, al campesino, no lo deja que hable, que sobresalga en sus palabras o en representaciones. Nomás ellos".

Y en ese tiempo todos estábamos sujetos a ellos, porque en unas juntas que hacíamos en mi pueblo, si no venía un señor d'esos no se arreglaba nada, aunque todo el pueblo 'tuviera junto. Faltaba don fulano, faltaban dos ricos... y el pueblo no

valía. Aunque hubiéramos diez o veinte: “Ustedes no saben ni lo que dicen”, “falta el señor fulano”, y no se arregla nada mientras no venía uno d’ellos; y llegando él, sea su palabra chueca o derecha: “Esto sí se va hacer”, “porque ya habló el señor que sí”. Y cuando nos empezó a orientar el Jefe ya nosotros empezamos hablar que no era así, que todos teníamos derecho a la palabra, por pobres que fuéramos porque la misma Constitución lo decía que teníamos derecho a opinar, a defendernos, ¡bah! Y al empezar nosotros hablar, ellos se fueron asustando, ya respondíamos muchos.

Ya nosotros ’biamos empezado hacerles contrapeso. Una vez que ’staba Rubén en el cerro pelado y yo estaba también con él cuando llegaron ellos. Jueron a decirle que ya no se creyera de nosotros, de los pobres que “mire, no se crea d’ellos, Jefe, con nosotros tiene usted armas, caballos y dinero. No queremos que usted vaya con ellos ¿Ellos qué le van ayudar?”

Los dejó hablar y luego les dijo:

— “Si por un morral de tortillas piensan que me venda con ustedes, dice, no lo van a conseguir, ahí está su morral de tortillas. Amigos, yo he de ir con el pueblo y por el pueblo, por eso me he levantado a la lucha, dice, defendiendo al campesino”.

Ái se le enojaron más. Y ellos mismos, como vieron que ya no contaban con él, que ya no los atendió muy bien, pues se jueron a traer gobierno.

* En Santiopa mandamos pedir maíz y forraje a “La Leona” y él no quería dar, dijo que para los bandidos no había nada y nos dijeron que cuando llegaba el gobierno hasta les llevaba el zacate y el maíz y pa’nosotros no quería dar ni un manojo de zacate ni una maquila de maíz. Era el rico de allí. Que me manda a traélo:

— “Vas a traer a La Leona”.

Le digo, ¡aray! ¿Cómo lo voy a traer?

— “Pus tú te vas, a ver como cuántos muchachos te vas a llevar y tú me lo tráis, vivo o muerto, como quiera que sea, tú me lo

tráis”.

¡Bah! y que lo vengo a tráir. Yo le dije: Mira, el Jefe me mandó a que te llevara yo a como diera lugar. Así es que yo no quiero maltratarte, ni hacerte nada. Así es que me acompañas.
— “No, pero que me vaya hacer algo”.

— Vas conmigo, yo tendré que hablar por ti. No te pasa nada; nada más vas, hablas con él y ya.

— “Pues vamos”.

Lo llevé. Ya le dijo allá todas las cosas cómo se habían de hacer y todo. Y quedó conforme, ¡pero lo puso como lazo de puerco! ¡Bueno, si hasta nos llevó una olla de mole después!

* Cuando nos fuimos al Limón, cuando nos iba a chingar mi tío porque nos comimos un becerro; nos lo comimos pues, nos trajo al gobierno.

Que lo manda a traer Rubén; que lo cuelga y no lo cuelga. Estaba respantado mi tío. Le digo: Ya ves, por lo que andan haciendo ¿y uno con qué cara va hablar por ustedes, con qué cara?
— “No, que mira; yo ya no lo vuelvo hacer, son casos que no tiene uno experiencia, que...”

¡Pues para que veas la experiencia! Ái está la experiencia, mira. A ver’ora, ¡que venga el gobierno a quitarte la reata del cuello! Orita sólo yo, me tiene ái hablando por ustedes que... carajo, arriesgando me cuelguen a mí también por solapador.

Y no, Rubén nomás lo espantó y “cuidado con otra y vuelvan a andar ái con chismes, porque te mando sacar a tu casa”. Lo dejamos libre y ya después, ya no pidió más ayuda al gobierno.

* Cuando llegamos a un punto que le decimos el Palo Grande, Rubén le hace un recado a Miguel Pozas¹², que le hiciera favor de mandarle unos panes, tortillas pa’que echáramos pues un taco. Y éste, en vez de mandarnos los panes y las tortillas, nos manda al gobierno. Se fue a Puente de Ixtla y nos manda

el destacamento que estaba, que le llaman del “Macho Prieto” y cuando el gobierno llegó a donde mandamos el mensaje, ya nosotros estábamos en otro lado, ya nos habían venido a decir que Pozas había ido a Puente de Ixtla a ver a ese “Macho Prieto”, “que ahí estaban los rebeldes, que habíamos mandado a pedir comestible”.

Nos mandó al gobierno pues y agarramos tierra contra él. Entonces lo capturamos. Que si nos manda comestibles, o va él, ni tal cosa pasa, él se va libre y lo dejamos como amigo. Lo anduvimos traendo... ¡y se nos cargó el gobierno desgraciado!

Me decía el difunto Rubén: “Hay que quebrar este cabrón”.

No, le dije, no hay que matarlo, hay que dejarlo, porque mira, si nosotros empezamos a matar gente, entonces van a decir que no venimos a pelear una lucha, sino que venimos por venganzas. Así, ahí que ande, a ver hasta cuándo piensas que se vaya.

— “Bueno, dice, pues ahí que ande, pero no le damos libre, ahí que ande con nosotros pa’ que sufra también las corretizas que nos da el gobierno”.

Bah, y un día que le presto a Pozas mi caballo, íbamos a subir un cerro que le decimos la Mesa de los Toros, me regresó el caballo y dice: “Ya súbete mano, yo me voy andando”. Pues ándale, ahí que se baja, que se va quedando, se va quedando, y yo de por sí no hice caso, y cuando subimos a la Mesa de los Toros le digo a Rubén: Vale ¿y Pozas?

— “¿Pues dónde está?”

Digo: pues que ya se vaya el pobre, a ver qué rumbo tomó.

Cuando fuimos de nuevo al rumbo de Jojutla, que le digo a Rubén: Vale, vamos a hacerle un papel a Pozas, a ver qué nos trae.

— “Ándale pues. Hazlo en nombre mío y se lo mandas, que venga que no tenga miedo”.

Que lo hace y que lo mandó. ¡Y Pozas fue, vale! Ya no tuvo miedo. Y nos llevó un ayate con pan, unas sardinas, refrescos. A mí me llevó un pantalón y una camisa. A Rubén le llevó también

¹² Presidente municipal de Jojutla de 1941 a 1943.

un sombrero y unos huaraches.

Ya platicamos y Rubén le dice: “No mano, trátate bien, no seas canalla: venimos nosotros, con nosotros. Viene el gobierno, con el gobierno. Pero nunca voltees bandera, ni con uno ni con otro. Sabemos que tienes necesidad de atender a cualquiera que sea, pero no por eso nos hagas menos a nosotros; nosotros no te perjudicamos”.

— “Ahora sí ya estoy bien, yo los ayudaré lo más que pueda, estoy de acuerdo con eso”, dijo Pozas. Ya quedamos de amigos, pero esa vez nomás le mandé traer, ya nunca más.

* Nosotros nos incorporamos aquí a la defensa rural del pueblo. Y le digo a mi compañero, mira, estamos haciendo muy mal, si de repente llegamos a encontrar a Rubén ¿le tiramos?, no tiene remedio. Y él también no nos va a reconocer y no va a decir: “A aquéllos no les tiramos, son amigos”, no, tenemos que darnos de balazos, ¿verdad? Mejor vamos a verlo y nos vamos a renunciar a ser defensas.

Y fuimos con Rubén, le hablamos y no nos dejó: “No, ahí estense”.

Entonces yo le dije: Mira, y si te llegamos a encontrar más claro te vamos a dar de balazos y tú también nos tienes que dar de balazos, no vas a decir: “Ahí vienen mis amigos”. Por eso nosotros ya no queremos...

Dice: “No, no, ahí estense. Ustedes me van a servir mucho”.

Quiso decir que lo que óigamos por ahí en contra de él, se lo tenemos que decir, le servimos mucho.

* “Prevengan su gente, ahora sí nos vamos”, dijo Rubén, y salimos para el Mogote. “Tú te encargas de agarrar al primero que sea y me lo entregas, si agarras al ayudante municipal, al ayudante; si agarras al jefe de la defensa, al jefe de la defensa”.

Muy bien. Por suerte, hablando en la primera casita: Buenas

noches... una voz bajita, que se entienda; que no sea una voz golpiada...

— “Buenas noches, ¿qué pasa, qué pasa?”

— Mire, tenga usted la bondad de decirme adónde vive el comandante.

— “Pues estás hablando con él”.

— ¿Ah sí? deme razón, adónde vive el ayudante.

— “Allá... le voy a llevar”.

— Mire, traigo un asunto urgente, pidiendo auxilio.

— “Ah, orita”.

Llegando allá me acomodo y lo echo pa’ delante, corto cartucho y: ¿a ver, qué armas traes? No traía nada. Lo llevo con Rubén: Mira Jefe, aquí está el comandante.

— “¿Adónde vive el ayudante?”, le dice Rubén.

— “Le voy a llevar”.

Le digo, yo voy Jefe.

— “Bueno”.

Mire amigo, te vas a hablarle al ayudante diciendo que le habla el mero jefe; que salga con su fusil y con todo su parque que tenga, porque tenemos una salida, rápido. Y si usted va a hacer un medio movimiento, usted se muere. Y se mueren los dos. Cumpla las órdenes y sabe que vamos caminando bien.

— “Tá bien compañero”.

Ya me lo llevo, por supuesto yo con mi gente. Y llegando le pega un chiflidito. No le respondió. Le habla, se acerca a la tranquita: “Ándale mano, le habla el jefe fulano, pero saque su fusil y su parque y rápido que nos vamos”.

Y que va saliendo a la tranquita, nosotros lo teníamos parado así y saliendo le agarro el cañón del fusil; “A ver amigo” dos carrilleras que traiba, “¿a ver?”

— “No que...”

— ¡No se mueva porque se muere! Vámonos.

Llegando allí donde estaba Rubén y se lo entrego: Aquí está Jefe.

— “A ver ahora vayan a ver al jefe de la defensa”.

Y ahí vamos. Y siempre... el escandalazo de perros... cuando empiezan... ¡Ay, ese carajo lo sintió mal! Ladrando los perros

muy fuerte, cuando se brinca para otro lado, se pela. Pero ya, con todos nos desperdigamos, hicimos dos particiones con el comandante y el ayudante... Sacamos veinticuatro carabinas, algunas carrilleras, algunos talines de parque... bueno.

Llegamos a la ayudantía y “no sabemos ’onde se fue el jefe”.

— “Bueno, en prueba de que éste es Rubén Jaramillo... ¿no sabían que andaba por aquí?”

— “Jefe, pues no sabíamos”.

— “Bueno, pues yo soy Rubén Jaramillo. En prueba de que estas armas las vamos a ocupar y ustedes no saben cuidar a su pueblo... nos las vamos a llevar”. Y agarra un papel: nombre del ayudante, nombre del comandante... hace la lista completa.

— “Aquí les dejo” dice y firma: “Pasó aquí el jefe coronel Rubén Jaramillo y se llevó las armas y dice que pidamos más, para que sigan dando el mejor auxilio a su pueblo”.

A los soldados: “Ora sí, ya váyanse a dormir, como son hombres muy decentes que no hicieron ningún intento... ningún golpe se les da”.

* Empezamos a caminar de nohecita, rumbo a las Grutas. Fuimos a dar a la falda de un cerro, a la orilla del río. Estaba la jamaca a una distancia como de cincuenta metros. Ahí amanecemos. Como aquello de las once del día bajaban once soldados de las Grutas, con sus fusiles cruzados por la espalda, cuando dicen “ái vienen”. El que estaba arriba corría la voz, “Ahí vienen... a la orilla del río, pero vienen muy campantes”.

— “¿Cuántos son?”

— Son tantos.

— “Tá bien”, y ordenó Rubén: “déjenlos que crucen para saber cuántos son”.

Agazapados todos en sus lugares, calladitos Ya pasaron, se jueron. “No, ya no vienen más”. Y de regreso, como a las doce, una de la tarde, entonces sí. Le dijo a doña Juana:

— “¡Ja, ja, ora les vamos a dar un susto!”

Entonces dice doña Juana: “Jefe, déjeme saltarles por delan-

te, deme permiso jefe. ¡Qué sorpresa se van a llevar!”

— “Para que les saltes agarra la ametralladora”, y se la pone en las manos, “ya sabes cómo se maneja”.

Se pone detrás de un peñasco, allí se puso la señora. Y ahí vienen. Arriba ya estaba de gente así. Pa’bajo también. Ya nomás era cosa de agarrarlos a tres fuegos. Doña Juana les iba a saltar derecho, de pecho a pecho, por eso estaba detrás de la peña. Y ahí vienen, muy campantes. Llegando al punto cuando les dijo “¡manos arriba, no se muevan!” y les empieza a jugar la ametralladora y se le quedan nomás mirando así. “Tiren sus fusiles”.

Pega la sonrisa Rubén: “Déjenlos, no pasó nada”. Se arrima. Creo que como seis o siete tiraron sus fusiles ya los demás así quedaron.

Y ella bailando la ametralladora “¿qué dijeron? ¿Qué cosa andan haciendo compañeros?, ustedes no sirven para guardar. Mira, aquí están estas naguas, dice, estas naguas los vieron pasar. Creíamos que venían más, se jugaron a dar su paseadita, pero ora sí, nos entregan las armas”.

Dijo según el jefe: “Cómo no, con mucho gusto, no nos vayan a maltratar”.

— “No pasa nada”, se arrimó el jefe, “no pasa nada”. Agarró un fusil, lo empezó a voltear y todo eso: “tan buenas, pero éstas no sirven, para nosotros no sirven. Miren compañeros, ¿adónde está el destacamento?”

Que en las Grutas... y ya la gente asomándose... por arriba y por abajo y ellos así nomás vían por los lados y ya estaban blancos, blancos. En la vista luego se ve la sorpresa.

— “No se espanten, no pasa nada”, que agarra un papel y empieza a escribir: “¿Cómo se llama el jefe que manda el destacamento?” Fulano. “¿Y usted? ¿Y usted?” todos los anotó.

— “Van y se lo entregan al jefe. Le dicen que aquí está Rubén Jaramillo y si quiere, que aquí lo esperamos. Agarren sus fusiles, sin arrendar pa’trás, camínenle”.

Se llevaron los rifles ¿ya pa’que los perjudicábamos?, ya tráibamos hasta de a tres.

Y doña Juana: “y se acuerdan lo que les dicen estas naguas,

que este es un fantasma y en cualquier lugar se les puede aparecer”.

* Un día nos llamó a junta el Finado: “Vengan fulano, zutano...”, puros jefes. Cada quien mandaba un pelotón. Nos arrimamos y nos habló: “¿Qué dicen camaradas, seguimos adelante o ya están enfadados?”

Todos respondieron a su modo. Unos decían: “Jefe, ¿pues qué le haremos? ¿Qué podemos hacer, qué cosas vamos a seguir haciendo en estos términos”. Yo siempre me andaba acortando más atrasito y “¿Qué dice camarada? usted no ha hablado nada, estoy poniendo cuidado”.

Arréglese de los demás, le dije yo, que de mí... yo lo que digo es que ya estamos en la lucha y en la lucha vamos a seguir hasta donde Dios nos deje llegar nuestros pasos. No me gusta hablar una mentira. Y es todo lo que digo, vámonos adelante.

Algunos me dijeron: “compañero, pero no es el conocimiento eso, la cosa es que le andamos hartos y no vemos la cosa en efectivo”.

Pero yo he dicho que estamos en lucha y seguimos adelante, a mí no me gusta decir una cosa por otra, no crea que me raje, habrá un día que lo demuestre, así.

— “Tá bueno compañero”.

* A raíz de que los caciques de Huachinantla nos fueron a denunciar con el gobierno el 11 de diciembre de 1943 fuimos avisados de que se concentraba el gobierno en la cabecera del municipio. Entonces salimos muy de madrugada ese día, pasamos a una población donde hablamos con las autoridades municipales, luego dimos salida porque teníamos entendido que el gobierno estaba muy próximo. Pasamos a otra población, allí buscamos a la autoridad municipal y cuando estábamos tratando algunos

asuntos con esa autoridad, vimos en dirección de Huachinantla... venían unos de a caballo.

Uno de los compañeros dice: “jefe, ora sí me hago un buen caballo. Vienen a traer toros”.

Pero resultó que no eran los que venían a traer toros sino que eran soldados. Al ver eso, Rubén dio orden que se adelantaran unos y que hicieran resistencia en tanto los que quedábamos atrás podíamos salir. Así fue, se adelantaron, pero éstos o no entendieron la orden o no quisieron acatarla, se fueron de frente. Los que quedamos más atrás, entre otras cosas llevábamos una máquina de escribir; Rubén fue el último en salir y apenas si logramos escapar, porque nos venían cortando la retirada por el rumbo de la Carbonera. Pero al fin de todo, pudimos escapar.

En esa ocasión salimos catorce de los veinticuatro que íbamos, salimos catorce juntos. Por la tarde, ya anocheciendo pasamos a un cerro pequeño, estando un cerro grande a la izquierda. Le dijimos a Rubén que no nos gustaba pues quedábamos a merced del enemigo, pero él se interesó en que nos quedáramos por ahí para saber de los otros compañeros que se habían cortado antes y no sabía si habían sido muertos o avanzados.

Al día siguiente, doce de diciembre, esperábamos noticias pero no llegaron. Estaba copada la región de soldados. Entonces como a las once salimos por una cañada y estaban emboscados los soldados. En un momento menos pensado nos marcaron el alto; apenas hubo tiempo a responder cuando nos tiran los primeros descargues. Hubo heridos de parte nuestra y el niño Leonardo Aguilar que se empeñó en acompañarnos porque su hermano iba con nosotros, resultó muerto. A Rubén ya lo andaban atrapando. Nos dispersaron.

* En esa ocasión hirieron a Félix Serdán. Resulta que lo avanzaron y se lo llevaron. Más tarde supimos que estaba en el Hospital Militar en México y muchas veces lo visitamos, lo

visitó Rubén, platicamos allí con él, nos informa que también lo visitaba el general que lo había avanzado. A su salida, él fue instado por el Presidente a que lo visitara para ver en qué podía ayudarlo y cuando salió del Hospital y fue a ver a Ávila Camacho, éste le recomendó que se entrevistara con Rubén para proponerle la amnistía. Fue así como se dieron los primeros pasos para llevar a cabo la amnistía en la que participaron muchas personas.

Cuando el presidente Camacho ordenó que se extendieran los salvoconductos a Rubén y sus compañeros, entonces un jefe militar le preguntó: “¿Señor Presidente, y las armas?” — “Las armas que se le queden, para que se defienda de sus enemigos”.

Pero dice Peralta que luego le dijo Camacho: “Siempre es malo Jaramillo, ¿verdad? Yo ya había ordenado que se quedara con las armas, pero él me dijo que no tenía armas, que si las hubiera tenido otra cosa hubiera sido... ¡Es malo siempre!”

Ya con la amnistía, Rubén trabajó como administrador de un mercado en el D. F.

* Estando trabajando Jaramillo en el mercado “2 de Abril” se pensó que era necesario seguir la lucha; por diferentes vías se vino pensando en la necesidad de formar un partido. Algunos políticos querían luego aprovechar la fuerza de Jaramillo en Morelos. Así fue como más tarde surgió el Partido Agrario Obrero Morelense (PAOM) que tuvo arraigo entre el pueblo, entre la gente del campo especialmente. Claro que también había muchos obreros como miembros del PAOM.

Así en 1945 fue registrado y fue también cuando por primera vez se lanzó como candidato a gobernador a Rubén Jaramillo, que era auténtico campesino, representante de todos los campesinos morelenses.

* Hubo alguna propaganda por parte de los riquillos para hacer que la gente se apartara de la lucha de Rubén, diciendo que Rubén jugaba a dos cartas, que se levantaba en armas para entregar a las gentes.

En realidad, Rubén, la primera vez que fue obligado a tomar las armas, en plan de autodefensa, se desengañó de que el pueblo no estaba dispuesto todavía para una lucha violenta, entonces aceptó la amnistía precisamente con el fin de estar cerca del pueblo y luchar con él en contra de la explotación, en contra de los caciques, en contra de todo lo que oprimía al pueblo. En otra ocasión también fue obligado a tomar la actitud de autodefensa, volvió a levantarse en armas no porque él lo deseara sino porque lo obligaron y de esa manera los políticos, los caciques, los riquillos del estado... pues querían tenerlo separado del pueblo, para poder explotar y poder humillar al pueblo y hacer lo que ellos querían.

Entonces cada vez que Rubén se levantaba en armas ellos se sentían contentos, aunque estaban al pendiente de que él andaba en el cerro, pero se sentían más contentos para hacer todas las maniobras que saben hacer para quedarse con el sudor ajeno. Por eso cada vez que Rubén aceptaba la amnistía no era porque él estuviera de acuerdo con el gobierno o porque le hiciera el juego, sino porque él quería estar cerca del pueblo para seguir luchando junto con él.

RUBÉN PARA GOBERNADOR

y a por el día 15 de octubre de 1945 una comisión de campesinos llegó a la ciudad de México a comunicarle a Rubén M. Jaramillo que debería presentarse en el pueblo de Tlaquiltenango el domingo 21 de octubre, donde por primera vez en la historia del estado se lanzaba la candidatura de un auténtico campesino a la gobernatura del estado, contra la voluntad de letrados perfumados y de quienes los secundaban.

Los propagandistas se esparcieron por todo el estado para establecer los comités y levantar actas constitutivas para formar el archivo del Partido, el cual fue bautizado con el nombre de Partido Agrario Obrero Morelense, de lucha y acción permanente.

El hoy Jefe, Rubén M. Jaramillo, entró a la vida política revolucionaria al lado del pueblo, sin permitir arreglos privados con los políticos que sirven de rodillas a los potentados, que se han corrompido con las ínfulas del puesto y del dinero y se han apartado del pueblo¹.

¹ Jaramillo, Rubén y Froylán C. Manjarrez, *Op. Cit.*

* Cuando lanzó su candidatura en 45, se oía hablar de él, pero no lo habíamos conocido. Se decía que venía peliando los ideales de la Revolución, de que las tierras fueran libres de que sembrara uno lo que quisiera, no lo que quisieran los señores.

Un día se juntó harta gente aquí en Totolapan cuando se fundó el Partido. Hicieron la asamblea allí en la escuelita y me nombraron delegado, pero yo no quería, to'avía me defendí porque pues to'avía me falta mucho para eso, me falta lectura, nomás fui un año a la escuela, yo no tengo cultura...

— “¿Pero sabe usted leer?”, me dice Rubén.

— Pues algo, por la necesidad de civilizarme... Sé leer, sé escribir, pero nunca he andado en eso...

— “En tal caso, dice, el pueblo sabe por qué lo nombra”.

Total que me quedé asentado. Enton's en las elecciones, aquí triunfó y en toda esta zona de los altos, Nepopualco, todo eso. Porque a nosotros nos tocó llevar la documentación a Cuernavaca. La boleta respaldada: “Fulano de tal vota por Jaramillo”, cruzaban el distintivo y atrás el nombre. Ora nomás rayan y ya, para facilitar el fraude. Y ya me di cuenta, desde entonces no voto. Los de Zacatepec llevaron montonsotes de documentación. Pero se supo mucho que hicieron trampa, como ahora: lo que dice el PRI, eso es. Los que nombra el PRI, éstos son. Aun cuando el pueblo vote por otro, no lo hacen válido. Aquí ya van varios que nombra el pueblo para la presidencia y... nomás los que compran la planta en el PRI.

* A mí me tocó una manifestación en Cuernavaca, por la Avenida Morelos iba cantidad de gente, por lo menos tres, cuatro mil gentes, se llenaban muchas calles seguidas. Cuando pasamos por las oficina del Banco..., ¡híjole! Gritamos vivas a Rubén y mueras al gobierno, mueras a los ricos, a los caciques. A los del Banco ahí los tratamos de ladrones.

Después se hizo un mitin en el Zócalo ¡se llenó así de gente!, no cabía allí. Luego se trepó un compañero para hablar ahí y ya lo querían bajar los policías. A la mitad del discurso lo querían bajar pero se arrimó la gente contra los policías, los agarraron y se chisparon porque ya los querían desarmar ahí.

“Bueno, habla pero sin micrófono”, le dijeron, porque le estaba tirando mucho a los caciques, al gobierno del estado. Luego le trozaron los cables al aparato pero él siguió después a puro grito y señas. Hablaba bien. Rubén no lo dejamos que saliera, era riesgoso: “nos morimos nosotros y usted sigue”.

Cuando hicimos el mitin en Cuautlixco, entonces “El Pintor” era compañero, se las iba a echar de orador, pero no nos dejaron los federales. En Zacatepec habló Alfonso Navarro Prieto. Un mitin grande, dos, tres mil gentes. Hablaron los obreros de Zacatepec, vinieron los obreros de muchos ingenios, de Atencingo, de El Mante. Denunciaban lo que les hacían por allá y los robos a los cañeros.

Navarro decía en su discurso: “Fíjense que nosotros necesitamos un hombre que nos gobierne, pero que sea de nuestra clase. Ya no necesitamos que nos gobierne un hombre, dice, de corbata, un perfumado, porque no sabe las necesidades del pueblo. Un rico, dice, a un pobre nunca le hace caso y vayan a su casa del rico, que se alimenta más un gato o un perro, que un pobre. Al gato le sobra pan, le sobra carne, lo que el pobre no tiene ¿pues cuándo se lo va comprar?”

Se llenó el patiesote ése y es que allí se organizó la misma gente. Los federales, José Martínez, el teniente, se apareció por allí y lo andábamos cuidando, se iba por allá, ’taban los otros compañeros que lo cuidaban por allá y luego acá igual y dondequiera. A Rubén lo cuidamos mucho allí. Decían que no iban a dejarlo entrar y cuando entramos nosotros, de arriba de las casas tiraban confeti y “¡arriba Jaramillo!” Ese mitin sí estuvo más bien organizado en Zacatepec.

* En Zacatepec, mire, aquí iba don Rubén, yo aquí adelante, aquí otra y acá otra; de modo que íbamos... ¡y que se cayó el zapato!, que se quede, yo sigo mi paso y ahí va.

Don Rubén se agachó y “¿de quién es este zapato?”

— Shhh, es mío...

— “¿Por qué no lo levantas?”

— ¡Pues cómo me iba a parar si íbamos andando!

Luego me dice, cuando llegamos a la casa:

— “Bueno Paula... ¿tú no tienes miedo?”

— Bueno usted ¿a qué me convida? A cuidarle la barriga ¿no? Pues a eso fui, a cuidarle la barriga.

Porque de veras me metía yo como... ¡ni que un hombre, vaya! Pus al tirarle a él ¿quién iba caer primero? Yo, porque iba delante. Aquí doña Lola, aquí doña Cata y ahí vamos. Lo llevábamos nomás las puras viejas. En todas partes así le hacíamos.

* Temprano me fui a “vender naranjas” al cuartel de Zacatepec para ver el movimiento cómo estaba. Estaba en paz. Me jalo para Jojutla, veo que todo estaba en paz. Voy a la presidencia: ‘taban subiendo las ametralladoras arriba del palacio. Entonces me regreso hasta los pilares a esperar a Rubén. Llega, ya sabe que a eso ando, paró el carro y le digo: hay esto, esto y esto; usted ya no puede entrar porque está el alambrado, bien cercado el jardín, en el zócalo para que usted no pase... y las ametralladoras.

* En las elecciones nos dimos cuenta. En todas las casillas anduvimos recorriendo nosotros y los mismos compañeros nos decían que sí llevaba el triunfo Jaramillo; todavía salió en el periódico que Jaramillo era el ganador... pero luego en el recuento...

* En Xoxocotla quince votos tuvo el PRI, todos los demás para Rubén, incluso Vista Hermosa. Entonces a la hora de contar iban a levantar ya, vinieron los soldados que estaban arriba del templo, llegaron y se llevaron el ánfora, me la arrebataron y entonces le dije ¿y por qué? Si hay un artículo del reglamento, aquí vamos a contar y poner el sello.

— “Bueno, pues si quieres ir, vámonos entonces”.

Entonces me llevaron a Puente de Ixtla los de la mesa, con los soldados, en un carro, pero a mí me fueron a encerrar en un cuarto y me vigilaba un soldado, pero ese soldado se atarugó, ’taba mirando y ni se fijó por dónde me salí. Entonces me jui para donde estaban ellos contando y con unas listas de muertos estaban votando, votando, poniendo cruces. Y entonces dijeron:

— “Aquí éste no vale nada, aquí puro PRI”.

— ¡Pues así son buenos! les digo y que me van mirando...

— “¿Qué cosa buscas aquí?”

— Vengo a mirar... ¡así son buenos!, pero a los hechos no es así.

— “Ándale”, y vino el soldado y me quería llevar, pero en eso llegan los compañeros de mi pueblo que me fueron siguiendo y ya estaban en la puerta de la presidencia. Ahí nos tuvieron. Entonces después:

— “Ora sí ya está aquí. ¿De acuerdo con la votación?”

— No estoy de acuerdo, le digo, no es legalmente.

— “Pero mejor cállate”, dijo el presidente, “váyanse mejor”.

Por Rubén votarían unos quinientos, seiscientos y por el PRI quince, ¡y ganó!

* Una vez en Cuernavaca, un mitin en la tardecita, dice Rubén: “compañeros yo estoy sabido que de por sí no me dan la gubernatura, ¿qué dicen compañeros, nos lanzamos al cerro?”

Pus toda la gente grita que sí..., ¡que sí! ¡Que sí!

— “Alcen las manos”.

Y las alzarón todos. ¡Todos las alzarón! Yo me quedé así nomás ¿verdá? Y’taba un compañero así juntito y:

— “Bueno y usted ¿por qué no alza la mano? ¿Nó más de entrada se hace usted el loco?”

Le digo, señor, el alzar la mano no es trabajo, ¡el bajarla! le digo; a mí no me va a enseñar usted.

Nos’tábamos ya haciendo de razones y entonces le habla Rubén: “¿qué pasó amigo?”

— “No, pus que no alza la mano”.

Y Rubén lo que le dice, le dice lo cierto: “Usted no sale como él sale”.

* Luego nos vinieron a levantar porque somos jaramillistas, el destacamento de Zacatepec. Nos vinieron a levantar de noche, nos llevaron allá, “que nos confesáramos” y “que nos iban a matar”.

Bueno pues, aquí estamos. Éramos cinco. Primero llamaron a uno:

— “Bueno ¿y tú qué?”

Se confesó: “yo nomás’taba haciendo propaganda, como dijo que iba a ser gobernador, pus andaba haciendo propaganda para ayudarles”.

Y otro: “nomás llegaba a mi casa, que hiciéramos junta con otros”.

Y así los otros, pero el último que fue, entre cuatro o cinco hay un cobarde, entonces ése dijo... yo oí, ’taba un corredorcito:

— “Yo les voy a decir todo si no me matan”.

— “No, dinos pues y te dejamos, luego luego te vas a ir”.

— “Pues fulano era el que andaba invitando a la gente para llevarlo a la gobernación. Mengano... allí llegaba Rubén a trabajar, ahí tiene su máquina de escribir. Zutano andaba invitando a la gente a levantarse en armas con él”.

— “¿Eso es todo?”

— “Sí”.

— “Ándale vete”.

Y yo estaba parado por acá en una esquina oyendo y que

llega el capitán Martínez² y me da mi cachetada. “¿No dices que no sabes bien y cómo andabas invitando gente para que se levanten en armas con él?” Le digo, mi capitán, si invitara a la gente yo me iba primero, ¿cómo nomás le iba yo a decir a uno vete, levántate en armas con él y yo nomás sentadito en mi casa? ¡Eso no es cierto, necesitaba que yo fuera por delante! Nomás dicen eso, pero no.

Esa noche me sacaron y me llevaron hasta Oacalco a una escuela, allí me iban a colgar en un palo prieto. Me pusieron el lazo y le dije yo al destacamento que estaba allí: mira, mi teniente, si yo anduviera con Rubén en armas, no me encontrarán en mi casa y no me encontraron con él, me encontraron en mi casa, atendiendo mi trabajo. Yo fui zapatista, eso sí, pero jaramillista no. ¡Fui zapatista y mi general fue aquel que de veras cargaba huevos, Amador Salazar; por donde iba, ¡se le paraban los pelos al gobierno!

Y les dije la última palabra: Si quieren los llevo a buscarlo pero denme con qué y vamos, hay que buscarlo porque no sé dónde esté, voy con ustedes.

Y eso pensé, los llevaré por allá por los Hornos, dándoles vueltas, mataba alguno y... a huir. Pero no quiso, dice: no, ahí te vas con todo y arma, total que no me colgaron.

² Por esta época el teniente José Martínez fue ascendido a capitán después del asesinato de Jaramillo. De ahí que los testigos lo mencionen indistintamente con uno u otro grado.

SI LO MATAN ESTÁ BIEN, SI MATA SE ECHA DE MALAS Y NOS DEJA EN PAZ

***E**n el mismo año de 1946, fecha en que tomó posesión Escobar Muñoz¹, Jaramillo formó su programa de trabajo y mandó hacer muchas tarjetas con un círculo azul y rojo. Comenzó la tarea de reorganización del Partido entarjetando a cada uno de sus miembros y fijándoles una cuota de cincuenta centavos mensuales para sostener los gastos del Partido.*

El martes 27 de agosto de 1946, Jaramillo llegó por la tarde a Panchimalco, donde el pueblo esperaba en el local del Partido. Comunicó al comisariado y su ayudante que tendría una junta y que le hicieran favor de tocar la campana para reunir a los compañeros. Así fue.

Llegaron a la escuela del pueblo donde había no menos de 300 gentes reunidas. Comenzó la plática con la asamblea, donde se explicó el asunto económico de los campesinos, en relación

¹ Ernesto Escobar Muñoz fue Gobernador del estado de Morelos de 1946 a 1952.

con los irrisorios precios de sus cosechas y la necesidad de organizarse debidamente para defender el fruto de su trabajo. Luego se trató el asunto político.

Cuando dijo Rubén Jaramillo: “esto no le tiene que gustar a los políticos que engañan al pueblo y tendrán que echársenos encima, pero sabremos resistirlos, pensando que los beneficios que el pueblo ha venido recibiendo no se los han regalado, han costado sangre y vidas. Pero yo pregunto a ustedes: ¿Por quién hemos recibido esos beneficios? ¿Por los que se han rebelado o por los mansos y buenas gentes?”

Toda la asamblea gritó: “¡Por los que se han tornado rebeldes!”

Entonces dijo Jaramillo, “Si esto es así, justo es que tributemos un grito de ¡vivan los rebeldes!” Puestos de pie, toda la asamblea gritó: “¡Vivan los rebeldes!”

En esto penetraron los señores de Defensa Rural Federal disparando sus fusiles, obligando a Jaramillo a ejercer su defensa en medio de un tremendo tiroteo que volaba los cristales de las ventanas de la escuela².

* Cuando jugó para gobernador ganó abiertamente, inclusive le dieron el gane, le reconocieron momentáneamente el triunfo, pero luego hubo una maniobra y pus le dijeron al que era presidente del PAOM: “Aquí tú la decides, aceptas perder de buena gana o pierdes de todos modos”. Ahí fue donde hubo el choque entre los jaramillistas y él, porque se voltió.

Después de ello Jaramillo se dedicó a reorganizar al Partido (PAOM), recorriendo los pueblos, organizándolos ya legalmente como Partido reconocido, pero no hallaban cómo maniobrar para echarlo nuevamente a correr; entonces estando en Panchimalco en una asamblea fue atacado por sorpresa por la Defensa de allí. Anselmo Reyna uno de los pistoleros del Ingenio buscó

² Jaramillo, Rubén y Froylán C. Manjarrez, *Op. Cit.*

pistoleros allí mismo en Panchimalco. Había unos que eran muy amigos de Rubén, a uno que le decían “El Pato” y otro, eran jefe y segundo jefe de la Defensa. A ellos les ofreció Anselmo Reyna dieciséis mil pesos porque mataran a Jaramillo, los dieron la gerencia de Zacatepec y el gobernador.

Entonces fueron dizque agarrar a Rubén, que no era ese el plan, era cuestión de matarlo. Llegaron, él quiso hablar, no lo dejaron y lo agarraron... lo tenían agarrado y entonces ya fue cuestión de que la gente, para quitárselo, pues tuvieron que hacer fuego contra los pistoleros y cayeron muertos, la gente salió. Inmediatamente en México salió en los periódicos que Rubén se había levantado en armas y comenzaron a perseguirlo.

* Él ya no tenía la intención de levantarse en armas, como decían los del gobierno. Siempre nos platicaba que le daríamos lata al presidente o a cualquier gobierno que estuviera; que nos diera tierras con agua para trabajar.

Otra vez me dijo: “¿qué te parece que si mejor solicitamos tierras por otro lado?” Y yo le decía, pues usted verá. Si usted está por el lado de ayudar a los campesinos, vamos a luchar. Y siempre le dábamos lata a Ávila Camacho, después al presidente de ese tiempo. Y a cada gobernador siempre la lata era de que él agrupaba a los campesinos, para la misma misión de los ejidatarios que no tenían parcela de regadío, que se buscara la forma de cómo tendrían un pedazo de tierra, pero con agua. Después vino el descontento y él como le perseguían, se fue al cerro. Porque después de defender a los obreros por el precio de la caña, fue desconocido por el gobernador Escobar Muñoz. Entonces se fue al cerro, lo persiguió el gobierno. Ya no lo vimos. Se cumplió lo que querían esos políticos, “si lo matan está bien, si mata se echa de malas y nos deja en paz”.

* “Se trata de traer unas armas, de ahí de San Vicente”, dijo Rubén.

Enton’s cuanto camión pasaba, cuanto camión esculcaban.

- Le dije, dame pa'l pasaje y yo voy a tráí'las.
- “¿Vas a traerlas?”
- Sí.
- ¿Y cómo le vas a hacer?”
- Tú dame p'al pasaje y yo veré cómo le hago.
- “Pero, ¿y si te agarran?”
- Pues si me agarran, ya me agarraron. Pero'ténse al pendiente, porque no puedo saber si voy aguantar los chingadazos. No te voy a decir que soy muy hombre, que yo no voy a chillar. No mano, 'ténse al pendiente, le digo.
- “Pues ándale, vete”.

Que me voy. Sí... me entregaron las armas como a estas horas. ¡Le subo... chingao... al cerro! Vengo a bajar a Ticumán, a pie, cargando dos carabinas y dos pistolas; como seiscientos tiros. Como a las ocho de la noche'taba en la hacienda de Xochimanca... ¡solitito!... ni alma en la chingada hacienda que tan pesada, que espantan... A mí ni me espantaron. Atravieso el cerro, agarro y caigo al camino de la Nopalera. Llegué, como a las doce de la noche. Ellos andaban así... a deshoras... no dormían... ¿dónde anda?... ¿qué pasaría?, no vaya a ser que lo hayan agarrao... ¿dónde está?

Que doy la contraseña. Que me responde. Que vuelvo a dar la contraseña... se viene uno de'llos y “¡quiubo mano!”

- Quiubo.
- “Pues qué pasó”.
- Ya, dije, ya...
- “Estábamos como priocupados pensando ya te hayan agarrao”.
- No... dije, gracias a Dios, cárgate la maleta que ya me cansó. Dice: “'araaajo ¿to'o esto vienes cargando?”
- Pero hermano... ¿qué hago?
- Que llevo, ¡Quiubo!
- “¿Ya regresates?”
- Ya, vale, ya regresé.
- “¿Qué tal te fue?”
- Pues... bien porque ya estoy aquí con ustedes... Aquí tienes esta carta.

La abre, lee la carta. “Bueno, ’tá bien”.

El que me entregó las armas fue uno de la judicial.

— “Entonces ’tá bien, dice, seiscientos tiros, faltan cuatro”.

— Tiré, le digo, como cuatro con la pistola, de la Nopalera pa’ cá, le digo, le tiré a un zorrillo.

— “¿Cómo de la Nopalera, pa’ cá?”

— ¡No, si me vine andando!

— “¿Desde San Vicente te viniste andando?”

— Desde San Vicente.

— “¿Y cargando to’o esto?”

— Cargando todo esto.

— “Carajo, hermano, no tiene remedio, de veras...”, dice.

* Anduvimos por el cerro del Jilguero. Un 12 de diciembre bajamos a las juntas de Nexpa, el río grande, volvimos a subir al Jilguero y entonces fue cuando le entramos a Quilamula. Rayando el sol, o sea, amaneciendo, andábamos ya adentro desarmando la Defensa Rural. Los agarramos dormiditos, entramos casi oscuro. Diez por aquí, diez por allá, hasta que juntamos a todos. Allí agarramos once fusiles, agarramos algo porque no teníamos nada, mendozas.

Al otro, dimos la salida... y que nos dan espera. Íbamos rumbo al Jilguero, cuando una señora nos dijo: “Allí está el gobierno”.

— ¿Dónde?

— “Allí, en tal punto”.

Entonces cortamos, hicimos corral y les dimos. Dicen que eran dos pelotones. Si salió uno, sería mucho. Pero todas las armas, todas, las ganamos; avanzamos una thompson, media metralleta. Luego, pues ya con más gusto nos fuimos a La Era y bajamos a Las Juntas y pasamos al otro lado del Río Grande. Y entonces pegamos a otro cerro que nosotros le decimos el Órgano. Allí estuvimos como mes y medio.

— “¿Y qué comían?”

— ¡Pues allá está la tormenta, ahí había de ver, ese es el duelo! ¡Ai andábamos, apretándonos la barriga.

De allí volvimos a subir a Nexpa y volvimos a sacar algunos rifles y retrocargas, de lo que había, las pedimos a la gente y nos las dio.

* Cuando otra vuelta ya andaba en armas, llegó por acá y el gobierno se le volvió a echar encima. Entonces vino lo del “rifle sanitario” y como Rubén se paró por lo ricos, fíjense que otra vuelta, volvieron agarrar los ideales dél. Sí, lo apoyaban para que sus ganados no se los mataran, porque venía una ley que dicen que iban acabar con el ganado corriente, cuando Miguel Alemán. Rubén hizo circulares, donde les hablaba a todos los ganaderos que se unieran a la lucha dél. La matanza por aquí ya no llegó. Casi no se murió ganado por la enfermedad.

* Cuando la fiebre aftosa, que querían matar todo el ganado, Rubén sacó al presidente de Totolapan; lo mandó traer, no lo sacó: “que fuera a la salida del pueblo”. Le dijo allí que hablara por el pueblo, que la autoridad tenía que hablar, que no mataran el ganado, y que si él dejaba matar, con él empezaba: él seguía del ganado, enseguida.

Eso me platicaron ellos. Cuando esto, quiso que no, el presidente habló con el gobierno y ya no: “que no vinieran ya hacer eso del rifle”.

Y no vinieron. Y sí le pegó la enfermedad al ganado, pero era curable. Lo curamos a puro limón y yodo. Se aliviaba. Y eso pasó hasta por Toluca. Yo llevé a mi señora a Cuauapulúa porque estaba enferma y allá: “Gracias a ese señor que anda de revolucionario en Morelos no mataron nuestro ganado” y “mira, en aquel pueblo”... se veía cerquita, “Tianquistengo, allá sí entró el rifle sanitario”.

Pasó año y meses, luego volvió a estar medio calladito aqué- llo, se puso medio en paz eso del ganado... por Rubén Jaramillo.

* En todo tenía control él. En las rancherías y poblados chiquitos. Así que por ahí, pues, no sufríamos porque todo eso estaba controlado, 'taba de acuerdo. Llegábamos por allí, mandaba un correo ¿verdá? y ya nos sacaban los alimentos. Así es qué por ahí no sufríamos. Si acaso sufríamos en una andada, que agarrábamos todo el santo día o toda la santa noche, pues ahí sí. Pero llegando algún lugar, pues no sufríamos. Nomás cuando llegamos a la Tigra, pues por ahí estaba el gobierno... enton's le dijeron a Rubén: "Mire jefe, no podemos sacarle los alimentos porque, pues, allí hay gobierno, pero mate usted reses, nomás atore usted los cueros en los árboles y que no se muera de hambre su gente. Nosotros respondemos". Y así lo hicimos.

* La que siempre lo apoyaba y ayudaba en todo era mi mamá. Mi padre no se fijaba en nada, él no tomaba en cuenta las cosas que pasaban. Decía que éramos pendejos: "¿Cuándo hemos de arreglar esto? Lo que vamos arreglar es que un día nos den un chingadazo, como a todos".

Por eso cuando el difunto necesitaba dinero, nomás él aparentaba qu'era su compadre. Ella opinaba que la lucha de Rubén estaba bien y que ella se esforzaría lo más que pudiera para ayudar a su compadre y así lo hizo. Entonces tenía mi mamá una marrana así... y manda Rubén un compañero. Ese día me dice, "¿qué haremos? tu padre no hace caso. Pero... pues no hay más, que se va ir la marranita a pasear". Que vende mi mamá su marrana, que junta el dinero y que lo manda. Y como se encontraba el difunto por ahí, por los cerros, cerca, mandó pedir comida a la casa. Y le mandó mamá las tortillas, mira así... sardinas, chiles, blanquillos... chingo grande.

Yo luego le decía: ¿Para qué tanto mamá?

Decía: "No... pobre, sabrá Dios cómo la va pasando él allí, con su gente. Yo aquí como a la hora que quiero y él ahí no. Con él hasta donde pueda".

* Tenía yo la muina con Mario Olea, jefe de la judicial en el estado, porque le vendía una poca de caña pues él tenía un trapiche allí en Tlahuacan. Me pidió la caña para moler, de acuerdo con la hacienda. Se la vendí yo y siete individuos, siete parcelas. Pero empezaba a cortar la caña dejando dulce en el cojoyo como medio metro y a todos se los hacía pero como tenían miedo, pues se aguantaban. Y yo fui y le reclamé al encargado: Oiga, va el corte muy mal.

— “Pus el jefe así mandó que se haga”.

— No, el jefe manda en lo suyo. En lo mío no manda el jefe.

— “¿No?”

— No, el jefe de usted, de mí no es jefe.

Entonces lo busqué en Yautepec, Cuernavaca, Jojutla y no pude hallarlo, se me escondió. Y, legalmente, fui a Oacalco y como la hacienda me había refaccionado fui y les dije: ¡Hombre, el señor Olea está cortando la caña muy mal!

Entonces vinieron dos señores en un coche y llevaron unos cojoyos. La hacienda vio el corte mal. Lo llamó, le recomendó y ya cortó bien la caña. Pero allí me agarró entre ojos, me fichó; a todos les dio su pago menos a mí. Y antes de liquidarme los centavos, me puso una emboscada para matarme. Venía yo con otro amigo que vino a visitarme; ahí veníamos cuando paró un carro, como a las once de la noche, en la calle, lo apagaron y ahí nos esperaban. Yo me quité la ropa blanca que tenía encima pa’ metérmele encuerado. ¡Le agradezco la vida a ese hombre! “No se meta, dice, nos están esperando. Nos vamos mejor a buscar un tramo oscuro”.

Tienes razón, le digo. Me querían agarrar y echarme al carro.

Luego mandé un sobrino a que me diera las pesadas y no me las mandó. Mandé una tía que tenía parte también de una parcela, con carta poder. Ni así me entregó las pesadas:

— “Dígale a su sobrino que venga, le dijo, no me lo voy a comer. No soy león”.

Agarré y que voy con un muchacho, le digo, ¿vamos?

— “Vamos”, dice.

Como a las cuatro de la tarde, esperé que se fueran todos los pistoleros. Nomás le quedó uno y él. Digo: “Vengo a verlo señor Olea, ¿me va dar mis pesadas o no me las va dar? Mandé un sobrino y no me las mandó, vino una tía que también tiene derecho a liquidación y tampoco me las mandó. Y dijo que no era león que me comiera y pensé que es verdá, somos hombres todos”.

Entró un judicial y le dice: “Vete fuera”.

— “A ver Martínez, ¿no le has dado sus pesadas?”

— “Pus no ha venido”.

— “Pus dáselas”.

Y me las dió. Saco la primera cuenta y...

— “Dale la pluma, que haga cuentas, a ver cómo está...”

Le digo, la cuenta la hago en mi casa. Pero luego vide que me habían robado, pero ya me jui yo. Ni me despedí, me fui pa'trás, pa'trás, porque vi la intención de tasajearme. No era valiente el hombre, cobarde. Pa'trás, pa'trás... Ya me jui. Llego aquí y veo: alcanzaba yo siempre de liquidación dos mil, dos mil quinientos. Y ahora alcanzaba yo cien pesos, ciento diez. Una limosna.

Con todo eso, que me robó y ¿qué hago yo con este hombre, en el gobierno? Bueno, voy a matar para comer. ¡Y luego viendo que me anda poniendo emboscadas! Y yo, ya viendo que asina me enseñó hacer las cosas, ¡hay que aprenderlas! Le puse una emboscada aquí cerca. Ái estuve como cinco días en un ranchito. Ái lo esperamos, nomás éramos como cinco. Pero no entró.

Entonces ya con Rubén le preparamos otra en Chinameca. ¡Ái se metió hasta solito! Por ái sembró un poco de picante. En el camino desbarrancó el agua, entonces cambiaron la carretera al lado de una milpa y ahí lo esperamos. Nomás que la mala disposición de los compañeros no me gustó. No lo aprovechamos.

Yo les dije: miren, yo me quedo aquí. El que sobre, aquí lo arreglo yo. Tenía un automático.

Entonces me dice Rubén: “Yo quiero que le salgas tú a lo toro, aquí derecho”.

Yo le salgo por donde quieras, le digo, pero quiero que no

dejes libre ese paso. Yo'onde quieras le salgo, pero este punto no me lo dejen libre.

¡Y así lo hicieron, dejaron libre aquello! Le tronamos de frente, pero dejamos libre aquel paso. Olea brincó la camioneta pa'llá, le tocó algo dicen, pero en esa barranquita que hizo el agua, ahí salió, por ahí se fue.

Dijo al periódico que le salieron como sesenta hombres. Éramos doce. Uno de ellos había quedado arriba del carro y nos'taba tirando y como estábamos cerquita, sentimos el fogonazo. Le digo ¡ríndase! Agarra y me avienta la pistola. Una super. Nos disparó tres cargadores... ¡bien valentón! Si han sido como ése todos, nos acabamos ahí.

Cuando ése aventó la pistola y dije: “Ya no hay nada”. Agarro y me brinco como pude el corral, me meto pa'llá con la pistola en la mano y me dice ése:

— “No me mates”.

— No, yo no te mato.

Y yo le había dicho a Rubén: “Mira, vamos a vencer o a morir. To'avía es tiempo, el que se vaya a chiviar, mejor que se vaya”. Pero no, por nuestra parte todos trabajaron bien. Ningu-no corrió. Ellos sí corrieron. Ya nosotros viendo que se acabó la fiesta, juntamos el poquito parque que pudimos, agarramos nuestro muerto y lo sacamos ya lejos. Ya Rubén luego le prende fuego a la camioneta.

Nos fuimos de allí pa'Temilpa y ya quería Rubén que le hiciéramos pa'l cerro.

No, le digo, Zapata peleó para el campo, ora vamos hacer para el centro. Allá pegados 'onde está Mario Olea.

* Cuando le quemaron las cañas en Jojutla, yo venía de una comisión. Él me dijo: “Te vas allá a ver cómo están los muchachos”. Y llegué con una tentación, con alguna congoja; veo y nomás almorcé y que doy media vuelta; me dieron la ropa dél, las cartas y llegué a Tlaquiltenango. Pasé ahí con una compañera que me llenó dos bolsas así de sandías, me mandaron

una bolsa con panes, con tortillas... iba yo bien cargado... chin... que atravieso el campo: Aquí voy atravesar, derechito, no entro al pueblo, brinco allá y voy a salir 'ontá la tranca. Ái iba yo muy galante, cargando mis bolsas y mis maletas.

Estaban ahí dos chamaquitos jugando. Buenas tardes niños...

— “Buenas señor. ¿'Ónde va?”

— Voy para Higuerón.

— “No se vaya por ái”.

— ¿Por qué?

— “Orita, dicen, le acaban de quemar la caña a Jaramillo, los acaban de sacar a balazos, de ái de las cañas”.

— ¡'aray! ¿si?

Y doy la vuelta, agarro una sandía y les digo a los niños, tengan, coman, y me voy.

Pa'l centro, digo, aquí no hay camino más seguro que pa'l centro. Llegué ái con una compañera y digo: Usted guarde aquí esta ropa, en su ropero de su marido y estas tortillas cománselas o dénselas a los perros. El pan a ver qué cosa hacen.

Bueno... y me salgo así, ya era dar salida pa'fuera, me dice: Aquí de to'as maneras la judicial viene, porque viene hoy en la noche. La casa 'taba bien fichada.

Saliendo y me hablan...

— “¿Qué pasó, 'onde vas?”

Digo, no... aquí nos lleva la chingada a todos, si ustedes que son mujeres no tienen miedo, yo menos. Aquí que nos llueve. Me quedé. Bueno... 'tábamos platicando en el patio cuando “vénganse a cenar”. Sí, ái vamos...

Le'stoy diciendo al Bocho: No te metas, deja a las mujeres que se hagan bolas, no te metas. Estás como trabajador aquí en la casa.

— “No, que...,” dice.

— Ái tú sabes.

Agarré la pistola y la puse bajo un montón de cáscaras. Aquí ni modo de hacer fuego, digo, aquí me matan y me acaban. ¿Qué le voy hacer... dejarme matar? y ái estoy, sentado. Y luego que dejé la pistola, cuando veo y, ¡qué reparió!, aparecen los huachos.

— “¿Y usted?”

— ¿Yo? Comiendo melones, digo ¿usted gusta?
— “Gracias”, y echaba nomás miradas: Qué jijos de la chingada... pinches viejas...

— “Es repacífico jefe, éste no”.

Que se llevan al otro y que me dejan a mí allá. Al otro día temprano que le digo a mi comadre:

— Comadre, sales, como al mercado... ¿qué tienes que te ayude yo?

— “Solamente esa caja de tomate”.

— Sales ajuera, le digo, si hay peligro, que haya gobierno que’esté custodiando la casa to’avía, te echas el rebozo así encima.

— “Si”.

Y si no hay nada, le digo, te avientas las puntas pa’los lados.

— “De acuerdo”.

Y cuando vi que se echó las puntas, que cargo la caja y la seguí al mercado. Ahí dejé la caja.

* Un día como a la una, me asomo y cuando en la contra esquina de la parcela de caña veo que prenden allí y prenden allá y da vuelta un federal, todavía alcancé a ver su fusil. Da la vuelta y me meto pa’dentro y les digo ¡Órale que nos están prendiendo las cañas! Que me asomo de vuelta, cuando veo que ya venía la lumbre, prendiéndose. Y salimos. Llevábamos como trece bultos de bombas ya hechas, compuestas con botes como de cerveza que ora aí. Trece bolsas llevábamos y claro que en esa apuranza no pudimos’ber sacado eso.

Luego, enfrente estaba un terreno regular, frijolar grande. Por ahí salimos. Todavía no nos sitiaban, nos dio tiempo de salir. La milpa ya nos cubría algo. Salimos y subimos al cerro. Vimos la quemazón... ¡’taba pero chula! Por aí íbamos subiendo a gatas pa’l cerro de Jojutla. Cuando estábamos cerca de media falda, ya descansando mirando la quemazón, ya estaba el gobierno así... que negreaba alrededor del campo.

Acabándose de quemar empezaron a entrar los federales. Y

bien que oíamos que gritaban los que iban entrando, buscando, decían: “¡Mira, Jaramillo ya se acabó! ¡Se acabaron, vengan a ver cómo están!” Por ansia de ver, corren los federales a ver los bultos. Rubén con los gemelos veía cómo iban con las bayonetas a picar bultos. “¡Aquí está Jaramillo!” ¡Y que estalla una bomba! y siguen otras y que se hace el tendal de federales.

* Siempre peleábamos porque cada autoridad la nombrara el pueblo. Pero desgraciadamente cuando nosotros íbamos a ver al Partido (PRI) donde se nombran los presidentes municipales, pues ahí lo que nos decían era: “Hubieran venido más antes, ahorita ya están reconocidos los señores fulano, mengano y zutano, así que ya no se puede”.

Pero esos señores no pueden ser, por esta razón y por esta otra; y dicen: “Pues ya está, quieran o no quieran a éstos los tienen que reconocer”.

Los pueblos han sido concientes, no han querido la violencia. Nosotros como encabezados, eso era lo primero que nos encargaba Rubén, que no tratáramos las cosas violentamente. Tendríamos que arreglar las cosas bien. Pero desgraciadamente no hemos tenido una autoridad que nos oiga, hasta la fecha.

El que tiene hambre y reclama, pues lo persiguen de rebelde y se puede decir que a nosotros nos perseguían y desaparecieron a muchos campesinos por seguir a Rubén Jaramillo, pero por la intención de haber si se lograba el pedazo de tierra con agua. Y andábamos pues haciendo propaganda en el pueblo para que se nombrara una autoridad que tratara a los campesinos no como capataz, se guardara conforme a las leyes y al derecho de cada quien. Pero no, sino que siempre echaban la judicial. Y ya claro con ese miedo pues la gente se salía de sus casas y seguían a Rubén, o se iban por otro lado.

LA HUELGA DEL 48

* La huelga del 42 fue muy dura, casi no participaba nadie, nomás los obreros. La huelga cuando estuvo Ampudia del Valle, ésa sí fue en realidad una lucha bonita porque fue participada por mujeres y hombres. Ahí no hubo de que no fuéramos las mujeres, las esposas de los obreros.

* En 1946 llegué a Zacatepec con ganas de establecerme. Entré a trabajar en el Ingenio, comencé a ganar centavitos y mucho chambear, mucho chambear. Así estaba y pensaba junto con mi vieja: yo no me voy a meter en líos, ahí que se arreglen los compañeros, porque había recibido antes ciertas decepciones.

Pero nomás lo pensaba porque llegó el momento en que la misma gente empezó duro y duro “y que están cometiendo esto” y “están haciendo esto otro”. Yo ni a las asambleas iba, prefería pagar cuotas de asamblea y me quedaba a chambear. “Que ya se hizo la asamblea”, “y que fíjate que fulano llegó con su grupo y que hizo esto” y... que allá para acá y la gente me empezó a decirme “vamos a entrarle”.

— Bueno, si ustedes entran, también yo.

Entre ellos estaba Gonzalo Pastrana, era peoncito ahí y era

de los que más insistía. Epifanio Bello también era de los más entusiastas, había muchos peones de los más jodidos. Que voy a una asamblea y me di cuenta cómo estaba el panorama. No me metía mucho. Consolidé el trabajo y empecé a ir a todas las asambleas y a participar.

El Comité Ejecutivo estaba actuando dentro de su periodo, estaba normal y de buenas a primeras nos preguntamos si esperábamos a que terminara el periodo o lo tumbábamos: “si nos esperamos, estamos jodidos”. El Comité Ejecutivo había sido apoyado por el gobernador Perdomo para hacerle sombra al gerente Severino Carrera. Lo formaban unos mecaniquillos de Jojutla: “El Garrafón”, Crespo, “La Marrana”, “La Banderrilla”... una bola de cabrones.

Pero bajarlo contradecía las normas del sindicato y la gente estaba acostumbrada a respetarlas. Entonces nos propusimos a romper con esa idea y agitar a la gente: “aquí la agitamos porque la agitamos”, decían. Pues sí, alborotamos a la gente. Un día se hizo una asamblea, se tomó el acuerdo y pa’bajo el Comité Ejecutivo. Ahí mismo nombramos de secretario general a Augusto Mitre.

Empezamos entonces a levantar la pelea. Se trataba, de tumbar un gerente con toda su familia que se venía heredando el puesto: del viejo Severino Carrera Peña, al hijo Severino Carrera Ramos.

La gente dijo: “A éste hay que darle en la madre, de plano”. Y se vino la lucha. En eso estábamos cuando Rodrigo Ampudia del Valle, que trabajó de químico en el Ingenio y estaba ligado con los alemanistas, llama al Comité Ejecutivo. Fuimos algunos de nosotros a México.

Llegamos con el hombre; en forma muy humilde, muy democrático él: “yo soy amigo de los sindicatos”, “yo salí del Politécnico, de la ESIME”, etcétera, y “saben que yo tengo el apoyo del Presidente para ser gerente de Zacatepec, se trata nada más de que ustedes me apoyen en una forma efectiva y que si tumban al gerente, me propongan a mí”.

—¡Ah bueno! Si usted se identifica con nosotros, no tenemos inconveniente, porque, pues es un puesto que pone el gobierno,

¿no?, de eso estamos convencidos. En ese caso sería una cuestión muy bonita porque lo vamos a poner nosotros. El problema está en ¿qué compromisos se echa usted con nosotros? Porque hay un desbarajuste de todos los diablos. Mire, cada gerente que va, pone a éste, pone al otro y los trabajadores para arrancar algo, tienen que hacer huelgas o una serie de cosas... ¿Usted qué cosa nos ofrece? Sin necesidad de hacer huelgas, ni nada, dénos lo que pidan los trabajadores. Desde luego que aquí no podemos comprometernos a nada. Tenemos que decirle a una serie de compañeros de los departamentos que hay esta situación y que lo guarden en reserva. Y luego de tumbar al gerente, porque sí, realmente ese señor, por lo que toca a nosotros, no nos conviene, vamos.

Bueno así fueron las pláticas y se comprometió a mucho. Le hicimos una lista de peticiones, junto con Rubén, dejamos las cosas del campo como un material y una fuerza de reserva. Hicimos un cálculo de lo que nos tenía que dar y qué tenía que hacer: “Nosotros; respecto a su persona, estamos perfectamente bien, si es que usted está de acuerdo con no meter más personal que sólo dos de su confianza, un contador y un supervisor que anduviera por donde quisiera, de lo contrario, en el momento en que usted infrinja lo acordado, en ese momento luchamos contra usted como luchamos contra el gerente actual, tenemos la fuerza suficiente, moral y física, para hacerlo y estamos dispuestos a todo”.

Bueno, y llega a la gerencia. Sin gran bronca porque había ya entrado Alemán. Al poco tiempo de entrado Ampudia se le viene el problema del campo y nos dice, en confianza todavía: “miren, tengo un problemón. El problema es el del campo”. Entonces había puro líder campesino vendido con el otro gerente, de los que habían surgido traicionando a Rubén y pensamos: “aquí les damos en la madre y hacemos carambola con esos cabrones”. Entonces le dijimos a Ampudia: Mire, nosotros tenemos la solución del problema. ¿Usted se acuerda de Jaramillo?

— “¡Sí, cómo no!”

Bueno, dije yo, pues si hay un trato y usted lo cumple, porque esto es muy peligroso, si no va resolver ninguna demanda,

mejor olvídense, porque esto hay que tratarlo con pincitas. Ya para entonces habíamos discutido con Rubén, para que volviera a entrar al mero corazón del chingao lobo.

¡Pues acepta el pendejo! Ya le dijimos a Rubén y se entrevistó con Ampudia en México. Nos contaron que la entrevista fue en un coche y que allí iba como chofer de Ampudia uno que era de los apegados a los riquillos de Jojutla, a los enemigos, pero se hizo eso.

Más o menos nosotros tramamos en qué medida podía entrarle Rubén, porque teníamos conciencia que en un momento dado se iba a aventar y Ampudia se iba a poner en contra, pero mientras daba oportunidad a resguardar a Rubén y que anduviera cerquita, trabajando abiertamente con la gente. Ampudia llegó a acuerdos con Rubén para quitarse aquéllos y poner gente de Rubén.

Bueno, pasaron los primeros dos meses y antes de los tres comenzamos a ver que empieza a traer gente y gente y gente a la fábrica y se comienza a saber cuánto les paga. “Este cabrón lo que viene es hacer negocio”. Entonces fuimos a hacerle una serie de peticiones y al mismo tiempo a reclamarle: “éste no fue el trato”.

Pues llegó el momento en que nos cogimos del moco. ¡Y ya había puesto federales este cabrón! Nos dio una explicación que los habían mandado desde México, que no era solicitud de él.

Dijimos: Eso no nos lo puede explicar así, pero aun así, los problemas que aquí tienen que tratarse no son políticos, son administrativos, no tienen por que meterse los federales. Y seguimos discutiendo hasta que llegó el momento en que dice: — “Bueno, son cosas que a ustedes no les importan como sindicato”.

— ¡Sí nos importan!, pues también le planteamos que sacara a la gente que había llevado y que hiciera un escalafón con los que ya estábamos, que hiciera pruebas: si el candidato podía o se le mandaba a estudiar, como jefe de transporte u otros puestos.

Y se viene la pelea dura. Se hace un mitin allí afuera y que manda traer luego luego los pistoleros y pues, a enfrentarnos con los chingaos pistoleros... y entonces le pedimos a Rubén

que nos mandara de su gente... y sí.

Rompimos pláticas con Ampudia, pero ya estaba cercado por donde quiera, en la fábrica y en el campo y cuando quiso voltear y metió la pata al romper con nosotros, entonces se le hizo fácil agarrar a Mitre que era el secretario general, apapacharlo y decirle: “Aquí nos vamos a arreglar”.

Ya Mitre anduvo metiendo gente y diciendo que él iba a arreglar el asunto y destituyó a varios miembros del comité acusándolos de radicales. Entonces la gente hizo una asamblea, destituyó a Mitre y nombró de secretario a Leobardo Torres.

Luego hicimos una serie de paros escalonados para espantarlo y que él nos llamara de vuelta a negociar. Nos llama y vamos a discutir. Quedamos en que iba a pensar nuestras propuestas, pero entonces los pistoleros y la policía judicial ya andaban por ahí y en la casa de varios líderes ponían vigilancia.

Seguimos los paros escalonados. No cedió ¡y que nos vamos a la huelga! Para más coraje, le habíamos tumbado su secretario general, sus esquirols y todas sus maniobras; nos hicimos de la gente y... compactos, vamos.

* Se hacían asambleas de puras mujeres y ahí se acordaba lo que se iba a hacer para luchar contra el viejo ése: ir hasta su residencia que tenía, a pegarle allí en su casa la propaganda contra él. Íbamos todas, porque se acordaba que fuéramos todo el montón de mujeres y todas íbamos a pedir a las tiendas cartoncillo, papel de estraza o lo que nos dieran para poder hacer la propaganda, porque no teníamos de otro papel. En su casa cada quien hacía dibujos y le escribía como podía, ahí le escribíamos: “Ampudia Valle, queremos que cumplas con los obreros, con lo que te piden. De no ser así, renuncia, lárgate, que no te queremos”.

Bueno, muchas cosas que le escribíamos en los papeles esos y se los clavamos frente a su casa, en las palmeras. Nunca nos hicieron nada los pistoleros que nos veían. Nos dejaban, pues. Claro que íbamos muchas, miedo les daba ver cuando nosotras

íbamos para allá, con cajas de jitomates, con huevos podridos que recogíamos de la plaza, para ir a espiarlo cuando pasaba al comedor de doña Lola y agarrarlo a jitomatazos y tirarle huevos. Pero sólo llegamos agarrar a los pistoleros. Una vez sí lo vimos salir, lo llevaban los pistoleros y lo metieron por otro lado de la casa cuando se dieron cuenta que nosotras estábamos allí para jitomatearlo.

* Entonces le avisan de México, directamente Alemán y la CTM, que necesitaban que se resolviera el problema en veinticuatro horas. Que a ver cómo le hacía pero que debía haber paz aquí en Morelos. Bueno, se puso la cosa dura. Entonces nos llaman del Sindicato Nacional para hablar, llegamos con Trueba Urbina, Hermenegildo J. Aldana, achichincle de Aaron Sáenz. Trueba Urbina había llegado ahí de lambiscón al Sindicato Nacional que lo apoyaran porque su padre había sido ferrocarrilero, que él había estudiado marxismo, pero que una cosa es el marxismo y otra el comunismo, chingaderitas de esas, ¿no?

Bueno, pues nos encierran para convencernos de que debíamos ceder. Lo único que se acordó fue hacer una asamblea en Zacatepec, con ellos como representantes del Nacional. Estaba la huelga y un escandalazo de la chingada. ¡Se hizo un asambleón grande! Todo el mundo estaba allí, médicos, ingenieros, el cuerpo técnico, campesinos que esperaban por ahí en varias partes, mandados por Rubén.

Cuando vieron los del Nacional que no podían controlar la asamblea, Aldana se levantó y “a mí me importa una chingada una sección” y que “yo me voy”... sale y deja solos en la asamblea a Calderón y a Rivera. La gente corrió a Trueba Urbina y Aldana con chifladera y... “¡lárguense, hijos de la chingada!”

Luego, a petición de Calderón¹ para que él informara, se firma un acta para la CTM donde se afirmaba que nuestra Sección no quería dividir la Federación. Eso fue lo único que sacaron de esa asamblea.

* Fernando Amilpa era el dirigente entonces de la CTM, era el inicio del charrismo, porque entonces la Federación Nacional de Azucareros se mantenía algo independiente; todavía no intervenía bien el gobierno, ni Aarón Sáenz ni nadie; eran líderes recién salidos de sus ingenios y apenas les empezaban a meter la lana, las chambas, en fin...

También existía ya un acuerdo con el general Cárdenas de dividir al pueblo, que una cosa era la CNC, los campesinos y otra los obreros con la CTM. Pero Rubén y nosotros mantuvimos la unidad y “vamos a resolver las cosas en conjunto”, “campesinos y obreros juntos”. Contradecimos así la política que ellos tenían.

Después de esa asamblea, continuó la huelga y mandamos una comisión a buscar al presidente Alemán. Llegó hasta Guadalajara y mientras andaban por allá, aquí los del Comité Ejecutivo firmaron un convenio provisional con la Empresa cediendo a cambio de nada.

* Todos los días las mujeres íbamos a estar allí en la puerta del Ingenio, de treinta en treinta. El día que iban hacer que los obreros firmaran un convenio en la entrada del Ingenio, yo no sé de dónde salió la idea de que debiéramos estar allí para evitar que los obreros firmaran, porque era un convenio que habían firmado ya algunos dirigentes y que los obreros no debían firmar porque los líderes se habían vendido al Ingenio. Entonces nosotras íbamos a impedirlo, que al vernos los obreros que las mujeres se oponían y que estábamos con ellos, no lo iban hacer... Pero ese día nos corrieron con una manguerota de agua para podernos quitar de ahí, porque íbamos muchas. Nos tuvimos que ir porque ¿se imaginan la fuerza que tenía el agua?, nos tiraban, nos tiraron a muchas ahí. Pero sólo unos cuantos

¹ Alfonso G. Calderón Velarde (1913-1990) oriundo de Calabacillas, Chihuahua, sería después gobernador priísta de Sinaloa de 1975 a 1980.

traidores firmaron bajita la mano. Y por esos días los del comité de huelga se habían ido hasta Barra de Navidad a buscar al Presidente para entrevistarlo tocante al movimiento y la huelga. Entonces en lo que fueron ellos, otros se aprovecharon para firmar el convenio con el Ingenio. Estos fueron Pastrana, que ahora está de charro en Cuernavaca², Arillo, Agustín Sánchez y no recuerdo quién más, pero esa bola de viejos fueron los que vendieron el movimiento. Y cuando los del comité llegaron se encontraron con que ya había tranzado.

* Cuando los del comité llegaron de Guadalajara... entonces se acostumbraba echar un cuete para que la gente corriera al sindicato a ver qué nuevas había. Entonces ellos llegaron y los que estaban de guardia echaron cuete. Y empezó la gente: “ya llegó la comisión”, “vamos a ver qué nos informan”. Toda la gente corrió para el sindicato a reunirse. Entonces Pastrana con Arillo fueron ver qué era lo que traían, pero estuvieron presentes nada más para ver qué iban a informar ellos. A trasmano ya habían ido hablar con el teniente o quién sabe qué cosa era de la partida militar de Zacatepee, para que cuando terminara la junta aquella, pescaran a los principales.

Cuando llegó la comisión se presentó directamente a asamblea y luego luego se anuló ese convenio. Pero, entonces empezó una lucha más dura: nos apoderamos de la fábrica, nos metimos y “¡Ora sí, que nos cargue la chingada!” Metimos armas y todo; la situación se puso tensa. Al Comité Nacional y a la Empresa los desarmamos así y ya no pudieron hacer ninguna maniobra. Entonces mandaron a los federales de Cuernavaca: “Sitien la fábrica”.

Entonces el Comité se reúne dentro de la fábrica, dada la situación y que ya a los líderes los andaban queriendo matar, pues piensan: “Se trata de que la gente triunfe, que sienta que

² Posteriormente, Gonzalo Pastrana fue Secretario General vitalicio de la CTM en Morelos.

por su empuje y unidad se gana algo, no importa que a los líderes nos corran, pero hay que hacerles pagar nuestra salida”.

Cuando los federales rodearon la fábrica, empezaron por las buenas: “Traigan a los líderes aquí a la puerta”.

Pero ellos estaban escondidos en los domos donde no los podrían encontrar; se entraba a ellos por una compuertita y estaban armados. Sólo con unos veinte cabrones decididos, se podía resistir a todos los guachos y hacer un destrozo de la chingada en la maquinaria. Podrían matarlos pero moriría mucho federal, ¡mucho federal! Pero por fortuna no se aventaron.

Bueno, pues a los tres días de ocupación de la fábrica, discutieron adentro la maniobra. Les dicen los soldados: “miren señores, vamos a desocupar la fábrica como a las cinco de la mañana, eran las dos o tres, y vamos a entrar a trabajar, pero ¿qué ofrece la Empresa?”

Ésta se vio obligada a negociar y dijo: “Vamos a cederles todo, pero ustedes cedan que salga Reed, Carvajal, Porte Petit, la doctora Coqui. Nosotros cedemos todo, incluido lo del escalafón para que se ocupen las plazas que reclaman”.

Como a las cuatro de la mañana se terminó de redactar el convenio y entonces “que se retiren la fuerzas antes de firmar”. Y se retiran.

De las siete de la mañana a las ocho empezamos a discutir con la Empresa la manera de ocupar las plazas y luego se vio que insistía en meter a su gente. Sobre todo en transportes donde tenía una serie de favorecidos. A las diez de la mañana se hizo la asamblea y ya se comprometió Ampudia a respetar todo, con tal de que a las dos de la tarde entrara el turno a trabajar, aunque todavía hizo intentos de maniobrar, “que no se podía cumplir el convenio todavía y que...” la chingada. Pero, total que tuvo miedo a que siguiera la agitación. En esa asamblea estaban las representaciones campesinas esperando el arranque, porque a ellos ya les habían cedido el aumento del precio de la caña.

* Después de la última asamblea se desató la persecución de los principales líderes, con soldados. Pero la huelga la sostuvimos, aunque tuvieron que esconderse o huir los líderes. Estaba duro. Las demandas de los campesinos ya las estaban concediendo todas. Claro, Rubén tampoco podía andar allí, pero se ganó todo para los campesinos. Se levantó la huelga. Ya habían llegado funcionarios del gobierno, pistoleros, etcétera, pero se salvaron las demandas.

* Es el año de 1948, yo tenía ocho años, cuando oí que mi padre, Luis Tapia tenía un grupo de compañeros que querían sindicalizar a toda la gente porque había muchas arbitrariedades con los trabajadores. Todos los obreros se unieron y tomaron el Ingenio o sea que hubo huelga y el ingeniero Ampudia quería sacarlos con armas, con el ejército. Entonces el gerente mandó traer a mi papá para hacerlo desistir de su propósito, a él y a otros. Entonces a mi padre le ofrecieron un sueldo magnífico y una residencia con tal que traicionara a sus amigos pero mi padre tenía un ideal y a él no le importaba si su familia estaba bien, él le importaba su ideal, que ganara el sindicato para que todos los compañeros estuvieran mejor. Como no aceptó lo que le ofrecía Ampudia, éste ordenó que lo aprehendieran o lo mataran donde lo encontraran. Entonces una enfermera llamada Socorro sacó a mi papá y a otro compañero y él se fue a esconder a la alberca grande. Al otro día, amaneciendo, se fue a Tamaulipas. Entonces, los federales fueron al otro día a buscar a mi papá y registraron la casa y como no le encontraron se fueron, pero regresaron para sacar todas nuestras pertenencias y nos pusieron en la calle.

SALUSTIO PORFIRIO JARAMILLO

* De buenas a primeras se aparece Rubén, caminando como andaba en la sierra. Se aparece y su hermano Porfirio que era gerente de la cooperativa cañera de Atencingo¹ luego luego se queja conmigo: “Ya ves compadre, lo que hace este amigo. Aquí viene nomás a comprometer la situación. Ái lo tengo, llegó anoche, mandó un propio y ái está”.

La cosa es que amaneció en un cuarto y ahí lo tenía encerrado, le llevaron de comer y todo. Entonces me dice: “Ven a verlo y convéncelo de que se vaya luego luego”.

Entonces yo era el termómetro. Porfirio no le decía al otro su verdadera posición y a través mía quería calibrar a Rubén. Éste se encabronó bastante. “¡Carajo, me dice, me dan ganas de arrancarle a éste todo lo que tiene! ¿Pus qué modos, no?”

Yo estaba en cierta medida arrepentido de habérselo dicho en forma así, directa, pero así era la situación verdadera de las opiniones contrarias que tenían y Porfirio en una situación más o menos buena.

¹ El Ingenio de Atencingo se encuentra en el municipio de Chietla, en el sur del estado de Puebla.

“Tiene miedo, decía Rubén, tiene miedo; yo a quererle arrancar aquella idea que él tiene de querer consolidar su situación aquí, que los políticos lo aplauden, ¡y él queriendo retirarme!”

Bueno, se decidió. Tuvieron una discusión ellos, se encerraron solos y a la mañana siguiente, ya en pleno día salió Rubén rumbo pal’volcán, a salir al monte. Le dio sólo trescientos pesos esa vez, de ayuda.

Después Porfirio a cada rato: “Oye... si ves a ese amigo... yo ya le perdí de vista, ya no me quiere ver. Si lo ves, dile que como hermano... ¡quiero verlo!”

— No compadre, no lo veo, sólo cuando tú lo ves.

— “No, ya te digo, si lo llegas a ver por ahí, un día, dile que no se disguste”.

Eso quería decir que ya de vuelta quería seguir... Porque ya después Rubén me platicó que le dijo una bola de cosas, que estaba engolosinándose con el puesto y que lo que sentía más es que llegaran ser enemigos, porque él no le iba a perdonar eso “yo no te voy a perdonar... puedo perdonar a Reyes (su otro hermano borrachito), pero a ti no, porque tú lo haces en forma conciente”.

Luego me decía Porfirio: “anda mal, anda muy mal Rubén. Dile que se cuide mucho”.

— Bueno Porfirio, fíjate que yo te voy a decir una cosa, todos andamos mal, en ese sentido de que nos pase algo, pero podemos correr mas peligro tu o yo, que él andando medio clandestino.

Y sí, luego los funcionarios del gobierno empezaron a codiciar las riendas de la cooperativa de Atencingo. O en su defecto, que les pasara una grande mordida. Y uno de los pretextos que agarraron fue la cuestión de los tractores. Los tractores surgieron de la idea de los propios compañeros de la cooperativa, porque el Ingenio nos estaba chingando mucho con los tractores viejos, nos cobraba como quería y nos hacía ver las cuentas largas. Si nosotros tuviéramos el equipo y maquinaria le quedaría más dinero a la cooperativa y era una buena experiencia.

Por otra parte, Jenkins² a través de los administradores, de

Espinosa Yglesias³ y el jefe de campo, controlaba el dinero, y el pleito era de que nosotros luchamos porque el crédito nos lo diera el gobierno a través de Azúcar, S. A., o del que fuera, pero no a través del Ingenio porque lo jineteaba y nos controlaba con él. Pedíamos también acabar con el decreto de la guerra mundial que obligaba al campesino a vender al Ingenio y además hicimos un estudio para el aumento del precio de la caña. Eran muchas cosas.

Con todo eso hicimos un estudio nuestro y se lo presentamos a Miguel Alemán y que nos diera también el aval para los tractores. Entonces el viejo nos dio el aval. Fuimos con el gerente del Banco de Fomento Cooperativo, un tal Cobos. Porfirio andaba duro y dale, entrevistándolo mucho. Para eso ya habíamos reunido una serie de mecánicos peritos en manejo en tierras brutas y llegamos a la conclusión de que solamente los de una marca servían para un trabajo así.

Entonces fuimos y le platicamos eso al gerente del Banco; éste que agarra y piensa “pues aquí está el pan”. Entonces vio cómo se podía ganar algo y yo creo que los de otra marca de tractores le hicieron una buena proposición, porque viene y nos presenta todo un proyecto, y como ya estaba el aval, creo por dos millones de pesos, pues era algo seguro. Tuvimos otra plática con los peritos y “no, no se metan en eso, porque a los seis, siete meses o al año van a tener amontonadas las máquinas”.

El viejo Cobos cuando vio la negativa nos amenazó. Y luego fue a quejarse con el viejo Jenkins y le dijo: “En mis manos tengo yo un plan para que chinguen a esos y usted recupere el control del campo”.

Como Jenkins no había podido hacer nada contra la coope-

² William Oscar Jenkins (1878-1963) llegó a México en 1901 y aquí se convirtió en un acaudalado empresario dueño del Ingenio de Atencingo y de otras empresas que le permitieron hacer grandes negocios. Fue también protagonista de un secuestro que puso en tensión las relaciones con Estados Unidos en 1919 y de donde sacó jugosos dividendos.

³ Manuel Espinosa Yglesias, el que sería presidente del Banco de Comercio, S. A.

rativa, ni con la CROM, ni con pistoleros, ni con los traidores de ahí que andaban pidiendo el parcelamiento, va este viejo Cobos a proponerle que... no iba a decir que por los tractores... sino que inventó una revisión a la cooperativa dizque con el pretexto de organizarla mejor, porque había sido manejada por puras gentes “que no sabían nada de administración, con puro campesino” y “que había que hacer un estudio con profundidad para sacar conclusiones más prácticas”.

Quizá no sabíamos de administración pero sí sabíamos entregar su dinero a los campesinos y ellos no.

Así le dio la oportunidad de meterse: “Vamos a proponer una comisión intersecretarial, con el gobierno de Puebla, el Agrario, el Banco de Fomento Cooperativo”, etcétera, etcétera.

Entonces el gobernador de Puebla agarra en sus manos el asunto y manda un comunicado para hacer la auditoría, “una revisión para reestructurar” sin decir claro, que iban a correr gente, a dividirla.

Ante ello, los compañeros más preparados políticamente hicimos una reunión y acordamos no permitir que entraran, simplemente. Convencimos a mi compadre Porfirio de que se retirara con un permiso, por enfermedad o lo que fuera, que dejara acéfala la Sociedad, con un consejo de administración. Aceptó y se fue a Jiutepec.

Cuando el gobernador fue allí a hacer la asamblea, no lo dejamos llegar. En Matamoros lo paramos. Dio marcha atrás y se puso a pensar la cosa. El asunto fue que investigó dónde estaba Porfirio y que se lo llevaron a Puebla. Quién sabe que tratos tendría mi compadre allí con ellos, el hecho es que un buen domingo avisó que iba hacer una asamblea en Atencingo. A nosotros no nos dijo lo que iba a plantear, creímos que era una cosa buena. Ya no le dijimos nada porque era tanto como enfrentarlo. Ante esa situación tuvimos que darle vía libre.

En esa asamblea entregó todo, convenció a los campesinos que había que aceptar la comisión intersecretarial y a Félix Guerrero como gerente. Él quedaría como segundo administrador. Concurrieron todos los compañeros y se

sorprendieron a la hora de la intervención de éste, pero no pudieron hacer nada.

No tardó mucho cuando a Porfirio le ponen un cuatro, de que tenía armas y la chingada, lo meten al bote a él y a una bola de compañeros ¡Y se viene el merequetengue! Lo acusan de que iba a levantar la bola en Puebla, porque Rubén ya andaba alzado otra vez y lo perseguían como siempre.

Así, siendo segundo de Félix Guerrero lo bajan hasta la cárcel y lo ponen de malas. El que se mostró más firme y cercano entonces fue Lupe Ramírez⁴, ¡fíjate cómo son las cosas! En lucha quedó también Teodoro Sánchez⁵ que lo hicieron supervisor de campo y a los cuantos días que lo quiebran. Hicimos gran borlote, huelga general... pero allí quedó.

* Mi comadre me contó que Porfirio andaba arreglando asuntos de los campesinos, ya no de la cooperativa porque ya lo habían sacado, pero que seguía reuniéndose con algunos campesinos de por allá, del Ingenio. Venían a México, al Agrario. Y la comadre me dijo que en una salida que dio, llegó al hotel Jardín y de allí lo desaparecieron.

Ella me platicó cuando fue a México a verme “fíjese comadre que ya usted se enteraría de que mataron a su compadre”.

Le digo, sé que lo desaparecieron.

— “Si lo desaparecieron seguro es que está muerto. Y lo ando buscando. He estado viniendo aquí a México arreglar eso de que aparezca Porfirio, pues qué es eso de que nada más lo desaparecieron y no sé ni dónde quedó”.

* Cuando secuestraron a su hermano, Rubén estaba allá

⁴ J. Guadalupe Ramírez Vargas al ocupar años más tarde el cargo de gerente de la Cooperativa, comenzó a defraudar a los campesinos hasta convertirse en su acérrimo enemigo.

⁵ Teodoro Sánchez, colaborador cercano de Porfirio, murió también asesinado por los pistoleros del Ingenio.

sentado encima de una piedra... llego y ¿quiubo compa, qué chingaos'tás haciendo aquí? Yo nunca le dije de "mi general" ni que la chingada. No...no ¿qué chingaos'tás haciendo aquí? ¿Te regañó la mujer?

— "No".

— ¿Qué te pasa?

— "¿Pa'qué es que te diga yo?"

— Mira: el hombre más pendejo saca de un apuro al más chingón que áiga...

— "Oye, dice, tienes razón por lo que me acabas de decir, efectivamente así es. Fíjate, dice, que secuestraron a mi hermano y no sé su paradero de él. ¡Hombre y yo quisiera que alguien de los que estamos aquí supiera, o a alguien viniera, dice, para investigar eso de mi hermano".

— Hazme una carta, le digo, yo voy.

— "¿Con quién vas a ir?"

— Tú me dices con quien.

— "Vas a ir con Carlos Galarza. ¿Lo conoces?"

— Lo conozco.

— "¿Dever...?"

— ¡Oh que la chingada, le digo, házme la carta y yo te traigo buenas!

Se baja y se lleva un bloc de papel, ¡onde que tenía una mano para escribir ese hombre, que reparió! que te ganaba tu escribiendo a máquina y él a mano. Me hace dos cartas.

— "Aquí tienes", dice.

Llegué a Atencingo como a las cuatro de la tarde; de aquí pa'llá, y que ahí viene Galarza. La carta en la bolsa, hecha un taquito: quiúbule camarada.

— "¿Qué pasó camarada, qué se anda haciendo?"

— Pues aquí pasiendo, dando la vuelta... y extendiendo la mano como pa'saludarlo...

— "¿Y esto?"

— Es para usted, infórmese de él, infórmese y enseguida hablemos, usted dirá dónde.

— "¿Qué es muy peligroso?"

— Un poco, le digo, no mucho.

- “Está bien. Bueno camarada, con permiso”.
- Ándele, camarada.
Se mete a su casa. En la noche me hablan unos amigos:
- “Oye”.
- ¿Qué?
- “Ven. Ese amigo dice que va a platicar contigo”.
- ¿On’ta?
- “Y es que nos vamos a meter allá dentro”.
- En ese tiempo para platicar de noche, aunque fuera dentro de la casa, la casa bien cerrada a que no se viera. Ese día ’taba caliente.
- “Hombre, compañero si usted anda con ese hombre y usted aquí anda... así...”
- Sí, pero vengo a comisión y para mañana, si el gobierno me pregunta, de usted no tendrá que saber absolutamente nada.
- “Ta’bien...”
- Me hicieron una carta y que llego con Rubén.
- “¿Qué pasó, qué tal te fue?”
- Bien. Aquí está la carta.
Que se va a la piedra junto a la covacha donde dormimos. Se informó de la carta y dice: “Tá’bien”.
- Al otro día ái voy pa’bajo. Platicamos, me dio otra carta y media vuelta, luego luego.
- Así estuve como 15 ó 20 días hasta que se aclaró lo de su hermano, a’ontaba, hasta que lo jueron a tráir... todo. Lo mataron.

* Después de muchos meses se encontró el cadáver de Porfirio. Ya lo habían enterrado adelante de Pachuca... hasta allá llegó. Mi comadre buscó los archivos y vio la fotografía que le tomaron antes de enterrarlo. Cuando lo llevaron a Jiutepec, en una caja especial, los federales no dejaron acercarse a nadie.

OTRA VEZ ELECCIONES, OTRA VEZ PERSECUCIÓN

Al terminar Miguel Alemán su periodo presidencial (1946-1952), se presentó a las nuevas elecciones la llamada Federación de Partidos del Pueblo postulando a Miguel Henríquez Guzmán, general enriquecido con múltiples negocios con el gobierno.

Rubén Jaramillo intentó de nueva cuenta aprovechar la coyuntura electoral para hacer que el gobierno estatal reconociera la existencia del PAOM, partido de masas cuya fuerza era predominante en el estado y que se proponía lidiar en favor de demandas populares, estrictamente dentro de las leyes. Para ello se afilió a la Federación creada por Henríquez Guzmán. Sin embargo, esta Federación, después de protestar por el tradicional fraude electoral, se salió del control de Henríquez y fue perseguida ferozmente por el gobierno en todo el país para exterminar a las agrupaciones populares que la formaron.

* Éramos henriquistas porque en 1924 cuando la toma de Veracruz por Estados Unidos, Ruiz Cortines les hacía la caravana

a los gringos para que pasaran al país. Y claro que nosotros en la política, aprovechábamos para sacar su caricatura con el gorrito en la mano: “Pásenle” con su levita y toda la cosa. Y por eso nos oponíamos a que fuera Presidente de la República y como Henríquez fue revolucionario, claro que nosotros nos ha gustado ir con los que han luchado con las armas en la mano, por la defensa de nuestra patria.

* Yo estaba en Cuautla, entonces ahí tenía la oficina en casa del difunto Juan Muñoz. Pero la casa era de una viuda, que se la querían quitar; había una maniobra de prestamistas cabrones: qué, pues... ¿necesita dinero? “Pues sí”. A ver, vienen las escrituras. Le habían prestado dos mil pesos, ¡un caserón grande por dos mil pesos!

Entonces le dijeron a ella: “No, no vaya a buscar licenciado, va ser igual que se la quitaran. Mire, ahí anda un señor que se llama Rubén Jaramillo, búsquelo. Nomás decide él ayudarla y no le quitan nada”.

Y lo buscó. Él le dijo: “Yo le propongo un convenio, yo necesito un lugar donde atender mis asuntos, haga de cuenta como que me renta la casa, la ocupo y vamos ver quién cabrones se mete”.

Y así fue, el cuñado de la señora puso su peluquería, establecimos la oficina del PAOM y ¡así de gente! Se dio cuenta el prestamista y “chivas bravas, mejor los dos mil pesos” y no volvió a molestarla. Rubén creo le prestó y le devolvieron los documentos.

* Estando ya organizados nosotros como partido nos citamos a la ciudad de Cuautla a celebrar una asamblea para nombrar el Comité Electoral por parte del Partido Agrario Obrero Morelense, aunque lo hacíamos como miembros de la Confederación Nacional Campesina. A nosotros nos tenían allí como una cosa que no tiene validez pero ¡cuando vieron el empuje!...

Entonces se formó el Comité, uno de los miembros fue de aquí de mi pueblo, otros de Tetelcingo, de Higuierón... Desde entonces ganamos fuerza y la C. N. C. lo reconoció. Ese fue el principio de la campaña electoral para lanzar de candidato a la presidencia y a gobernador del estado. Y en ese tiempo ya pensábamos precisamente en nombrar un candidato de nuestro partido para gobernador. Fuimos con Henríquez Guzmán a México. El partido que sostenía se titulaba Federación Nacional de Partidos del Pueblo. Entonces ya nos reconocieron allá y estuvimos actuando en la campaña política, pero sin remuneración de su partido. El nuestro se sostuvo solo y sin embargo aquí en Cuernavaca por parte de la Federación había un comité de puros señores políticos, pero el General desconocía su actitud. Ellos a él lo iban a engañar a que'estábamos unidos aquí en el estado, sosteniéndolo a él y nosotros le comunicábamos que estamos trabajando.

Se descubrió el pastel cuando los mismos compañeros empezaron a criticarnos porque aquellos no trabajaban y toda la organización que había aquí en Morelos era la nuestra, era el PAOM. Y ellos estaban allí aparentando que'estábamos unidos. Pero vino un representante a checar, a ver cómo estaban. Se dio cuenta que nuestros mítines eran grandes y no estaban los políticos. "¿Bueno y por qué, si van a decir allá que'están unidos?" Estaba un tal coronel Vargas Lugo, el finado Vicente Estrada Cajigal que era uno de los ejes principales de la Federación, pero uno de nuestros enemigos aquí en el estado, era un político que trataba con todo mundo y había sido gobernador. Bueno pues se aclaró. Vino un representante de la Federación dizque a unirnos. Vino aquel general Celestino Gasca¹, platicó allí muy bonito, pero nada. Entonces fuimos directamente a ver a Henríquez, y ya ve

¹ Celestino Gasca fue un general cercano a Henríquez Guzmán cuando éste era candidato a la presidencia. Organizó una rebelión con los "henriquistas" que fueron perseguidos en muchos estados y, cuando ponían un plan insurreccional en marcha, fueron delatados y aprehendidos antes de que actuaran. Gasca fue aprendido y liberado rápidamente, pues era señalado el líder nacional de la revuelta y se desdijo del plan. Se presume que él fue el delator y se le considera un traidor en las filas de los complotados.

usted la gente, unos aunque chueco, gritan: “No general, aquí lo están engañando, mande usted un compañero que de veras...”

Entonces vino don Jorge, hermano del General, entonces ya cambió la cosa y hasta nos mandó una camioneta para que nos ayudáramos aquí hacer los recorridos. Porque entonces los hacíamos de nuestro propio peculio, decían los compas “ni modo, hay que trabajar”. ¡Y así hicimos la campaña! Muy bonita campaña, por el entusiasmo y la organización que llevábamos. Cubríamos la mayor parte de los pueblos y en cada pueblo ¡los que estábamos más organizados éramos los pobres! Los señores más acomodados estaban en el PRI y a la hora de mostrar contingente ahí se daban cuenta quién tenía más.

* Cuando el general Henríquez Guzmán hizo el recorrido en Morelos, muchos compañeros, ya con el entusiasmo que teníamos, le hicimos invitaciones: “Tengo el encargo de mi pueblo de que cuando baje, pase usted a comerse un taco con nosotros. Si le es posible”.

— “Cómo no, vamos, vamos a hacer todo lo posible, no puedo asegurarlo, pero vamos a ver”.

En un día recorrió desde Zacatepec, Treinta, Atlacholoaya, Zapata, Jiutepec y Tejalpa. Aquí el pueblo se volcó. El presidente municipal me negó la entrada a palacio: “Aquí en el recinto oficial yo no puedo dar ese permiso, lo tengo prohibido”, dijo. Y cuál sería su sorpresa que cuando vino el General, llegó el gentío desde la entrada, y a la presidencia lo subieron cargando. Habíamos concertado en el zócalo, en el quiosco, que allí organizáramos una pequeña tribuna pa’ que hablara. ¡No que!... llegando a la esquina el gentío... “¡vamos a subirlo arriba, a la presidencia!”

— “Pues que el presidente no quiere”.

— “¡No, que no importa, General... las puertas están abiertas...!”

Entonces ya lo subieron casi cargando.

* Toda la gente campesina fue la que seguía a Rubén en el Partido. Mucha gente llegaba y por eso le tenían miedo, porque decían que todos los que lo seguían eran gente rebelde... y decidida.

Cuando iba a bajar Ruiz Cortines a Cuernavaca, me agarraron preso a mí, a Florentino, a otro y unos estudiantes. Éstos hicieron un muñeco con la forma de Ruiz Cortines, creo que era Sábado de Gloria. Lo Ibamos a quemar allí en el zócalo, pero veníamos de allá, del Salto, con el muñeco, yo mero lo traía cargando, ya como a las ocho de la noche, cuando nos encuentra la policía: “¡a ver, súbanle; hijos de tal!”

Nos metieron a los separos, cada quien lo metieron en un separo. Llega allí un gordote conmigo, se sentó junto y me pone la pistola:

— “¿Qué planes tiene Jaramillo?”

— Nosotros semos sus colaboradores en la política y lo’tamos acompañando allí...

— “Pus ’orita verán”. Suena el teléfono, quizá para espantar a uno, yo voy oyendo lo que él tá’blando. Dice: “¿Cómo? ¿Degollado? Bueno”, y cuelga.

— “¡Ya te llegó hijo de tal!... Orita”. Sale y vuelve después.

— “¿Entonces qué, Jaramillo, qué planes tiene? Mañana viene Ruiz Cortines ¿Mañana lo van atacar? ¿Dónde tiene sus emboscadas?”

— ¿Quién lo dice? ¡Lucha su política, pero no para matar!

— “¿Y ’ónde lo conocites?”

— Allí en Axochiapan.

— “¿Quiénes son tus familiares allí?”

— Pus fulano,

— “Qué les quieres escribir porque te va a llevar la chingada, ’orita”.

— Pus si me dan un papel, les voy a decir que me vengán a enterrar, pues si aquí me van a matar, aquí me voy a quedar. Me da un papel y lo empiezo a escribir. Vio que ya llevaba algo escrito.

— “¡Hijo de la chingada!... entonces ¿no rajas, no descubres nada?”

— ¿Qué cosa voy a descubrir?

— “Bueno, ’tá bien”.

Al poquito viene y me amarra con otros y nos llevan con el gobernador. ¡Así de federales! Cuando llegamos ahí estaba parado el muñeco. Y que nos empieza a examinar el gobernador.

— “Oigan muchachos, ¿ustedes qué son de Jaramillo?”

— Somos simpatizadores.

— “¿De qué?”

— Pues a su lucha.

— “¿Lucha de qué?”

— Lucha a gobernador del estado, que está jugando como candidato.

— “¿Y quieren ustedes que’ntre?”

— Pues sí.

— “¿Y por qué?”

— Porque es pobre, igual a nosotros.

— “¿Tú conoces quién es ese muñeco?”

— Pues Ruiz Cortines.

— “¿Y quién lo hizo?”

— Pues lo compramos y lo íbamos a quemar como Judas.

Hasta se rió el gobernador, luego dijo:

— “Miren muchachos, les voy a dar libres, ustedes son jóvenes, son estudiantes y yo con los estudiantes no quiero nada, dice, yo soy amigo de ustedes. Se van libres pero le dicen a Jaramillo que ya no los vuelva a comprometer; porque él los anda comprometiendo a que hagan cosas que no deben hacer”.

* Esa vez ya estaba por triunfar el difunto Rubén cuando lo de Henríquez Guzmán. Me acuerdo que nos agarraron aquí, que nos sacaron de las oficinas, nos formaron, que hasta nos pusieron las ametralladoras. Aquí y en Jojutla y de allí nos llevaron para Cuernavaca. Nos metieron a la bartolina y ahí estuvimos. No nos pasaron al calabozo. Entonces tenía yo una tía por parte de Lorenzo Vásquez; estaba allá un velador en la Peni, su jefe era un ingeniero y cuando me metieron al calabozo le dijo el ingeniero a la tía: “acaba de llegar aquí un preso, una gente

metieron orita, dice, y es de tu familia, es tu sobrino”. Que se me echa a buscar: me encontró luego ahí entre la palomilla.

— “Bueno ¿qué te pasó? ¿Qué cosa hiciste?”

— Pus nada, estábamos en una asamblea, íbamos a nombrar un presidente, estábamos ahí reunidos cuando el gobierno nos agarró y nos remite de allá para acá. Y dice:

— “A qué caray. Orita voy hablar por teléfono al gobernador, dice, orita sales, nomás hablo y de allá tienen que ordenar que te den libre, luego luego”.

Le digo, mire, estaría bien que saliera yo, pero quisiera que se abogara por todos.

— “Pus ¿cuántos son?”

Le digo, pues somos veintitrés.

— “Ah... dice, no, yo abogo nomás por ti, por los demás no. Ya orita te saco. Orita de todas maneras voy hablar por teléfono”.

Se va y habla por teléfono a la gobernación y le contestan de allá que no está el gobernador, que ni Turrén el jefe de la judicial.

— “No te saco orita, no se puede. No está el gobernador ni Turrén, está en México. Orita están todos los gobernadores de todos los estados, dice, porque orita ya está Adolfo Ruiz Cortines en el poder y no estamos seguros que quede; con suerte queda Henríquez Guzmán”.

* Pero fíjense que siempre la burguesía, el partido oficial, es el que tiene la delantera, aunque no la gane, entonces el PRI tuvo que haber llevado “la mayoría” y había de todo, PRI, PAN, PPS y hasta sinarquistas, pero nosotros en el estado, en esa ocasión, sí llevamos la mayoría de votos. Las elecciones las ganamos, derecho. El chanchullo estuvo en la Comisión Electoral, ahí estuvo. Yo estaba en las oficinas del Comité en Cuernavaca precisamente cuando las elecciones y me estaba yo dando cuenta lo que comunicaban de México. “Que llegó la comunicación del estado fulano” y que “tal estado tuvo tantos votos” y así. El PRI fue el único que nos compitió.

* Se había acordado en la Federación que al saberse el triunfo se hiciera una manifestación de júbilo en la ciudad de México ¿y cuál sería el resultado? que hubo una matazón de todos los que se presentaron. ¡Hubo matazón en la avenida Juárez!

Al otro día sabemos aquí que acribillaron a los manifestantes. Y de allí en adelante, ya al tomar posesión Ruiz Cortines, se desataron las persecuciones en muchos estados. López de Nava se encargó de los “carreterazos” aquí en Morelos².

En esa época, sin jactancia, nosotros teníamos la superioridad en la organización campesina aquí en el estado. ¡Y ese fue el motivo precisamente del arrecio de las persecuciones! Esa fue la conclusión que sacamos, de que por las buenas nunca van a aceptar perder.

En Atlahuacán asesinaron al compañero Ortiz, lo secuestraron y desaparecieron. En México secuestraron a tres compañeros, a uno lo mataron y dos quedaron vivos. Mataron también al compañero Eleuterio Sánchez de manera cruel. Un viejo coronel zapatista, Luis Olmedo, fue asesinado también, lo dejaron tirado a un lado de Ozumba después que lo encerraron dos días en las mazmorras³.

* De Luis Tapia en ese tiempo se supo por versiones, pues como lo tenía de velador este Eugenio Prado, ahí le achacaron pues que... él había hablado de don Eugenio no sé qué y después se supo que por ahí, en un trailer se lo llevaron, que lo habían matado en la carretera a Palo Bolero. Entre amigos, el Sordo Tapia platicaba del difunto Rubén, porque era muy jaramillista,

2 Durante el gobierno de Rodolfo López de Nava (1952-1958) sucedieron numerosos asesinatos en los que las víctimas eran abandonadas a la orilla de las carreteras, de ahí el nombre de “carreterazos”. Estos asesinatos recayeron sobre todo en los jaramillistas cuya influencia popular era creciente. Hubo testigos directos de ello.

³ El compañero Luis Olmedo fue secuestrado, torturado y asesinado por el sanguinario Hermelindo Barberi, jefe de grupo de la policía judicial, ajusticiado después por Jaramillo.

pero no medía el terreno, ¡cuando que don Eugenio andaba detrás de Jaramillo! Yo le criticaba a Tapia que se lanzara así tan abiertamente, porque hay que medir el terreno para todo. Con una palabra que diga uno, con esa basta.

* Lo habían matado y luego quisieron aparentar el crimen como accidente. Dijeron que lo mandaron en un viaje de azúcar en un trailer, que pasaron a comer a Alpuéca, que mi padre se emborrachó y se golpeó, que entonces el chofer sin verlo echó reversa y le pasó encima el trailer. Pero lo que pensamos fue que alguien que lo conocía llegó a la casa, porque cuando lo encontramos muerto iba sin zapatos, llevaba unas chancas que él usaba sólo en la casa y con un sombrero viejo que tenía. Encontramos también un tubo con huellas de sangre, los botones de la camisa regados por el suelo, arrancados y la pistola debajo de la almohada. Lo sorprendieron y se ve que hizo resistencia o allí mismo lo mataron. Parece que lo mataron a machetazos, porque encontraron las piernas y los brazos regados por el suelo y con un machetazo a media cara, una pierna estaba como a quince metros. Lo trozaron con mucha saña.

* Ya entonces empezamos a hacer protestas. ¡Protestas y protestas al gobernador y se quedaba callado! Cuando vimos que ya la cosa no tenía fin, íbamos a México con la protesta y “cálmense, tengan calma” ¿Cuál calma? ¡La calma la vamos a tener cuando nos acaben!

* Pero había harta efervescencia y el General por exigir que acabara eso, que el gobierno pusiera remedio, no persiguiera más. Él no hacía caso, o si lo hacía, no le hacían caso a él y en todo el país seguían los atropellos. Al General ya le disgustaba eso, que había harta efervescencia.

* En México Rubén andaba tratando sus asuntos con mucha gente que lo seguía, que lo rodeaba. Lo rodeaban desde jefes militares, paisanos, ejidatarios, obreros. Y con ellos precisamente estaba poniéndose de acuerdo.

Los militares no eran los de Henríquez porque ya a Henríquez le había caído este Alfonso⁴ que era compadre y secretario de Henríquez, se daba cuenta de su archivo, le platicó al difunto que le encontró unas actas que tenía del Gobierno, firmadas, de tantas concesiones que tenía por distintas partes. Y que no se creyera, que este Henríquez trabajara de acuerdo con sus ideas, porque realmente, él le cayó en hechos con las actas que tenía, de compromisos. Ya enton's fue cuando este Alfonso se retiró de Henríquez y seguía mucho a Rubén. Yo y Guillermo éramos los comisionados. Rubén nos mandaba con Henríquez y cuando íbamos allá a sus oficinas, entraba uno libre, sin boleto, sin más nada y ya después necesitaba uno pedir boleto para entrar. Enton's a un campesino ya no lo dejaban entrar, sino que dejaban entrar a puro de categoría y a nosotros ya no nos dejaban entrar.

Entonces Celestino Gasca agarró la lucha de Henríquez Guzmán y se pasó la gente con Gasca. Ya enton's tuvimos contacto con Gasca y también nos mandaba a mí y Guillermo allí, a darnos cuenta de su movimiento, de cómo trabajaba y todo eso.

* Seguimos yendo a protestar a México, acosar a los de la Federación, a ver qué pasaba; hasta que por último se hizo una junta, donde acudieron de muchos estados y dijeron: "Aquí no hay más que echarnos sobre el gobierno", "es que no oyen súplicas ni protestas". Y empezaron ahí, había unos que hasta brincaban, que ya les andaba porque llegara el momento.

⁴ Alfonso Navarro Prieto era un político cercano a Henríquez Guzmán.

* Entonces ya se acordó lanzarse a la lucha. Se acordó que en todos los estados, un día señalado, el 4 de octubre, teníamos que dar el asalto cada quien en su propio estado. Estaban ahí los estados de Michoacán, Querétaro, Veracruz, Guerrero, Morelos, Hidalgo, Chihuahua, Sonora, Oaxaca. Pero los que más sobresalían eran ése de Veracruz, el de Hidalgo y el de Michoacán: “Yo tengo, dice, cinco mil hombres preparados, armados y montados”. El de Guerrero hasta vino aquí a decirle a Rubén: “Yo tengo 500 hombres dispuestos para cuando se llegue el momento”.

* Yo estaba en espera de alguna razón. Había una contraseña para tocar mi puerta en la noche: tres toquidos: toc... toc... toc
— ¡Es por parte dél!
— Pase, pase, ¿qué deseabas?
— “Pues que se encuentra por ahí, por tal parte, de modo que usted sabe si puede ir o no”.
— Sí, cómo no, sí voy.

Al otro día hago yo mi maleta: ya el puñito de chiles, ya el puñito de azúcar, ya el puñito de sal, ya la yerbabuena, ya la manzanilla por alguien que le doliera la barriga. Todo eso cargamos y voy con doña Cata: pasa esto. “Ay hermanita, no tengo dinero... pero orita!” Agarra dos pollos, los vende y vámonos. Ái vamos con Rubén: “Que miren, que se está planeando esto y l’otro”, dijo.

Pues nos manda de escuchonas por ahí, a ver qué se dice, pa’llevar esa razón. Tú Cata, vete pa’tal parte. Agarré yo mi canasta, compré unos camotes y entraba yo a los cuarteles: ¡huacamooootes!... pero nomás iba a ver qué había. O si no, compraba yo naranjas, llenaba mi canasta... ái vamos, a vender naranjas donde había soldados, donde hay gendarmes: ¿No compran naranjas? Unos compraban y otros no, pero ái andamos.

* Cada quien en su pueblo tenía organizado... yo aquí, por ejemplo, tenía organizados y ya preparados para el momento

doscientos cincuenta hombres. ¡Y de los doscientos cincuenta me salieron veinte! ¡Pero siquiera salimos! Otros ni eso. Salimos aquí, desarmamos a la policía, les quitamos sus armas y nos fuimos a Yautepec. También les quité las armas. ¡Ai hubo un voltioncito, uno se nos quiso echar encima. Y nos fuimos al lugar donde nos íbamos a reunir para organizarnos y entrarle fuerte a Cuernavaca.

Pues llegamos hasta las goteras de Cuernavaca, ¡pero no se presentaron los demás! Tuvimos que huir pues, del pueblo ¡que se cundió de gobierno! Tuve que aventarme muchos años fuera de mi pueblo. Él nos dijo que se concentraran los de por acá, en Zacatepec, los de Alpuyeca, Tlacholoaya, todos se vinieron para' cá.

De aquí salimos, cuando mucho a las diez, todos por allá con sus manojitos de leña con sus armas adentro, como a las diez, once de la noche: “¿Cuándo se va romper el fuego?” Nomás'tábamos esperando ahí, cerca de Tetelpa, cuando oyéramos la balacera. Nos juntamos como cuarenta allí. Esa noche estuvo lloviznando toda la noche. Todo estaba ya sitiado, ya nomás esperábamos la señal: un tiro o un cuete. Otros adentro en Zacatepec, entraron con su manojito de leña y ahí iba su arma; en casa de un compañero de confianza, también jaramillista, 'taban esperando. En la planta de luz estaban algunos: si oían un descargue, cortaban la luz. Otros para que no telegrafiaran.

Rubén me dijo que le iba a tocar Cuernavaca y a la demás gente Zacatepec. Todos'taban esperando la señal, pero no se hizo nada, no se hizo nada, vino la razón con un portavoz, “que cada quien se fuera a su casa, a retirarse, porque ya no iba haber nada”.

Ya cuando amaneció por ahí nos regamos cada quien a su casa. Al parecer alguien descubrió antes el plan.

* Ya nomás esperaba en mi pueblo a los compañeros para desarmar la defensa de aquí; “yo mero los llevo”, les dije, “yo conozco cómo son los de aquí, son mis compañeros, ya sé con

quién voy a empezar; ni siquiera se van a mover”.

* Entonces fue cuando Rubén se alejó de Gasca y ya después Alfonso le dijo a Rubén:

— “No, mira Rubén, el asunto está así y así, es una maniobra chueca que tienen”.

Y había hartos campesinos y hay todavía, que son gasquistas. Claro está que como nosotros ya conocemos cómo trabaja ¿verdá? no nos creemos de él. Y no los pudimos convencer a que siguieran la lucha con nosotros:

— “Que no, que Gasca ha prometido y que quién sabe qué”.

Bueno ¿qué mejora les ha hecho? Como les he dicho, ¿qué les hizo ahora a los de Huehuetlán? Nomás los aventó a la lumbré y cuando ellos accionaron dijo que eran unos puros políticos y que él no se metía en eso. ¿Eh? Y esos no son hechos, por eso los de Huehuetlán se retiraron dél y ya para acá no creen que Celestino Gasca, que su lucha vaya bien, en bien del pobre, sino que está siempre apegado a los caciques, a los millonarios, no está con el pueblo, no está con el pobre necesitado. Cuando metieron muchos campesinos a la cárcel y él salió rápido, pues ahí se acaba de ver ¿verdá? que no es hombre de lucha, no es hombre de lucha en bien del pueblo.

* Hice un corrido y sí lo canté. Lo canté un día cuando ya me puse en paz, se los canté a los rajones esos que no quisieron acompañarme y que a la hora que los invitamos estaban animosos. Les canté un día en los toros, al mediodía y nomás se agachaban allá los coyones.

TODOS LA VIMOS CERCA

* Todos los que anduvimos con el finado la vimos cerca. Lo mío estuvo muy triste.

A nosotros nos nombraron de autoridades en mi pueblo. Yo era el síndico y otro compañero el presidente. Había mucho abigeato aquí, así le decían. Robaban el ganado y se lo cargaban a los pobres y los del hecho eran ellos, los ricos, esos eran los que robaban.

Entonces en mi pueblo ellos me empezaron a calumniar a mí porque no corraleaba con ellos y como estaba de autoridad me fueron a mal informar con el gobierno. Me vinieron a traer estando en calidad de autoridad. Allí me hicieron muchos cargos, que quién sabe cuántas muertes debía yo. Ya estando preso hicieron su lista de los muertos que debía, que era coronel de Jaramillo, me agarraron credenciales de cuando salí con Rubén y se burlaban de mí: “ora mi coronel, hijo de quién sabe qué”, me decían los generales.

Allá nos tuvieron en los separos de la judicial, que ya nos matan, que ya no y bueno. Me llevaron a mí, a mi hermano y otro tres. Me metieron a golpiarme, allí me exigían que dijera yo adónde estaba Jaramillo. “Aquí me lo vas a entregar, hijo de tal”. Estaba el jefe de la judicial del estado. Me pusieron

cables eléctricos en la cabeza, me quitaron los huaraches y me echaron agua a los pies pa' que hiciera más contacto y uno allí escribiendo, 'taban cuatro.

— “¿Lo conoces?”

— Sí, lo conozco.

— “¿Y dónde está?”

— Y ¿cómo voy a saber, si'taba yo en mi pueblo? Me agarraron en calidad de autoridad, no andaba con él.

— “¿Pero anduvites con él un tiempo?”

— Sí anduve con él.

Pa' qué es que lo negara yo, ya lo sabían.

— “Entonces de cualquier modo ¿Se está comunicando Jaramillo contigo?”

— ¿Cómo creen que se comunique conmigo, si yo ya pertenezco al gobierno? Él es muy desconfiado.

— “No que... ¡jijo de quién sabe qué! Échenle agua y denle más juerza al aparato”.

Para que me sacudiera más. Ya de cerca no veía yo, lle-
vaba como un cuarto de hora martirizado. No quería decir y me daba una patada uno, una trompada otro, otro me capeaba con un cañonazo... la misma electricidad no me dejaba caer, 'taba yo parado. Ya me habían dejado la boca así y la camisa negra de sangre.

— “¡Vas a decir o te haces chicharra!”

— Pues mátenme de una vez; yo no sé' onde está aquél.

— “Nos vas a llevar de aquí”.

— Pues yo no sé...

¡Pero yo sí sabía! ¡Nomás que habíamos jurado, de por sí, que cuando cayera uno de nosotros aí lo mataban y no decía 'onde está el Jefe!

— “Pues entonces, échenle más, es que les'tá gustando”.

Ya después me hablaban: “Mira, dinos dónde está. Tú te quedas aquí, te damos un buen cargo, te quedas aquí con nosotros. Di qué tanto quieres de dinero”.

Como vieron que no decía yo, ¡reata, reata! Ya no vía yo a tres metros cuando trajeron a mi hermano. Cuando l'iban a poner los cables ya les dije: Van a martirizar a mi hermano

¿pero él qué sabe? Aquí estoy yo, mátenme de una vez a mí. Así no le hicieron nada.

— “¡Ah, ya le está gustando! Denle más, otro rato”.

Me tuvieron otro rato martirizando. Cuando me quitaron los cables de la cabeza caí, 'taba mi hermano aquí cerquita pero lo vi lejos, lejos. Ya casi no lo conocía yo. Cuando caí al suelo me levantan a patadas, a que me levantara, ¡qué iba a poder levantarme! Mi hermano me levantó como borracho y entra ese jefe Judicial.

— “¿Qué cosa?”

— “No, no dijo nada”, le dicen.

Y me agarra una patada que me aventó boca abajo, pa'sacarme de la puerta: “Hijo de la chingada, dice, al rato me lo sacan por allá. Se los encargo”. Me conformé con que me iba a matar, pero como tenía un amigo diputado, se dio cuenta y dio un telefonazo, “Que mucho cuidado conmigo”, pues.

Fue lo que me salvó. Me llevaron a la cárcel del distrito y de ahí ¿cuándo iba yo a salir?, si estaban yendo los ricos a dejar dinero a modo que no saliera yo. Me andaba arreglando y ahí van cinco, diez mil pesos para que me tuvieran encerrado ¡Y a mí no se me comprobaba nada, pues! De las muertes que me acumulaban no era nada cierto. Estuve en la prisión nueve meses. Yo'bía organizado algo los pueblos, Xochi y todo eso... Entonces en la prisión me visitaban profesores, empleados, compañeros, autoridades...

— “Aray don fulano, me decían los presos ¿qué cosa es usted?, lo visitan profesores y autoridades”.

— Bueno, yo tengo amistad con ellos, les decía yo. Y ellos en la prisión estaban peleando, echando guantazos y que me los voy agarrando a consejos, con las ideas de nosotros, que los voy empezando a organizar.

— Amigos, les digo, fíjense cómo estamos aquí; nosotros estamos aquí unos por el hecho declarado, otros por calumnias, otros que no se nos hace ver nada... y ustedes no piensan. Entre nosotros mismos hay que vernos como hermanos, hay que ver aquel enfermo, hay que cuotizarnos y mandar traer medicinas que se cure. ¿Con quién debemos ponernos? Con la polecía,

con el comandante, con éstos... y buscar la forma cómo vamos a salir, porque nosotros no vamos a salir...

Empezaron así a oír. Luego que las profesoras iban allá y que se organizan y meten a las monjitas. ¡Y ya Dios está de por medio: matando chinches yo que voy a ver un agujerito, 'taba un taponcito de papel y buscando chinches que lo jalo y así se hizo un agujerito que 'taba entrando aire pa'dentro. Y que llega una profesora, mi comadre: mire comadrita, le digo, por aquí nos vamos a salir.

— “Pues entonces, dice, para la mezcla, vinagre”.

— Pues tráiganos. Y como iba yo golpiado, dice: “sí, vamos a meter vinagre para ustedé, como remedio”.

Que vamos para'llá dentro y que nos hacen un embudo, de cartulina. El vinagre lo trajeron las monjitas y ya la prisión la'bía organizado todita, nos queríamos como hermanos, ya no se peliaban. Y ya les gritaban a los policías ¡hijos, de quién sabe quien!

Luego que entran las monjitas y traen el sacerdote pa' confesarnos. Que platicamos cómo estamos: pus nos trataban muy mal, no nos meten alcohol, ni pastillas para los enfermos, querían que nos muriéramos ahí. Y “pensamos hacer esto”.

— “Háganlo mis hijitos, dice, pero mucho cuidado. Yo voy a pedir por ustedes, pero mucho cuidado. Háganlo”.

Con apoyo del curita, las monjitas y los profesores... empezamos... Y una noche que nos cuotizamos y que emborrachamos a la polecía. Por supuesto uno de nosotros, hizo que se pelió con nosotros, era plan, se hizo “enemigo”.

— “Yo me voy a salir pa'llá, dijo, a emborracha'los. ¡Pero se salen! Yo como sea me arreglo”. Su papá tenía centavos. Reunimos como ciento ochenta pesos. “Les voy a meter puro tequila para que se emborrachen bien”. Ocho días antes de la fuga dice: “ora, péguenme pues, ya de una vez”; era travieso y...

— “¡Hijos de su chingada madre!” empezó luego luego... y no había motivo pues, ¿cómo le íbamos a pegar? Bueno ya le pegamos, le sacamos sangre, y ¡hijos de la chingada!

Y entra la polecía y “¡sáquenlo!” Se meten y lo jalan pa'fuera. Ocho días'tuvo allí con ellos, y éstos: “Miren pendejos, ustedes no tienen tequila”.

¡Traguen muertos de hambre, ora que pueden! les gritábamos. Y él mentándonos la madre. Y un día de mayo, inolvidable, dice: “Ora mero”. Juntamos dinero y se lo damos; en ese día van las monjitas ¡y que nos llevan una cazuelota de mole y como seis cajas de refrescos! Que nos echan un discurso ahí: Jesús y sus apóstoles cuando iban hacer su partida. El último día que nos miramos... Fiesta pues, “que Dios los acompañe muchachos”, “lo que piensan hacer, que Dios los ayude”.

En la noche, ya borrachos'taba el alcaide y ése no tomaba, se le viene el parto a su señora. Los polecías bien pedos. Y nosotros cantando y gritería mientras trabajamos, duro, duro y duro; mientras la gritería, la guitarra... A las cuatro de la mañana, ya pues'taban cantando los gallos, los chamaquitos'taban llorando: Ya'bíamos agujereado bien pero faltaba una piedra grande que'taba cargando arriba y abajo. Hasta que por fin.

— “¿Ora quién?”

— Pues yo, les digo, ‘toy lastimado, de una vez, si me tiran pus ya no salgan y si no, pues yo los saco.

Y que salgo a un mesón y ahí uno por uno hasta que acabé de sacar todos: “Ora sí”.

Luego a brincar una barda pero'bía una escalera y damos a otro mesón. Pasando'taba una viejita, pero en el pueblo toda la gente sabía que nos trataban mal, todos se compadecían de los presos y sale la viejita:

— “¿Qué pasa?”

— Somos de la prisión, señora.

— “¡Ah! Dios que los acompañe, María de Guadalupe, orita, pérense que abra el portón”.

Y pa'juera. Ya'stábamos de acuerdo que si la polecía se nos aventaba encima, ¡han de ser tres, cuatro; pues nos regresamos sobre los balazos! “Cuando menos tres, cuatro se escapan”. Salimos y que vamos mirando así enfrente, ¡Había harta gente en la llave de agua!

— “Dios que los ayude”, y agarraban sus botes y se iban.

Salimos todos.

Yo volví con el Jefe Rubén y no volví a mi pueblo hasta el año que lo mataron. Trece, catorce años fuera. No anda uno que

“ya me pasó” y “que ya tengo miedo” o que “ya me vendí”. No, uno como siempre. Yo me vi cerquita de la sepultura, pero no porque me vi cerquita de la sepultura digo “ya hasta aquí paro”. Si no llegamos al triunfo, siquiera que los chiquitos oigan lo que platicamos nosotros en contra de los ricos. Porque antes no había quién hablara en contra del rico. Aquí en mi pueblo era peligroso. Y ora hasta las mujeres hablan en contra de los ricos. Antes que lo perseguían hacíamos juntas grandes para apoyarlo, a Rubén, ¿’ora por qué no las vamos hacer?

* Me atonto y... había corrida de toros en Puente de Ixtla... “un ratito” ¡y que nos cae la judicial! No íbamos armados pero ya tenían la lista. Nos entregó uno de Nexpa, Otilio Cortés, solamente éste nos conocía allí, soldado de “El Polilla”. Ése luego luego: “que ái andan”. Allí nos dieron los primeros golpes “y qué... ¿las armas?”

Las armas las había dejado en mi casa, enterradas. Y luego que me enseñan la listota de treinta y cinco y entre ellos sí había algunos que sí’taban de acuerdo, pero que no habían salido al monte. Y yo me decía, cómo voy a entregar a esos pobres que ni siquiera han pecado y los vamos a sacar de sus casas. ¡Le aguanté! Pero como no me agarraron a mí solo, sino con Josué... y que sacan a Josué. A mí me colgaron un rato, me cañonearon y no quise decirles nada.

Sacan al otro. El otro nomás de ponerle la reata, luego que dice: “las armas las tiene él, nos desarmó en tal punto y ái están las armas”.

Y que me van a sacar a mí: “¡No que no, tal por cual!” Ya que me traen a mí, pues ya así ni modo. Me trajieron, entregué las armas, me colgaron y me cañonearon por ái... porque a fuerza querían que les dijera adónde estaba Rubén. Y eso sí no les pude decir, porque no pues.

— “Yo sabía adónde estaba, cuando andaba yo con él, ahora que no ando ¿cómo voy a saber? Ya les entregué las armas” y “si los cinco tiros son para mí, ’e to’os modos los voy a recibir, pero que yo entregue a esos amigos, no”.

Para que Josué no siguiera declarando, yo les digo:
— “Mire, éste no lo encauce porque éste no sabe nada, aunque ya es hombre, pus estando en estado de ebriedad, bajamos nosotros la palomilla armada y pus por borracho se alborotó y que se va con nosotros. ¡Éste no se da cuenta de nada! Y este escuincle, pus igualmente, como está pilcato pus tampoco, apenas se jueron, no se dan cuenta de nada...” De modo que a esos no les preguntaba, nomás unas cuantas preguntas.

Luego me trajieron con el general de la 24 zona, me decía: “Dime quiénes son, porque la única salvación de tu vida es esa, que tú me lo digas”. Dice: “Te voy a dar cincuenta mil pesos, de mi bolsa y si tú me haces esta machada... Tú haz de cuenta que tú vas a levantar esta revolucioncita, entonces tú te vas a llevar cuatro o cinco pistoleros que te voy a dar; tú armas otros, también te voy a dar buenas armas... tú tienes manera de localizarlo, tú conoces los ranchos... de cualquier manera, sabes navegar, pero tú lo vas a buscar ¡y haz el hecho! Cuando tú hayas hecho eso, que nos entriegues la cabeza de este ciudadano, tú reconoces el ascenso, el gobierno te va a dar otros cuantos miles de pesos, quedas reconocido y tú quedas bien con el gobierno”. Eso me decía.

Le digo: mire general, le agradezco mucho lo que usted me dice, pero no voy a poder, de ninguna manera voy a poder. Ya estoy en sus manos. Ya las armas que yo tenía, lo que yo cargaba, ya las entregué. Y no voy a poder hacer más.

— “Vale, ni modo, vas a tener que ir al sacrificio”.

— No tiene remedio, le digo, yo creo que desde cuando salí de mi casa, eso ya lo pensaba.

— “Ándale, pues”.

Ya me dejaba. Cuando me interrogaba él, me dejaba con un coronelito y ¡ay!, ¡cómo me dio de colgadas en las noches! Bueno... me pateaba, me colgaba y... en fin. Luego me entregaba a otro capitán... buena gente.

Los cuatro, cinco días que nos tuvieron incomunicados, sin comer ni beber agua en los separos, éste llegaba y decía a los guachos: “no me traigas de cenar temprano, sino trái ya hasta las once o doce de la noche”.

¡Y era tan macho que le decía esas horas porque el cabrón se iba y él nos pasaba la cena de la posada! “órale, cena cabrón, decía, y eso que le dice y así con esos huevos que le dices al general éste que tanto te chinga, así síguete diciendo, cabrón, aunque te mate pero no rajes porque ¡si te rajas te mueres! Y me decía: “¡pendejo!, ya que te’bías ido de gane no hubieras hecho lo que yo hice. Yo también no me salvé; ’toy en el gobierno pero yo jui también de los cristeros y también soy pastor, pero yo jui pendejo, dice, me junté con unos cinco, me voy por aí a chingar a esos ricos en las haciendas, me hice con miles de pesos, que me voy a vida privada ¡y luego me gustó! Y ora, aquí estoy con el gobierno. ¡Nooo, dice, ya una cosa d’estas, cuando ya te veas perdido, así debe ser!”

* A Gelasio López los de la judicial le propusieron que entregara a Rubén y él sí aceptó. Le dieron armas, le dieron dinero, él se comprometió, no pudo, se gastó el dinero, vendió las armas, lo llamaron... no iba, no rindió cuentas. Un día y que le caen en la madrugada. En su casa lo mataron los mismos de la judicial.

Hizo intentos de entregar a Rubén, pero realmente... pues la gente, el pueblo luego huele cuando hay algo raro. Resulta que luego llegó la noticia a Rubén: “Rubén cuídate, Gelasio anda en estas condiciones, dice que quiere verte”.

No había una cosa que se oliera, viera mal o que hubiera rumores, que ya no lo supiera Rubén. Eso demostraba que el pueblo estaba con él y lo protegía.

* Me propusieron muchas cosas de parte del gobernador, pero a mí no se me olvidaba una frase que dijo una vez: “Me encuentran este tal por cual, no me lo traigan, mátenlo y tráiganme la razón, nada más”. ¿Con esas frases me iba yo a dejar amansar?

Fue un vecino mío el que llegó para que me arreglara, dice:

— “Mira paisano, primero me mata a mí el gobernador, a que te mate a ti”.

Mira amigo, le digo, yo soy más viejo que tú y esas cosas las conozco mejor que tú. No te comprometas a lo que no puedas hacer. Las palabras son muy fáciles. Ya mejor vete, ya que están bien ustedes, conserven la amistad con el gobernador. Yo de ir a rendirmele, no. Yo estoy bien aquí.

— “No que mira, que no le tienes lástima a tu familia; que está padeciendo y que...”

— Sí, pero estamos contentos...

— “Estarás contento tú, pero tu familia no”.

— De todas maneras... no he de ir.

— “Mira paisano, dice, yo traigo instrucciones de llevarte a como dé lugar, traigo gente para llevarte...”

Pero entonces, vendía yo en un mercado. No sé como llegó una versión allí de que yo me salí de mi tierra porque había yo asesinado a cuatro en un sólo día. Entonces la gente me miraba así... Llegaban y me daban mi lugar, porque siempre he sido respetuoso pero siempre me desconfiaban algo. Y eso los tenía al principio con pendiente a los dirigentes; esos fueron los que se me encararon más, a sacarme la versión. Claro que yo primero los sondí y vi que eran personas que se les podía confiar algo serio, ¿verdad?

— “¿Es cierto que usted hizo esto y esto otro?”

— Bueno... ¿estoy hablando con hombres?

— “¡Cómo no!”

— Pues mi asunto es otro... pasó esto y esto otro. Y les cuento de Jaramillo.

— “¿Ah, sí?”

— Sí, y si tienen algo en contra, díganmelo de una vez.

— “¡No!”

Después se dieron cuenta de un caso, de Chimino, que se lo llevó la judicial de Morelos. Salió eso en los periódicos. Que van y me dicen, ya entonces me habían hecho miembro de la directiva del mercado.

— “Mire usted. ¿Y qué, a usted lo persiguen?”

— Sí, no puedo ir a mi estado.

- “¿Entonces se da cuenta de este caso? ¿Usted lo conoce?”
- Sí, fue un amigo mío, lo vinieron a traer aquí.
- “No, dicen, de aquí no se lo llevan a usted, porque nosotros aquí vamos a defenderlo”.

Y hasta ni lo creí. Entonces yo le dije al paisano: Mira, no pienses que estoy solo. Me paré el cuello ¿no?, tráite tus judiciales, tráitela. Si traes esa orden y ese propósito, no pienses que estoy solo, pero si tú quieres, ¡órale!

- “No que mira, que somos amigos y no podría obrar así”.

Entonces ya se aflojó y mejor se fue.

* Fui a mi pueblo a pasarme unos cuantos días. Por suerte me cae el jefe de la judicial. Cuando amanezco salgo y veo que ya vienen ahí. Entonces me salgo por atrás y llegan, buscaron, no me encontraron y que regresan. Y este jefe de polecía secreta manda sus soldados por ahí y él sale hacia atrás. Voy a toparlo a la carretera, me paré atrás de un matón. Ya que venía llegando, me paro enfrente, así con la mano preparada en el fierro: Buenos días don Raúl.

- “Buenos días amigo”... tenía una vocecita medio fuerte. ¿Qué andas haciendo?

Dice: “hombre, ya te fui a visitar”.

- ¿En qué forma? ¿Me haces favor de decírmelo?
- “Mira mano, dice, no es por otra cosa, es que... para hacer la mueca, pero contigo no tengo nada”.
- Mire don Raúl ¡no sea valido de la ocasión, sea hombre!... somos ciudadanos, somos nativos.... ¿qué tanto me buscas? ¿Qué tanto asustan a mi familia? Entonces mi chamaca estaba chiquita. ¡Asustando a mi familia! ¿Qué cosa te quitado a usted? ¿Qué cosa he hecho en el pueblo? ¿A quién he robado?
- “No mano, dice, yo no te puedo decir nada”.
- ¿Entonces por qué usted me persigue?
- “Hombre... para dar cuenta que en verdá te vengo a buscar, pero no...”
- ¿Y si me halla usted adentro, qué?

- “No te hago nada”, dice.
- ¿Entonces por qué llevan los fusiles?
- “¡Hombre no!”
- Cómo no, ¡si yo estaba allí atrás! ¿Y los amigos que van por allá no llevan los fusiles? O ¿qué es eso?
- “Hombre, las órdenes son así. Pero te acuerdas, no te vuelvo a visitar, dice, no te vuelvo a visitar”.
- ¿Vas a cumplir?
- “Sí mano, voy a hablar y no te vuelvo a visitar”.
- Bueno.
- “Amigos, dice, sabe que somos amigos como siempre y ya no vuelvo a molestarte”.
- Bueno. ¿Así quedamos o quiere riña conmigo? Ando fuera de mi tierra y estoy dispuesto a quitar todos los maleantes de aquí de mi pueblo... ¡estoy dispuesto!
- “Bueno, pero me dicen que usted anda con Rubén Jaramillo”.
- Exactamente, yo ando. Yo no lo voy a decir que no, mira... y le enseño la pistola.
- “Sí mano, yo no quiero nada personal contigo, cumplo las órdenes del gobierno. Pero de hoy en adelante ya no voy a visitarte”.
- Bueno de acuerdo. Cuidado que me avientes los amigos porque...
- “Bueno amigo, adiós”.
- Fui a mi casa y ya no volvió a pasar nada.

LO QUE OTROS NO PUDIERON HACER CON LAS ARMAS, YO LO LOGRÉ CON MEDIOS PACÍFICOS

* López Mateos cuando se lanzaba como candidato a la presidencia, se valió de unos evangélicos, de Nacho González, ministro protestante, de un generalito llamado Rubén Peralta, de un tal Salatiel Jiménez también evangélico y otro. Cuatro. Los comisionó López Mateos para visitarlo en un campamento. Ahí fueron las primeras pláticas:

— “Que el señor presidente tiene muy buenas intenciones”, “a ti te conviene ayudarlo en su candidatura”, “él te va a dar muchas garantías”.

Para’llá y para’cá. Fue el principio de la maniobra.

* Había un amigo que se llamaba Alfonso Navarro Prieto, tenía influencias allá en México y era amigo de Rubén. Una noche, por supuesto que ya lo conocía porque ya me lo había mostrado el mismo Rubén, y una noche como aquello de las

once llegaron a mi casa, tocando la puerta; yo desconocía la voz, oía como una voz enérgica y, bueno me sentí un poco miedoso ¿pues quién será? ¿Quién es? pregunté y ya me dijo su nombre. Abrí la puerta, venía con su tío, algo viejo, y dice:

— “Orita quiero que me lleves adonde está Rubén”.

— ¡Pero hombre!... en la noche y no puedo caminar bien, bien...

— “Pus a ver cómo le hace, pero nos lleva”.

Bueno, ni modo. Me levanté, le digo a mi mujer: espérame, regreso.

Me fui y allí en la barranca, no dimos vuelta, sino por esa bajada medio fea, a gatas y todo pudimos bajar al fondo y el viejito que se cae al agua, con todo y azúcar y quién sabe que más le llevaba a Rubén. Para llegar al rancho teníamos contraseña ¿verdad?, a silbidos y ya entendió él que era yo.

Llegamos, se los entregué: aquí están.

— “Está bien”.

Y ya le dijo: “Mira Jaramillo, venimos de parte de López Mateos, que quiere él que tu gente le de canilla, que tú lo apoyes a él. Y llegando él al triunfo cumplirá todo lo que tú quieras... dice que le hagas una ponencia y que él se base a eso y cumpla todo lo que tú quieras. Hazlo y vamos”, dice.

— “Sí, cómo no”.

Y ya se puso a escribir, empezó a hacer esos papeles y cuando vinieron la segunda vez, ya quedaron a que se iban a encontrar en Tepalcingo. Entonces tuvimos miedo, porque éstos se comunicaron con el Jefe de Cuautla, el general y subió a Tepalcingo también. Decimos que juera una política quizá para agarrar a Jaramillo. Pero entonces creo que ordenó López Mateos que no se persiguiera a Jaramillo, se le dieran garantías.

Nos dio miedo porque llegaron los federales y ve usted que ellos no saben a qué van, luego cortaron cartucho y se regaron así. Y nosotros estábamos sentados allí y se tomaron muchas fotografías. Ya cuando llegó Navarro le entregó el Jefe lo que había escrito:

— Esto es lo que quiero, por esto ando luchando, dice.

— “No tengas cuidado Jaramillo, que esto López Mateos lo ha de cumplir. Te preparas y para tal día vas hablar con él”.

* Por medio de la masonería. Yo les confié a unos señores. Entonces estos me dijeron a mí:

— “¿Qué usted deveras conoce a Rubén Jaramillo?”

No, no lo conozco, pero soy simpatizador de sus ideas y por esa causa estoy aquí, porque en Morelos no me dejan descansar.

— “Bueno, dice, nosotros hemos hablado con el licenciado López Mateos y él nos ha dicho que conoce muy bien a Rubén, pues Mateos fue a elaborar las bases constitutivas, dice, y ahí tuvo la oportunidad de conocerlo, y no es una persona tonta. ¡Cómo quisiera ayudarlo!, dijo este López Mateos”.

* Yo estaba trabajando en La Prensa, el director era un tal Leopoldo Ramírez Cárdenas¹ y a él le dijeron: “Este muchacho es jaramillista, cuídalo mano”.

— “Yo quisiera platicar con él”, me dijo Ramírez Cárdenas, ¿No sabe usted dónde se le pueda ver?”

— Digo no sé, pero yo sí sabía.

Entonces me dice: “Mira, ojalá y qué pudiéramos localizar a Rubén, el Lic. López Mateos desea ayudarlo ¡ya que se quite de andar por ahí!”

Entonces yo me puse a pensar, yo le voy a revelar esto a mi compa. Fui y: Mire, hay unos amigos que son políticos y quieren platicar con usted. Lo que platiquen usted sabe, yo no le digo que acepte o si sea cierto lo de Mateos.

Dice Rubén: “Bueno, tráilos temprano, mañana”.

Que los llevo, llegamos al pueblo, los recibió muy bien, se dieron el toque de manos, todo eso y se sentaron. Fueron Jesús Montemayor, jefe policíaco, Salatiel Jiménez y Nacho González², evangelistas, y Leopoldo Ramírez Cárdenas. Yo digo

¹ El director de La Prensa se ganó la confianza de Rubén y muchos jaramillistas por el apoyo que recibieron a través del periódico en la lucha contra la corrupta administración de Eugenio Prado en el Ingenio de Zacatepec.

² Nacho González dio a un compañero una versión distinta del asesinato de Rubén Jaramillo. Se supone que él conocía la versión oficial que no pudieron consumir los asesinos, por lo que alguna complicidad debe haber tenido en los hechos. Testimonio de Félix Serdán.

que siempre si iban teniendo alguna cosa, algo medio canijo, un plan. Yo así lo noté, porque estaban interesados en muchas cosas. Montemayor parece que era jefe de detectives, me decía: — “Mire amigo, no tenga usted desconfianza porque sea yo policía”.

Él mismo le dijo a Jaramillo: “queremos que vayas allá y te presentes con el licenciado”. También Salatiel y Ramírez Cárdenas así le dijeron.

— “Bueno, dice Jaramillo, yo les avisaré aquí con mi compadre”.

Pero nunca me avisó. Y cuando llegó la entrevista hubo otros que sobresalieron interesados en andar en el asunto, para ganar quién sabe qué cosa, quizá era una forma de decirle a López Mateos: “yo te ayudé mano”.

* Cuando fuimos a ver a... ése que murió... López Mateos, cuando le dio el abrazo, yo quedé atrás de don Rubén y aquel viendo pa' cá y al abrazarlo le vi un gestito que hizo.

Luego nos presentó Rubén, dice: “estas mujeres, nos presentó a todos y como yo me pegaba con él como pegarse una chinche, estas mujeres son mis mejores soldados, no porque las vea vestidas de mujer... pero son mis mejores soldados”, dijo.

Nomás nos hizo un gesto así... de desagrado.

Cuando salimos le dije: uy don Rubén, ni sabe...

— “¿Qué?”

— No se vaya a estar creído, porque al tiempo en que usted le dio el abrazo, usted quedó con la cara para'llá y él para' cá donde yo estaba; hizo un gesto, una; otra, que a mí no me abrazó, como el otro Henríquez Guzmán que íbamos a ver, hasta me dejaba el perfume, y éste nomás aí, como cualquier cosa. No, cuidese bien, no se confíe.

— “No, no, que ya está arreglado”.

— 'tá bien, le digo, 'tá bien, si usted comprende que'stá bien...

— “Que sí”... Bueno.

Y entonces fue cuando allí se juntó harta gente, él no tenía ni para el camión para irse, pero entre los señores, quien le daba

un peso, quien le daba cinco, quien le daba diez.

* Cuando íbamos saliendo de San Jerónimo, mire, así de gente amigo: “¡Arriba Jaramillo!” “¡Arriba Jaramillo!”

Entonces Rodríguez Adame venía en su coche y dice: “¿Adónde está Jaramillo, adónde está Jaramillo?” Entonces como ya se conocían, también Rodríguez Adame estuvo ahí en Zacatepec, le dice:

— “Mira Jaramillo, yo te necesito mucho. Te espero mañana. Te voy a dar un trabajo para que estés conmigo”.

— “Muy bien”.

Saca su cartera y le da un papel, pero la gente se le amontonó y “no aceptes Jaramillo”, “no aceptes y no aceptes”.

Entonces hubo otro que se le acercó y le dijo: “Te vamos a mandar como inspector de ingenios. Ya deja esa actitud, de veras”. Pero la gente no lo dejó.

* Ya enton’s nos reconcentramos a México. Allí permanecemos unos meses, haciendo propaganda, allí mismo en el centro, de colonia en colonia. Ya de ahí, salimos para Morelos. En Tetelcingo fue donde se empezaron a hacer manifestaciones y andar de pueblo en pueblo, andar organizando para la manifestación que se iba hacer para Presidente de la República, para López Mateos.

Fue cuando legalizaron el reconcentramiento, porque no fue rendimiento, sino que nada más fue un reconcentramiento que trató López Mateos con Ruiz Cortines y ya Ruiz Cortines fue el que le dio la amnistía.

Y ya que tomó posesión López Mateos y ya enton’s, verdad, nos empezamos a reconcentrar cada quien en su lugar, pero ya de acuerdo con el ideal de la defensa, verdad, del pueblo.

* En la reunión que tuvimos con Rodríguez Adame le dijo:

- “Rubén, ¿cómo anda el Ingenio?”
- “Pues anda muy mal”.
- “¿Y por qué no luchas por un cambio?”
- “Pos vamos a luchar”.
- “Bueno, pues yo te voy a dar una credencial de la CEIMSA para que tengas alguna forma de ayudarte, dice, tú no necesitas estar trabajando exclusivamente para la CEIMSA, ahí nos das una manita, haciendo propaganda con los campesinos. Y sobre todo, que tengas un sueldo para que te ayudes. Luego a mí me tocó recibir el sueldo que le mandaban a Jaramillo de ochocientos pesos para que se ayudara como promotor.

* Cuando Rubén se amnistió, los políticos le recriminaban a López Mateos que por qué le había dado el abrazo a un bandido, a un asesino, y entonces López Mateos, decían que dijo él: “Pues tengo la satisfacción de decirles que lo que no pudieron hacer muchos con las armas, yo lo logré con medios pacíficos”.

* Como ya estaba indultado quería darse a conocer, que él ya no andaba contra el gobierno sino tratando de reorganizar el Partido, de darse a conocer en todo el estado de Morelos, que él no era robavacas, que anduviera matando inocentes por el cerro. Y se presentó a todos los municipios, “que ya se había amnestiado”. La primera entrada fue a Tetecala. Llegamos allí buscando al presidente y nadie nos hacia caso:

— “No’sta aquí, venga mañana”.

Soy fulano de tal, dijo Rubén, y luego los que’staban de guardia, todos se espantaron y que mandan traer al presidente y que llega. Ya hablaron lo que tenían que hablar, sólo ellos saben lo que hablaron porque yo no entraba con ellos. Ya después nos fuimos para Puente de Ixtla, nos fuimos a Xochi, a Tlaltizapán, todos los municipios de Morelos; pues anduve acompañándolo. Ya enton’s andábamos en coche.

* Un gringo capitalista, Stoner, empezó hacer compras de

terrenos con los de Ahuatepec y todos se prestaron a empezar a venderle los ejidos al gringo, porque pagaba muy bien y los comisariados se prestaban para esas cosas. Claro que este gringo embarró dinero al gobierno y en todas partes. Lo dejaron que hubiera hecho un buen fraccionamiento, se llamó “El Ensueño”, hizo buenos pozos ahí y todo eso; metió carreteras, pavimentos con guarnición, ¡bueno!

Y llegó el caso de que entró Enedino Montiel de comisariado, que no estaba de acuerdo con esas anomalías, y claro, por razón natural, como dice la ley “en nuestras tierras ejidales no debe intervenir ningún extranjero, de ninguna índole”. Entre mexicanos sí se puede y nuestra tierra, sea a la brava o como podamos, pero nos la repartimos.

Así que se vino el asunto. Entonces vieron a Rubén para hacer su movimiento. Empezaron hacer sus asambleas, algunas juntas y todo eso. Y en una asamblea se acordó expropiar al gringo, porque estaba fuera de la ley: “Las tierras son propiedad de la nación”.

Se organizó el pueblo y Rubén les dijo: “Si de veras ustedes tienen ganas de luchar, pues vamos a luchar, hay que expropiarle al gringo, quitarle las tierras comunales y en lugar de que las goce el gringo, que las goce el pueblo”.

En esa lucha hubo atentados contra la vida de algunos compañeros. Fue cuando mataron a Enedino Montiel y a su esposa. Al frente del gringo, representándolo, estaba un banquero: Agustín Legorreta.

Pero al fin “que se repartan, cada quien, los que no tienen dónde vivir, que se repartan allí sus lotes”. Y se repartió toda esa tierra.

* También nombraron a Rubén, Delegado Especial de la CNC para que se encargara de hacer los cambios de comisariados ejidales. Yo llegué a ver su credencial y efectivamente, iba haber un cambio y luego la gente del pueblo solicitaba su presencia, y allá vamos. Yo lo acompañé por ejemplo a Atlacomulco. En

el cambio de comisariado allí estuvimos y allí este... Chucho Galindo maniobró queriendo hacer de las suyas, imponer un candidato suyo. Pero la población ya estaba organizada y luego, pues con la presencia de Rubén, la gente tenía firmeza, decidieron y pusieron a un tal Rojas, un joven, que al parecer después se medio torció, pero en ese momento era el candidato popular y triunfó.

En Higuerón, por ejemplo, también se logró que el comisariado fuera auténticamente nombrado por los ejidatarios. En este pueblo igualmente. En mi tierra y así en muchas partes. Los miembros del PAOM también iban y le decían: “Vamos hacer el cambio de comisariado y queremos que tú estés”.

— “Bueno, vamos a hacer la gestión”.

Hacían la gestión, viene la orden para el cambio, ahí está la asamblea y ahí están los jaramillistas, los más cercanos, con Rubén, ahí está pues el cambio y a ver, que los caciques manio-braran...

* Como a Rubén le dieron una credencial de la CNC como Delegado Especial para representar a los campesinos en el estado de Morelos, se la dio el secretario general por acuerdo de López Mateos, con este motivo Rubén intervino en muchos cambios de comisariados ejidales, planteaba problemas de la comunidad. A raíz de esa cuestión tuvimos conocimiento que se iba llevar a cabo un Congreso próximamente, que iba llegar un delegado para organizarlo. Y llegó un tal Aguilar. Entonces un compañero nuestro, Félix, fue comisionado para colaborar con Aguilar. Ahí anduvo, le tomó confianza, comenzaron a expedir credenciales y claro, tuvo la consigna de sacar la mayor cantidad de credenciales para delegados nuestros, de la gente de Rubén. Bueno pues saca y saca y saca credenciales. Ya los últimos días se dieron cuenta los politiquillos del estado y comenzaron a obstruir la expedición de credenciales para los miembros del Partido.

Se convocó y se citó el día para la celebración del Congreso. La experiencia del jaramillismo pus era que cuando había

una cosa de estas, siempre los políticos, el gobernador, todos maniobraban para que la gente de Jaramillo no llegara a ese tipo de reuniones. Entonces se tomó el acuerdo de que los compañeros llegaran un día antes o en las primeras horas de la mañana, en las primeras corridas. Generalmente los políticos obstruían el tráfico ya de las diez, once en adelante. Entonces nuestros compañeros se adelantaron y algunos que se atrasaron platicaban que a unos cuatro o cinco kilómetros de Cuernavaca había agentes de tránsito deteniendo los camiones impidiendo que llegaran los hombres a la ciudad. Pero muchos de ellos eran delegados de los contrarios y ya los nuestros, casi todos estaban allí.

Como era difícil saber si éste es o no es, pus dejaron entrar a todos. Pero los nuestros comenzaron a formar grupos allí adentro en el local. Cuando empezó la reunión llegó Francisco Hernández y Hernández que era el Secretario General de la CNC y con él muchos de la CNC o del Departamento Agrario.

Abrió el Congreso Hernández y Hernández diciendo: “Compañeros, es hora de que todos ustedes digan todo lo que sientan, todo lo que saben, que denuncien todas las maniobras. Concedemos la palabra a todos”.

Pues se anotaron muchos de los enemigos: Entonces comenzaron a gritar algunos “que hable Félix”, “que hable Félix”.

Bueno. Empezaron hablar los delegados, unos, alabando al régimen diciendo que todo marchaba bien, y así. Cuando le tocó a Félix, comenzó por decir que había muchas maniobras y empezó a señalar una serie de problemas que los campesinos tenían en la Delegación Agraria; bueno, pues llegó a tal grado que el mismo Hernández y Hernández dijo:

— “Señale nombres compañero”.

Entonces Félix le señaló a unos que estaban junto con él, y luego a otros que se querían esconder: “mire, ese que va ahí, es uno de ellos. Y junto a usted está otro y fulano, zutano y mengano”.

Cuando terminó de hablar le llamó, lo felicitó por su valor que tuvo para decir todo y le dijo que le hablara después del Congreso.

Cuando vino la elección del comité ya nos habíamos puesto

de acuerdo para elegir como secretario general a Rubén. Se propusieron a Bernardino Lavín, Rubén y otro. Se votó a Rubén, sacó cuando menos las dos terceras partes de la votación. Entonces Hernández maniobró: “que no se había entendido”. Se volvió a hacer votación y Rubén volvió a sacar la misma cantidad de votos.

Entonces volvió a maniobrar, pero ya toda la gente empezaba a abandonar el local. Hernández pidió a Rubén que no se saliera, pues iba a llegar el gobernador a tomar protesta. Nos quedamos, pero el problema fue que nos quedamos y se salió con la suya. La gente estaba enojada, dispuesta a abandonar el salón, pero Rubén permaneció ahí y la gente también.

* Los comisariados ejidales son el último y más importante eslabón de la cadena que trata de controlar la administración del Ingenio; ellos son la base de control imprescindible para cometer la serie de fraudes a lo largo de todo el proceso. Desde el otorgamiento de créditos, cultivos, corte y pesado de la caña, hasta la liquidación final.

La lucha por esos puestos es en determinados momentos decisiva y en ella se mueven muchos intereses; sobornos, presiones, riesgos o amenazas abiertas. A conquistar estos puestos se orientó la nueva actividad de Rubén y de sus partidarios y eso les dolió a los políticos del estado. El control de los comisariados ejidales es importante, por ejemplo, para hacer la “elección” del Consejo de Administración de la Sociedad Cooperativa de Obreros, Campesinos y Empleados del Ingenio. Ésta se hace en base a delegados, que no son nombrados en asambleas generales de obreros o campesinos y asisten por regla general los mismos comisariados. Un determinado día la administración los concentra en un hotel como el “Riviera” de Tehuixtla, Morelos, con bebidas y damas en abundancia y se les hace algún regalo en dinero. Al día siguiente la Administración les informa quiénes son los candidatos que habrán de nombrar. Así se cierra el círculo de la corrupción viciosa.

Esa comisión como delegado especial de la Liga de Comunidades Agrarias, nos ayudó mucho, mucho. Fue así como logramos tener hasta dieciséis compañeros comisariados ejidales y fue cuando el Ingenio y el gobernador se empezaron a alarmar.

SU COMPA DESOBEDECIÓ EL MANDATO QUE LE HIZO LÓPEZ MATEOS, YA ESTÁ CORTADO

* Cuando se trató del movimiento contra Prado¹ en 1958, que muchos rendían quejas de sus cañas, que no les pagaban bien, que les robaban en kilos. Claro que aquellos hombres que están aposesionados en las básculas, ellos sabían lo que rendía. Y ya al cañero le daban una bagatela, entonces pues muchos decidieron hacer más grupo y entre más, más. Entonces sí, ya empezaron a caminar.

* Rubén me mandó llamar, diciéndome que debiera presentarme en Zacatepec en casa de un compañero, que iba hacer una reunión para organizar la lucha por el precio de la caña. Llegué,

¹ Eugenio Prado Proaño (1897-1969) fue gerente del Ingenio de Zacatepec desde la ciudad de México, y presidente de la Cámara de Diputados en la XL Legislatura a partir de septiembre de 1946.

estaba oscuro, me recibió, me hizo pasar y no había nadie más. Comenzaron a llegar los demás y empezó la reunión. Se discutió cómo iba a integrarse el Comité de Defensa Cañera, quiénes, qué forma debía tener, si obreros y cañeros o puros cañeros. Yo les dije que a mi juicio veía bien que se intercalara, que hubiera obreros pero la mayoría fuera de cañeros, puesto que era el punto principal.

El otro aspecto era que si los obreros iban a darnos apoyo o no, que si era una lucha nomás de puro campesino sin el apoyo de la fábrica. Entonces fue donde ellos decían que no, que la fábrica no podía dar apoyo a una lucha así, es decir... la evasiva de que... pues ahí arréglense ustedes como puedan. Entonces fue la cuestión de que, bueno, si no nos van a dar apoyo ustedes como grupo organizado... como compañeros... pues realmente sale sobrando que se forme un comité obrero-campesino.

Ahí fue donde tuvimos la divergencia. Finalmente se formó el Comité con puros campesinos, aunque respaldados por los obreros. Empezamos a preparar una asamblea masiva de cañeros. Cuando la estábamos preparando se empezaron a sentir las presiones.

* “Mira Rubén, no hagas esa asamblea...”, le habían dicho unos señores en México, que se disciplinara, porque López Mateos les había dicho que como estábamos en políticas, podrían titularlo de maniobra.

Había gente también que le decía que no se hiciera porque López Mateos le había mandado un correo y Rodríguez Adame otro, diciéndole que no hiciera ningún movimiento, que se estuviera en paz, que la cosa sería, pero más adelante y que guardara compostura, porque estábamos en política. Entonces nos reunimos en Cuernavaca y allí acordamos: “Sí, que se haga”. Estábamos como unos diecisiete compañeros con él.

El gobernador del estado, Norberto López Avelar², tratando de tener una entrevista con Jaramillo dio la comisión al Presidente de Zacatepec para localizarlo. Este logró entrevistarlo y

² Norberto López Avelar, gobernador de Morelos de 1958 a 1964.

Rubén le contestó:

— “No sé qué asuntos querrá tratar conmigo el señor gobernador, pero quiero anticiparle que yo no quiero hacer antesala para que me reciba. Si él puede recibirme tan pronto como llegue, acepto la invitación”.

El gobernador aceptó y fijó la fecha. Entonces tuvieron la entrevista el mismo día que iba a celebrarse la asamblea de cañeros. Rubén movió a su pueblo, que lo seguía, y cuando llegó a Cuernavaca, pues todo el gobierno se veía como atemorizado de ver tanta gente desconocida, campesina; unas quinientas gentes fueron, y al ver tantos el gobernador ordenó que nomás entraran dos o tres con él. Entraron tres o cuatro y cuando llegó ante la presencia del gobernador le dice:

— “¿Cómo está señor Rubén Jaramillo?”

— “Bien, señor gobernador”.

— “Caray, caray, sí está usted hasta gordo”.

— Claro señor, en la ciudad se come bien y fuera de la ciudad no hay ni tortillas duras”.

Para esto, allí había como tres o cuatro de la gerencia del Ingenio con el gobernador y le dice:

— “Oiga, yo lo mandé traer para esto, tengo una dádiva para usted, que creo que es muy buena”.

— A ver, dígame.

Dice: “Una dádiva de uno y medio millones, una residencia donde la desee y un coche último modelo, de parte de la gerencia, para que se retire de la lucha”.

Rubén le contestó al gobernador y le dijo así: “Señor gobernador, yo soy de cuna completamente pobre, mi padre fue revolucionario con don Emiliano, yo estaba un poco pequeño pero también estuve en la Revolución junto con mi padre y claro que esta dádiva que ese señor me ofrece, está muy fabulosa, muy buena, pero pasa lo siguiente: que si fuera de su capital propio, pues tal vez aceptaría, pero como es dinero del pueblo por el que lucho, sería una injusticia que yo reciba esa dádiva. Esa dádiva se la pueden dar a otras personas que mejor lo necesitan. Así es que yo no puedo aceptarla”.

Entonces el gobernador le contestó:

— “Bueno señor, si entonces usted no quiere aceptarla, quiero decirle una cosa”.

— “A ver, dígame”.

— “Yo quiero que no se lleve a cabo esa asamblea de Zacatepec”.

— “Señor gobernador, la asamblea no es hecha por mi conducto, el pueblo me la pide y pide mi presencia. Para las peticiones que tengan, sólo ellos saben, porque yo orita las desconozco; si el pueblo se reúne yo estaré allí y si el pueblo no se reúne yo no tengo por qué ir a hacer la asamblea”.

— “Me promete usted, le dijo el gobernador, ¿si no hay pueblo no presentarse?”

— Lo prometo, señor gobernador. A mí donde el pueblo me llama, ahí me presento, porque tal vez me necesita. Por eso voy a esa asamblea, pero si no se hace, pues ni modo”.

— “Muy bien, así vamos a quedar”.

* Cuando fuimos con el gobernador, yo llevaba la bolsa de las lechugas, pero no eran lechugas ¡eran pistolas! Pasaron cuatro y yo ya no pude pasar con las lechugas y entonces que me dicen: “Está Prado adentro, están en conferencia, el gobernador, Prado y el señor Rubén”.

Entonces dije, ¿qué hago yo aquí con las lechugas y él en peligro? Le hablo yo al que abre la puerta: joven, por favor, déjeme pasar, aquí llevo el mandado de la señora, yo ya me quiero ir, ya es tarde.

— “Pásale”.

— ¡Ái’stán las lechugas! Nomás entraron dos mujeres, Epifania y Berta, de los hombres entró uno de Acatlipa que ya murió. Entonces dije: ya no tengo miedo, las lechugas están adentro, por las dudas de Prado.

* Rubén se organizó con los compañeros, salimos nueve camionetas rumbo a Zacatepec. En Chiverías reposamos un

rato, nos bajamos y estuvimos ahí. Tendríamos media hora cuando se deja venir un coche negro que tripulaba un señor de gobernación. Llegó donde estábamos y preguntó por Rubén. “Busco al Jefe”. Unos compañeros se lo señalaron y fue allá, a pie, se identificó y:

— “¿Usted es Rubén Jaramillo?”

— A sus órdenes.

— “Vengo del Distrito Federal, a una comisión, porque quiero presenciar esa asamblea que se va llevar a cabo en Zacatepec”.

— “Pues yo no sé si habrá pueblo o no habrá”, dijo Rubén.

— “Sí señor, sí hay pueblo. Orita pasé”.

— “Entonces vamos a la asamblea a ver qué es lo que pide la gente”.

Comisionó a un compañero para que fuera a Zacatepec avisar que en diez minutos más estaría allá. Cuando llegó Rubén el pueblo se reorganizó ya, porque los judiciales trataron de descontrolar a la gente: “Ya no viene, ya no viene”, pero empezaron a tocar las bandas de música de los pueblos. Ya dos bandas se habían ido.

Al momento que llega una camioneta con varias muchachas con racimos de flores y lo recibieron todas, entregándole flores a Rubén. Y de allí se reorganizó y nos fuimos a hacer la asamblea en el campo deportivo. Llegó la gente, estaba deseosa de oír hablar a Jaramillo. Había entusiasmo. Eran como dos mil o más ejidatarios y gentes de otros pueblos. Una cosa... de veras... inclusive se sentía la decisión de que si había trancazos... pues a entrarle.

* El Comité que habíamos formado previamente, encabezó esta asamblea del 2 de noviembre de miles de campesinos. Lo primero que trató fue el enjuiciamiento de Eugenio Prado, que era el gerente, que tenía una serie de abusos que venía cometiendo, errores de administración, mal manejo de fondos y los asesinatos. Para ello el propio Comité, de acuerdo con Rubén, contrataron un notario público. Todo lo que se estuvo

enjuiciando allí a Prado, el notario tomó nota y se levantó el acta notarial. Con esa acta notarial ya se empezó el trámite para la destitución de Prado.

* Nos encontramos en esa asamblea, que el mismo pueblo pedía al compañero que se hiciera para que manifestara sus condolencias, sus sufrimientos, para que él pidiera al gobierno justicia.

Pedían una vida mejor que se les diera; tocante a los cortadores de caña, que no vivieran en chocitas de zacate de un metro y medio de altura donde apenas cabían dos personas. Y él atendía a todos. Él pidió al gobierno que a esos señores se les concediera esa petición que hacían, porque venían de lejos, a desarrollar sus labores en el corte de caña. También pedían otros compañeros escuelas para sus hijos y para los cañeros. Otros pedían que se les repartieran los dividendos de los bagazos de la caña y de sus cosechas, porque no les entregaban nada de eso, al contrario, quedaban a deber. Porque las básculas estaban a favor de la gerencia y en contra de ellos. Todo era repartido para los señores que estaban atrás de un escritorio, los pistoleros y todos los guardaespaldas del señor gerente Eugenio Prado. Rubén les ofreció tratar ese asunto, que era una razón justa lo que pedían, porque era de sudor de su frente y durante catorce meses de lucha en labrar la tierra para lograr conseguir la cosecha de la caña, era justo que sí cosecharan algo. Les ofreció que sí iba a tratar sus asuntos con el señor gerente y las autoridades competentes, si era posible hasta con el señor Presidente. Todas esas actas están levantadas por el notario público.

* Durante la asamblea del 2 de noviembre, allí el capitán Martínez y Heriberto Espinosa “El Pintor”, ése con las libretas anotándonos a todos los que nos podía reconocer y anotando

todo lo que hablábamos y lo que hablaba el finado Rubén. Ese era el Iscariote. ¡Y buscándolo! Sólo que nosotros fuimos a trae'le coche a Rubén y ya cuando ellos lo buscaron, ya se había chispado.

* Cuando se terminó esa asamblea, como el teniente Martínez se encontraba ahí con sus soldados, trataba de quererlo atrapar. Entonces varios coches hicimos que tratamos de dar salida a Cuernavaca y como conocedores de las carreteras, le dimos rumbo a Cuautla para no tener dificultades con el gobierno. Y Martínez se quedó esperándolo en la emboscada que trataba de ponerle. Llegamos a Cuautla y allí acampamentamos en el lugar de costumbre y de allí nos dispersamos cada quien a sus hogares.

* Después se hicieron asambleas todos los días tratando de orientar a toda la gente, porque no faltaba gente, en el día iban cien, doscientos, trescientos campesinos. Y allí había un jardincito enfrente. Pues allí improvisábamos una tribuna a veces, en un arbolito que estaba, con una horquetita y allí se subía el orador a estar... digamos orientando y agitando a la conciencia de los campesinos.

También se trataba de que todos, los comisariados y no comisariados, todos los compañeros que quisieran dar opiniones de cómo resolver los problemas administrativos, pues dieran sus ideas y se iba tomando nota de ellas para hacer un documento que precisara cuál era nuestro punto de vista, de cómo debía administrarse. Tardamos como una semana o un poco más en ese trabajo. Cuando ya tuvimos el documento, como pliego petitorio lo vio Rubén: “Todavía le falta, hay que arreglarlo un poco mejor”. Bueno, procuramos darle nueva forma y ya entonces lo presentamos a las autoridades.

* Después de una reunión en Zacatepec dimos salida por el rumbo de Galeana. Llegamos a la vía. Pero antes de eso nos seguía un “jeep” del ejército, con soldados. Era el tipejo ese teniente Martínez, ahí venía como que aceleraba y se detenía, como toreando, provocando...

Dice Rubén: “Muchachos, ¿le entramos al toro?”

— “Le entramos Rubén”.

Entonces iba el coche, pasando la vía y dice: “¡Detente!”, y todos afuera, unos a un lado de la cuneta y otros al otro ¡y listos ya!

Llega el tipo ese a la vía y como si la vía lo hubiese frenado, se detiene, se regresa y se va hacia Puente de Ixtla. Venía fanfarroneando y salió huyendo.

* En el tiempo que nosotros estuvimos ahí en asamblea permanente, estuvimos manteniendo a la gente con la ayuda del maíz que nos traían de diferentes partes, porque sí, lo que sea, las sociedades estaban unidas. Fue una cosa bonita. Fue un campamento revolucionario aquello como estaba.

El teniente Martínez a cada rato se nos acercaba a la puerta... y nosotros también dispuestos a disparar en contra dél en caso que nos obligara, o se metiera a la oficina.

Una vez mandamos a un muchacho, que se llamaba Leonardo, a repartir papeles, volantes, a pegarlos. Y lo agarran... “Pancho Pistolas” o Sámano, pero luego inmediatamente que supimos que lo agarró, ¡bueno... se va toda la gente! Mujeres, hombres... unos doscientos. Lo fuimos a buscar al cuartel y ahí no lo tuvieron y ya al dar la vuelta ya para llegar, lo encontramos, ¡ahí se lo quitamos!

Al señor Mario que prestaba su casa para cuartel, todos los días teníamos que irlo a dejar y a tra’elo a su trabajo, porque los pistoleros del señor Prado andaban tras él y nosotros pues efectivamente, todo ese tiempo, a no dejarnos mangonear

d'ellos pues.

Hicimos el paro del corte de Galeana... paramos los cortes por'onde quiera, en muchas partes, pero cuando fuimos a parar el corte a Galeana allá nos halló el general y me dice:

— “A ver tú fulano y tú Félix también, vengan acá”.

— ¿Qué cosa quiere?

— “Quiere el gerente que vayan a platicar allí con él. ¿Qué cosa arreglan aquí con éstos? ¡Allá, dice, allá los necesita él, quiere platicar con ustedes!”

Era que nos llevaba a dos cosas, ¿no? Entonces le dije: nosotros no tenemos que platicar con el señor Prado para nada, los cortes los venimos a parar al campo, por eso no nos estamos metiendo a las oficinas dél. La consigna que nosotros traemos es ir con los campesinos, nuestros compañeros, para que no corten las cañas. Entonces ya el hombre ése se vino y nosotros paramos el corte.

* Cuando me mandaron a parar el corte de caña, nos mandaron al gobierno. Luego vinieron los compañeros del Higerón y nos fuimos a la 24 Zona Militar, a ver al Jefe y poner la queja, porque aquí Martínez ya nos andaba trayendo cortos. Entonces allí le hablamos al general y le dijimos: “Nosotros vinimos a verlo porque ya realmente Martínez ya anda con su gobierno, que ya nos quiere hacer fuego”.

Entonces agarra el micrófono el general y le habla a Martínez.

— “Mira Martínez, no te enfurezcas tanto, dice, no me vayas a perjudicar a ningún campesino. Salte con tu gente para allá, se van a juntar en Cuautla con otro general que mandé. Hablen con ellos y que se trate el asunto bien, pero no perjudiquen a ningún campesino”.

* Fuimos a diferentes dependencias, pero principalmente a la Dirección de Fomento Cooperativo (Secretaría de Industria y Comercio). Allí estaba un tal Óscar Realme, que era el director. La primera vez que fuimos, platicamos con él,

le expusimos el problema, con documentos y de palabra y lo que hizo fue ponérse nos hosco, defendiendo a la empresa, antes de conocer de parte de nosotros la situación, pero así ¡hosco, hosco!, se puso. Bueno, le hicimos saber que estaba en un error, pero que él podía hacer lo que quisiera. Volvimos otra vez y se comisionó un grupo de inspectores; fueron tres inspectores, anduvieron allí en Zacatepec, lo supimos nosotros. Nosotros pedimos que los inspectores fueran a las comunidades, para conocer los problemas por boca de los propios cañeros. Pero lo que hicieron fue llegar a las oficinas de la gerencia, allí les dieron de comer, a cada quien le dieron una bolsita de diez mil pesos. Nosotros supimos de esos detalles por el reportero de una revista, que por cierto cuando publicó habló en contra nuestra, “que éramos un grupo de rojillos, agitadores”.

* Unos días antes, un basculero que le decían “El Maicito”, que se llamaba Carlos Ocampo, hijo de la maestra Tomasa Carreño. Este muchacho nos apoyaba moralmente pero un poco alejado, era basculero y conocía toda la movida que había allí en las básculas, todo el movimiento. Él era aventado y un día antes que llegaran los inspectores, se supo que iban a ir, entonces dijo él abiertamente: “Ora sí se los lleva la chingada, porque al venir los inspectores yo voy a decir todo lo que sé”.

Bueno, pues el día que llegaron los inspectores, “se le va un tiro a uno de los soldados” que vigilaban ahí las básculas, y “por desgracia” le va a dar en la mera sien a “El Maicito”. Un rasponcito, pero ahí se murió el muchacho.

* A mí me mandó traer Montemayor y dice: “Me mandó una carta López Mateos, porque ya Rubén desobedeció el mandato que le hizo, que no hiciera asamblea. Ya está cortado. Dice que si lo había de recibir para sus asuntos, ahora ya no lo recibe”.

Y ya no lo recibió. En la lucha contra el Ingenio muchas ve-

ces mandamos comisiones a verlo y ya no las recibió. Dilatamos como dos meses en comisiones, hasta media noche estábamos ahí velando que pues no nos recibe...

* Duró varios meses el movimiento de Defensa Cañera, con una asamblea permanente. La gente apoyaba realmente, algunos no eran cañeros y daban apoyo económico o moral; había algunos de Xoxocotla que nos llevaban ya el morralito de cebollas, de chiles, jitomates. Otros pues que ya el frijol, otros que el maíz. Las mujeres que llegaban ahí, a echar tortillas. ¡Cómo se veía ahí por la mañana! ¡De día y de noche!

Mientras estuvimos allí en el Comité, la Policía Judicial nunca registró a nadie y ¡andábamos armados!; y no nos registró porque generalmente salíamos armados, ocho o nueve compañeros juntos. Lo menos cuatro. Claro que no entrábamos a las cantinas; yo no me acuerdo que alguna vez, pues, hubiéramos entrado a las cantinas. Entrábamos a la refresquería. Íbamos y veníamos en comisión. Había provocaciones, eso sí. Con frecuencia pasaba por ahí el teniente Martínez con soldados, hasta se paraba allí y... fantoche, fantoche. Pero nunca le aceptamos provocaciones, entonces no tuvo oportunidad.

* Después fuimos a México y le señalamos a Realme todo lo cochino de cómo actuaron los inspectores. Él dijo que no había nada de eso, que todo había sido en orden y que realmente no habían ido a vernos porque no teníamos representación jurídica.

Bueno, seguimos luchando. López Mateos cuando entró y, como de costumbre, cambió el personal de la Secretaría de Industria y Comercio, se cambió Realme y entró un tal Diego López Rosado. Entonces con ese hombre, al menos así parecía, hubo un trato más justo. Llegamos a platicar con él, nos ofreció darnos todo su apoyo, al principio. Después vimos como que había algo que lo amordazaba, más que él se hubiera vendido.

El caso es que nos manifestó que una cosa era demasiado difícil, que no estaba a su alcance dictar la destitución de Prado.

* No sabemos qué tanto influyó nuestro empuje para que sacaran a Prado de la gerencia, pero el hecho hasta allí terminó. Aunque nunca reconocieron nuestras gestiones y protestas. Creo, López Mateos se enojó ya con Rubén.

Lo que se logró únicamente en esa lucha de Jaramillo fue quitar a Prado de gerente. Él decía que no lo quitaba ningún presidente, “que los centavos ablandan”. Prado entró cuando Alemán, tardó todo ese periodo. Y a Ruiz Cortines, lo supimos todos pues él mismo lo dejó traslucir, le regaló un bastoncito de oro macizo, independientemente de otros regalos. Y López Mateos igual pudo haberlo dejado si no hubiéramos hecho ese empuje.

ESA COLONIA, IBA A SER UN FOCO EN EL ESTADO

* Manuel Leguízamo era un señor que había luchado hacía mucho tiempo por lograr que las tierras de Michapa se convirtieran en tierras de riego. Era de Apanzingo, cerca de Michapa. Un grupo de millonarios, empezó a hacer una propaganda, le dieron en llamar la Cuenca del Amacuzac a esa zona de Michapa¹. Se trataba de hacer un centro de granjas, como residencial. Hicieron un estudio y ahí en la Dirección de Educación había mucha propaganda relacionada con ese estudio. Manuel Leguízamo estaba relacionado con eso, pero los estaban engañando. Los ricos se aprovecharon de un grupo de campesinos de la región para decirles que esas tierras las iban a repartir, que se organizaran, se empezaron a organizar y los hicieron firmar. Así empezó la cuestión.

Pero un día, un licenciado de apellido Pavía les dijo la verdad: “No, las tierras no se van a repartir, van a ser para unas

¹ Los Llanos de Michapa y El Guarín están ubicados en la jurisdicción de Tetecala y Puente de Ixtla, Morelos, y, al parecer, había allí un proyecto privatizador en que estaba involucrada la clase política.

granjas. Ustedes tendrán aquí trabajo para toda la vida, pero no se hará el reparto de tierras”.

Fue así como la gente se enojó y empezó a buscar la forma de luchar contra de esa maniobra. Entonces alguien les recomendó o ellos pensaron en buscar a Rubén.

* Entonces Rubén estaba en Cuautla. Cuando se presentó ese grupo, vinieron aquí a Cuernavaca, llegaron a mi casa, “que si yo sabía dónde vivía don Rubén” y como venía ese señor y ya estaba todo acordinado.

— Cómo no, les digo, yo sí sé.

Entonces Rubén vivía cerca de una chimenea grande, no sé de qué fábrica.

Dicen: “Pues háganos el favor de llevarnos, para no andar tentaleando dando a saber que lo andamos buscando. Queremos hablar con él”.

Fue cuando nos empezamos a mover nosotros con eso de Michapa. La gente ya estaba organizada desde antes.

* Andando con el compañero Rubén y viendo que en los llanos del Guarín y Michapa había tierras ociosas, desde antes de la revolución de Madero, que nunca habían sido tocadas por el arado sino estaban en manos de los caciques ganaderos, que eran los que aprovechaban para sus ganados esa riqueza de tierras, empezó a gestionar con el ingeniero Barrios la solicitud y reparto de tierras de ese lugar, sin afectar ningún ejido; les habían prometido que los dueños ejidatarios tendrían, derecho a participar si es que tenían deseos de trabajar las tierras.

Aproximadamente éramos seis mil hombres sin tierras. Entonces, Roberto Barrios, por medio de la solicitud que él metió, le concedió un ingeniero postulante para que fuera a sacar las medidas de esos terrenos y le pidieron al compañero agrarista

que era necesario que se aportara una cantidad de ochenta mil pesos, los mismos que entre todos cooperamos para ponérselos en sus manos del profesor Barrios, en el gobierno de la época de López Mateos. Cuando hubo la esperanza que recibimos de este ingeniero y fueron a tomar medidas a los llanos del Guarín y Michapa, nos reconcentramos en Puente de Ixtla.

* Íbamos hacer los mítines en el pueblo de Michapa. Todo el pueblo estaba de acuerdo, pero en eso se empezaron a meter... ¡dicen, los ganaderos, no sé cuáles ganaderos! Fuimos como tres veces, en el centro de Michapa, en el colegio, en el juzgado. Nos dieron el visto bueno, de todo ese papelaje. Lo metió a México, se logró que se tramitara... pero no firmó el mero presidente, firmaba el secretario. De modo que esos papeles nunca fueron firmados por el presidente de la República, que fue López Mateos. Dicen que los ganaderos metieron dinero. Ya después que firmaron el secretario y quién sabe quiénes otros, pasaron por'onde se arreglan esas cosas. Por cuatro o cinco departamentos. Fue atendido... pero así... con charola... ya hasta decía yo, sí se va a lograr, pues si así lo apreciaban. ¡Uy, todos le hacían la reverencia! Y de buenas a primeras, ya dijeron que esas tierras tenían dueño y que por qué nos íbamos a posesionar nosotros, que esas tierras estaban vendidas.

* Cuando íbamos a México precisamente a luchar con eso, el profesor Roberto Barrios estaba aceptando todo y le tenía que firmar los documentos a Rubén y ya nada más. Cuando las cosas ya estaban arregladas, sintió seguramente la presión; entonces nomás de un de repente dio el voltión. ¡Y que ya no! Y entonces en lugar dél nos dejaron al secretario, a Lazcano y nomás que “el señor Barrios salió con López Mateos... y que salió con López Mateos”, y ya jamás nos dio la entrada. Ya nos dijo Rubén, “ni modo muchachos, nos vamos. De todos modos

está bien arreglada la documentación ya. Nomás buscamos la oportunidad de que don Roberto nos autorice bien unos documentos y nos vamos a Michapa y se reparte la tierra”.

* Cuando se cambió la gente: “Tal día nos vamos al Guarín”. “Hecho”. Todos llegaron allí... al cerro, pues. No había nada, nada de casas, al intemperie. Para esto ya había un ingeniero y había medido todo el terreno, qué tanto de hectáreas eran; se tomaron fotografías en una avioneta del campo que’staba abandonado y ahí tenía él los retratos, para comprobar que’staba abandonado.

Allí había un promedio de... como de mil gentes. Con esa cantidad de gente había ya como unas 800 armas en la primera entrada al llano. Ya la gente decía: “¡Jefe, de a’tiro, denos la libertad para enfrentarnos!”

— “No muchachos, esto lo vamos arreglar de acuerdo con la ley... y de acuerdo con la ley es así y así...” Y así fue. Luego decía: “No venimos en actitud de rebeldes, venimos en actitud de colonos, venimos a colonizar”.

* Anduvo allí el ingeniero Tafoya el postulante, anduvo midiendo a’ónde iba ser el aterrizaje del avión y... nomás los recuerdos quedaron en ese lugarcito. Yo fui ayudar hacer la carreterita.

Luego los lecheros de Huajintlán, eran unos capataces ái que decían: “¡Vamos a la tiznada... Que esto... Que aquí ya ninguno entra!”

Pero la gente, pus buscó la forma de estar llegando, como las avispidas. Se limpió la parte’onde se dijo que iba ser el ayuntamiento, después que el colegio, quitando la piedra, el campo deportivo, luego el campo de aterrizaje. Todo se limpió. Se iban poniendo los montones de piedra... ¡de ver el terreno tan virgen ái pues!

* Los descontentos fueron los criadores de ganado, porque éstos eran unos caciques que hasta la vez, hay unas partes de terreno que las tienen ellos: Ramón Espín de Puente de Ixtla, otro Isaac, León Jiménez, un tal Tapia de Tetecala, que fue diputado.

La gente que se movió contra los colonos fueron pagadas por los caciques. Ellos pusieron carros, alcoholes y todo eso. De palabras, ellos decían que defendían las tierras de los campesinos pero de hecho eran ganaderos. Esas tierras nunca las habían cultivado, porque tenía mucho monte, muy gruesos árboles, mucha piedra, no había ningunas huellas de trabajo.

* Roberto Barrios le dijo a Rubén, por suerte me tocó estar en la comisión: “Mire Jaramillo, me va a hacer el favor de sacar a la gente. A cambio de ello yo le ofrezco que en poco tiempo queda resuelto el problema a favor de ustedes”.

Y entonces hubo un incidente, porque había un documento que había dado el Jefe del Departamento Agrario comprometiéndose a resolver el problema, y Rubén le dijo:

— “Bueno señor Barrios, aquí yo tengo aquí un documento que usted expidió y que es una prueba que usted está de acuerdo en darnos la posesión de esas tierras”, y lo pone sobre el escritorio... “¿O qué, este documento no vale?”

— “Bueno, dice Barrios, de’sos documentos todos los días damos a montones y como quien dice, no tiene valor”.

— “¡Pues si para usted no vale, para mí sí!” Lo coge, se lo embolsa y nos salimos.

Después, Rubén se vio presionado para acceder a la petición de Barrios de que desalojaran aquello, “para que pudieran hacer los trabajos de deslinde” y ya le mandó decir a la gente que desalojaran, que había un compromiso de Barrios en el sentido de que después de desalojar seguirían los trabajos. Y fue así como en la primera ocupación la gente salió sin

mayores consecuencias.

Se calculaba que a seis mil campesinos les podían tocar de a cuatro hectáreas cada quien. Por lo menos eran 24,000 Has., y puede que sí, pues era muy extensa la tierra, muy grande.

* Al final nos quedamos solas, una señora y yo. Eran unas cuatrocientas personas que les dábamos de comer, todos huyeron, todos huyeron. Y pasan por ahí como cinco judiciales. Uno se detuvo y dice:

— “Señora ¿usted no tiene intenciones de irse?... la veo muy desganada...”

— Bueno, y en caso de que no me vaya yo ¿usted qué? ¿Estoy en lo tuyo?

— “No, señora, dice, pero qué le parece que vaya hacerle caso a lo suyo”.

— Pero yo le pregunto si estoy en lo suyo, para que así tengamos un arreglo.

— “No, pero de todas maneras, estos terrenos son ejido y tienen dueño”.

— Bueno, como no es usted el dueño deje a los demás que...

— “Lástima qu’ es mujer...”

— “¡Qué lástima, también yo lo lamento, le digo, pero bueno, como mujer a ver si acaso, quizá también pueda empuñar un arma!”, y jalo una retocarga que tenía ahí colgada. Luego, luego que me dice:

— “No se vaya hacer taruga y me tire, ¿eh?”

Yo me hice del cuatecomate y:

— ¡Bueno, pues no me venga a insultar! ¿Pa’ qué viene en esa forma, pa’ qué tanto orgullo?

Entonces llegaron mis sobrinos:

— “Ándale mamacita, vámonos”.

— No, dije, no me voy. Me quedo ocupando esta casa. Yo no me voy andando, está rete lejos Puente de Ixtla. Yo no me voy.

— “Pues nos va hacer usted que nos quedemos aquí. A ver si no nos pasa algo”.

— ¿Qué quieren que nos pase?

Al fin y que llega un señor, lo que sea, muy decente el señor: “Ándele señora, vámonos, no tarda en llegar otro camión, estos ya se llenaron, pero no dilata en llegar el otro”, y “¿Qué está usted haciendo aquí? Se ve que depende de buena familia”.

Y me sonreí. “Se equivocó, le digo, ¿usted cree que si fuera de buena familia, con buena posición, usted cree que iba estar aquí sufriendo estas consecuencias?”

* Lo de Michapa... ¡este jijo de la chingada de Barrios, jue el de toda la culpa, el desgraciado! Llevándole pues la cantidad de dinero que había perdido. Entonces en Puente de Ixtla se juntaron todos los ricos y le aventaron otro chingadazo de dinero, claro que entonces se voltió y ¡nunca pudo firmar la documentación el presidente! Y yo se los decía, a los de Michapa, que saldría más mejor que se repartieran las tierras para que todos hubiéramos tenido vida, porque, ustedes creen que nosotros semos los que van a cultivar todas estas tierras y no, sino también los de aquí tendrán un derecho a tener un pedazo de tierra. Esto no es mal que se busca a ustedes, ni crean que vamos a quitarles el terreno y que a ustedes los van a dejar volando. No, también queremos ayudar a ustedes, para que tengan derecho.

* Eso fue la primera vez, porque fueron dos veces, 1960 y 1961. Entonces llegan los de los ranchos adonde pertenecían los terrenos. Quemaron las casas, las casitas que había, nos desalojaron y nos vinimos, todos desconsolados.

Bueno, pero no obstante llegamos otra vuelta a la lucha y seguimos de nuevo. Todo un año. Al año volvemos, de nuevo a la misma necesidad. Entonces ya'bíamos quedado qu'íbamos armados, pero ya tuvimos la asamblea en Tlaquiltenango, en

la noche y los carros estaban llegando ya para sacar la gente y Rubén dice: “No, armados mejor no vamos, porque es provocar al gobierno. Nos vamos así”.

* Rubén había conocido unos intelectuales y uno de ellos me conocía muy bien a mí. Cuando lo de Michapa me sale éste, un ingeniero, con dos muchachos: “Fíjate que queremos ir a Michapa con Rubén”. Lo pensé y... “vamos pues”. Pasamos por una casa, el ingeniero sacó un rifle, lo metió en la cajuela del coche y nos vamos para Jojutla. En el puente noté que nos venía siguiendo una camioneta y dejamos su coche ahí en Jojutla, en casa de mi cuñada. Nos fuimos a Tlaquiltenango. Para esto, veníamos platicando en el camino, que no era correcto lo que se iba hacer en Michapa, que había que ver con cuánta gente se contaba para ir; yo estuve de acuerdo, pero dije que nosotros nada más estábamos apoyándolo, estamos aplaudiendo, se puede decir, pero no somos gente que participemos y estamos dejando que haga las cosas a su modo. Además yo tenía un problema familiar que me obligaba a trabajar, pero fui, queriendo o no queriendo muy bien pues era una acelerada de parte de este ingeniero y luego a lo mejor a Rubén no le iba a cumplir; porque a éste una vez que le dijeras aquí estoy, “pues a darle, vénganse para acá y dale...”

Rubén se sentía entre dos aguas. Por un lado la rebeldía, lanzándose a tomar las tierras esas y por otro, la esperanza de que López Mateos no se echara para atrás. Entonces cuando llegamos con Rubén platicamos; había cerca de veinticinco campesinos, “que más noche llegan de tal parte y de tal parte”.

Le decíamos: “Mira, si de aquí a mañana no llegan siquiera unos mil quinientos, no conviene que vayamos. ¿Y en qué plan vamos? ¿Vamos con el plan de ir a tomar posesión y luego el curso legal o a chaleco nos vamos a quedar ahí? Porque esto va a provocar a todos los enemigos. ¿Y la gente, va en plan de sólo agarrar un pedacito de terreno?” El oyó todos los argumentos,

pero no decía nada.

Nosotros le planteábamos que podíamos partir si había mil quinientas gentes, que si íbamos con el punto de vista estrictamente legal que los mismos campesinos nombraran una comisión, entregáramos la tierra y que Rubén se despegara y se dedicara a hacer gestiones. Y otra, que si pensaba sostener la pelea, ¿con qué y cómo?, ¿con cuántas gentes contaba que quisieran hacer eso? Porque toda la gente iba porque dio una cuotita y le dijeron que le iban a dar un pedacito de tierra”.

Entonces Rubén nos dijo: “Bueno, si tienen miedo, entonces no vayan. El acuerdo de los campesinos es de que vayamos”. Como ya habían tardado mucho los trámites y no se resolvía definitivamente, había necesidad de presionar al gobierno posesionándose de los terrenos y “sobre la marcha vemos qué hacer”.

Bueno no nos quedó más alternativa que sujetarnos a eso y a ver... A las cuatro de la mañana, agarramos camino. Fueron cerca de seiscientas gentes a lo más, de los tres mil enlistados. Llegamos allá como a las seis de la mañana. Comenzamos a trepar. Ese día anduvimos midiendo, llevábamos el teodolito y lo que tú quieras. Al otro día ya se estaban movilizand las fuerzas. Llegó un grupo de evangélicos, la guardia los dejó entrar, venían buscando al hermano Rubén. Oraron allí un poco, pidieron por nosotros, “que nos fuera bien”.

* Ya’bía hartas casas; entre todos, quien tráiba un horcón, otro haciendo hoyos, otros amarrando ya el palito... ¡Bueno, qué se entiende, en menos de un mes ya iba aquéllo... La colonia iba ser muy grande; íbamos a tapar el río pa’subir la’gua y bueno! En lugar de que los jitomates se perdieran íbamos a tener una fábrica para envasarlos... Todo eso ya se había tramado de todo a todo. Yo estaba metido en eso, yo ya tenía mi gente, adónde me iba a tocar trabajar, ya’tábamos... bueno ¡contentos, pues! Las máquinas ya iban a trabajar, las personas ya estaban repartidas. Luego le decía yo a Rubén: Sí, me hago de cargo,

pero el que no se levante a buena hora lo chispo y meto otro que sepa trabajar. Y así.

* Los que querían nos llevaban de comer, sin que les diéramos nada y era para todos. Un señor que fue de Michapa también nos llevó maíz, nos llevó frijol, semilla de pipián. Y le dábamos a toda la gente, la que andaba haciendo la carretera, otros, desmontando ya cada quien para reconocer lo suyo.

* 'biera usted visto. Fue una cosa tan bonita y al mismo tiempo daba tristeza. Cuando se fueron esas familias al Guarín, todo el estado de Morelos lo sabía, porque había familias de todo el estado, no como desmienten que venían de otros estados. Él por su propia boca, yo se lo oí decir algunas veces: “Señores, si nos van a dar esos terrenos para que los cultivemos, tienen por obligación los pueblos vecinos de agarrar las primeras tierras, porque son dueños...”

* Todo el pueblo que estuvimos allí, en esos días, nos llevábamos muy bien. Todos ahí matando iguanas, trabajando, era como un día de campo, como en familia. Si alguien traía una visita nos invitaba a todos los grupos; pocas mujeres hacían la comida para todos y nos daban de comer. Éramos como una familia muy a gusto. Aunque sentíamos miedo, sentíamos el corazón grande de que éramos hartos y estábamos en lucha. Que un compañero tráiba iguanas ¡pus las ponemos en caldo y pa'todos! Una cosa bonita, ahí se terminó el egoísmo. Lo recuerdo, era un espíritu nuevo.

* Iba un señor de Contlalco a vender sandías y ese pobre señor, dentro de los bultos de sandía, pues nos llevaba que azúcar, que frijol, todo eso nos llevaba, pero a escondidas. Después se dieron cuenta y ya no lo dejaron vender las sandías, para que no nos llevara nada. Íbamos a Michapa y ya no querían vendernos nada. Al principio sí, después ya no quisieron vender nada por completo, prohibido.

Mis hijos al saber que estaba yo allí, fueron a la panadería a que les hicieran unos quinientos pesos de bolillos y fueron a ver al señor Meléndez que en su helicóptero nos lo fuera a dejar allá, pero le marcaron el alto también a él y ya no quiso meterse en ningún problema. Mis hijos se quedaron con toditito el pan.

Un señor de Alejandra que tenía allí un hermano, ése nos llevó mucho de comer, “¿A quién se le entrega esto?” Pus a la señora Sabina. Me entregó dos cajas de aceite, como unos veinte kilos de azúcar, unos cuatro o cinco de café, una paquita como de quince kilos de cecina. Bueno... nos dejó muchas cositas para que fuéramos comiendo. Pero no duraba nada, pues era mucha gente.

* La forma de ser de Rubén era de esas animadoras. Sencillo para hablar pero con una capacidad tremenda para animar a sus colaboradores. Y muy amable. Muchas veces me tocó salir con él. Cuando hablaba en Michapa toda la gente se alegraba. Por eso este hombre yo le comprendí y su forma de lucha para mí, siempre fue una lucha de beneficio para la clase humilde. Toda su misión y toda su ambición era defender los intereses de la clase campesina.

Desde luego él era de ideas socialistas. Cuando se formó el Comité yo participé y decía: “Este sistema de gobierno aquí, va a ser un sistema de tipo socialista, todos para uno y uno para todos. El trabajo va a ser de todos y el descanso va a ser para todos”. Se pensaba en escuelas, se pensaba en industrializar todas las cosechas de arroz, el jitomate, que dice él: “Luego se pierde porque no hay una industria enlatadora, pero si hacemos

una industria para asegurar nuestro jitomate, sí lo podemos sembrar”. El arroz, en vez que lo véndamos a los Morales, que son los caciques del estado, lo podemos industrializar nosotros. Todo eso. Era una buena idea, todos la entendieron, bastantes. Y todos deseamos cambiar otra forma de vida, quitarnos la esclavitud de los ricos.

Allí el comercio se iba a componer: ninguna cantina. Ni cantinas con mujeres ni cantinas con bebidas. Nos contaba él: “Hay muchas mujeres que en lugar de producir algo, se consumen en el vicio y ese es un perjuicio de la sociedad”. Iba a ser una colonia tipo. Debiéramos trabajar todos. Si la mujer trabajaba en quehacer doméstico, pero podíamos hacer lo que en otros países hacen, que la mujer también trabajara, aunque con menos tiempo, pero que también pusiera su mano de obra. Estaba muy bien de veras y todos teníamos grandes ilusiones.

* Se recibieron noticias; se valieron de uno que había sido ministro evangélico para decirle a Rubén que decía el presidente que pidiera lo que quisiera, pero que los llanos de Michapa y el Guarín no podían entregarlos a los campesinos; que lo que él quisiera. Eso me lo dijeron a mí para hacerle llegar esa noticia a Rubén... y que Salatiel Jiménez lo esperaba en México. Entonces yo fui a ver a Rubén y le dije eso. Era contraorden, pues ya el mismo jefe del Departamento de Asuntos Agrarios había dado un documento en el que se apoyaba esa iniciativa. Había autorizado la formación del Comité Particular Ejecutivo para todos esos trámites. Es decir, no había negativa y de palabra el Presidente le dio todo su apoyo al inicio.

* Por otra parte la prensa, o lo más reaccionario de la prensa, digamos, comenzó a hacer propaganda contra Rubén, diciendo que las cuotas que los campesinos estaban dando para la gestión de los terrenos, él se estaba haciendo rico, que tenía un rancho quién sabe por dónde, que se iba a ir a otra parte, en fin, todo esto con el fin de sembrar el desprestigio y de irlo aislando de la

gente, desorientando precisamente a los seguidores. ¡Claro que es de bilis!: “Se dice... ha de ser cierto”. Nosotros que vimos las cosas, este señor es testigo: Rubén murió en la vil desgracia. Rubén no tenía dinero ni para caminar de aquí a México. Lo conseguía cuando necesitaba. Rubén era un hombre totalmente honesto. Yo me acuerdo cuando le dieron los centavos a este... ingeniero Tafoya: doscientos noventa y tantos mil pesos se le dieron. Y esos centavos se juntaron de toda la gente. Inclusive el ingeniero dijo: “Este dinero no es sólo para mí. De aquí tengo yo que repartir...”

Entretanto Prado, con otros altos funcionarios, entre ellos Miguel Alemán, Del Mazo... tenían la intención de hacer de esos terrenos una colonia residencial; Prado mandaba cortadores de caña, al frente de ellos iban pistoleros, reclamando esos terrenos, armando bronca, diciendo que ellos eran los dueños de los terrenos, pero era nomás para amedrentar y hacer que la gente se saliera.

* Entonces que nos rodean los mismos dueños del terreno, una vez se acercaron por ahí de Chavarrías, Amacuzac, Huajintlán y el gerente Prado mandó cortadores de caña en disfraz de que eran campesinos, dueños de las tierras.

Bueno, y se va el capitán Martínez a la Quebradora a taparnos las entradas. Ya no nos dejaron entrar, ni de comer ni nada. Y harta gente que llevaron pagada, para estar ahí de avanzada con ellos, para presionar diciendo que era del pueblo. Pero allí nos sostuvimos. Entonces, como a los tres días, volvieron otra vez.

Rubén me dice a mí, al difunto Solís y Armando: “Vete a Tlaquiltenango, te tráis las armas”.

Yo todavía le digo: Mira Rubén, si no vamos a pelear con el gobierno, no hay que ir a traer las armas, porque nos las van a quitar. En tal caso hay que esperar.

— “No pero, dice, nos van a volver a cercar los pistoleros con la gente que tráin y si se nos acercan ellos, con ellos sí vamos a pelear”.

Entonces le digo yo: Pero mira, esta vez ten seguridad que ellos no van a entrar, al presentir ellos que estamos armados, ya la gente no se va arrimar. Entonces se nos va arrimar el gobierno. — “No, el gobierno no se arrima, ’tamos arreglados”.

Bueno, pues. Salimos como a las diez del día a traer las armas. Como a la una de la tarde veníamos ya, cuando estaba el capitán Martínez allí, esperándonos y luego a una distancia como unos veinticinco metros nos hace la parada. Entonces ya no agarramos la dirección donde estaba sino agarramos la carretera directa. Y se nos pega, pero ya nosotros, en lo que regresaba donde estaba el “jeep”, le llevamos como un kilómetro. Le decimos al chofer de confianza que llevamos: “Vamos a llegar a alguna loma bien cerrada para bajarnos, con unos minutos que nos den a fin de sacar las armas de la cajuela”.

Sí, así fue. Nos bajamos, abro la cajuela, chispo las armas, los cargo a ellos. Y luego que José, como las armas de la Revolución no las había manejado; que un treinta, pus que no jallaba como maneja’lo. Entonces les quitó la treinta y les doy una retrocarga a ellos y vámonos. Agarramos la jegüitera y aquél llegó y nos encerró, pero ya nada más tiró unos cuantos tiros nomás para apantallar. Llegamos andando como hasta las doce de la noche al campamento.

* Una tarde Rubén dijo: “Vamos a juntar un grupo, de los que traigamos cuete, para poder sostener la agresión que planean esas gentes”.

Entonces yo le dije: ¿Por qué no hacemos una cosa mejor? Vamos a reunir a los que tengamos cuete y en lugar de sostenernos, vamos a dar una orientación a los compañeros en el sentido de que si vienen por la mala, que se entregue y nosotros nos pelamos. Este es un termómetro para saber hasta qué grado te quieren chingar a tí. A la gente no pasa que le peguen unos cuantos golpes, si se oponen, pero nosotros vamos a decirles que sean humildes. Entonces fue cuando el ingeniero que había ido hacer los trazos comenzó con “Óyeme, pero esta ya es una

cosa muy seria..." y que la chingada.

— Bueno mano, pero orita ya no digas nada, porque nos quemamos.

— "No, no".

— O si no, de una vez dilo porque ya orita es para tomar una determinación. O agarramos el camino de regreso.

— "No, no".

Al otro día, como a las seis de la tarde, Rubén me dice: "Sabes que estoy pensando ir a pedir un amparo". Todo era brincar de un extremo a otro. Entonces tuvimos una discusión muy dura ahí y llegamos a la conclusión de que había que cederle. Bueno, está bien mano, le digo, qué opinas de cuántos debemos ir y cuántos quedarnos. "Pues yo pienso que tú, tú, y..., etcétera, nos vayamos a pedir el amparo".

En la noche nos salimos. Encontramos a los federales por el camino. Éramos catorce gentes y muy sigilosamente pasamos, aunque ellos no veían muy bien y nosotros veníamos acostumbrados a la oscuridad. Veníamos hablando y se vino a dar cuenta Rubén cuando ya estábamos frente a esa gente, pero venían hablando. Nos echamos pecho a tierra por ahí y así estuvimos un rato. Vimos las movilizaciones. Había una pedrera por ahí y un pedazo muy feo; por allí nos subimos, casi agarrado uno del otro. Por ahí caímos a la carretera vieja y se trató luego de brincarle a la autopista que está más plano, para poderse defender uno más. Por ahí nos fuimos hasta la caseta de Amacuzac. De pura chingadera allí encontré un compa que estaba con otros dos de vigilancia, en los límites de Guerrero y Morelos:

— "Quiubo ¿cómo estás?, pues fíjate que vine con unos cuates de cacería por ahí y nos perdimos... me acordé de ti y pasé". Y me lo jalo aparte: Sabes de que aquí anda Rubén, necesitamos que nos consigas una camioneta.

— "¡Hijo de la chingada... acaban de pasar los guachos! Orita voy".

Ya consiguió la camioneta alquilada, fui por aquéllos y se treparon. Nos pasaron a dejar a Jojutla, ellos se fueron a Tlaquiltenango.

* Ahí nos reunimos más de mil hombres y Rubén comenzó a repartir un lote a cada quien y después se le comunicó que ya no se siguiera el reparto. Él se trasladó a México a hablar con el ciudadano presidente López Mateos y cuando él andaba por allá, entonces a nosotros nos fueron a sacar de ese lugar los soldados. Ya nos fueron aventar a Puente de Ixtla y de allí cada quien se fue a su casa. La gente, pues quería responder aunque sea con piedras, como lo hacen los campesinos en defensa propia, aunque sea con piedras o como sea, pero Rubén Jaramillo no permitió que tratáramos la cosa con violencia. Ya entonces, como fueron los soldados y nos sacaron de ahí, pues ya no hicimos nada.

* Yo estaba en el cuatecomate, en un banco de armas. Yo y otros cinco. Teníamos rondas como de avanzada para proteger las entradas, armados. En esa misma tarde, ya viernes para amanecer sábado, cuando vamos viendo, ya a metesol... ¡Rodeados! ¡Ya sitiados! Eran como mil o más de mil hombres, del ejército.

Rubén de casualidad ese día se había salido. Estábamos nomás yo y Solís como representando a la gente y ni modo de tirar, pues de por sí Rubén había dejado orden de que si el gobierno venía, que no tiráramos. Y le digo a Solís: “¡Lo que le dije, sucedió. Nos van a quitar las armas como chamacos, pues, de las manos!”

Y la gente pues... cerrado de familias... y criaturas. Y por eso nos dijo Rubén al separarse: “No vaya a ser que venga el gobierno; se aproxima que va a venir el gobierno; no vayan hacer fuego, dice, y vayan hacer mortandad de familias”.

Entonces llega el general por allí y ese judas del “Pintor” y Martínez y luego me dicen:

- “Oye tú, ven acá, ¿ónde está Solís?”
- “Ái está. Que le llamo y que nos dice:
- “¿A’ónde está Jaramillo?”
- Jaramillo no está. Anda en comisión.
- “¿Entonces quién está aquí?”
- Estamos nosotros representando la gente.
- “¡Ah, sí?”
- Sí.

Dice el general: “¿Cómo no va estar aquí Jaramillo, si anoche a las ocho de la noche estaba cargando gasolina en Cuernavaca; yo le seguí, pero nomás en Alpuyecá se me desvió y ya no supe que carretera agarró. ¡Pero él aquí está!”.

— “Bueno, aquí está la gente, búsquelo, le digo, si aquí está, usted sabe mi general, aquí como estamos nosotros aquí debería estar él, representando. Yo creo que no podría esconderse”.

Entonces dijo Solís: “¿Cuánto apostamos general a que no está aquí?”

¡Ah! no le hubiera dicho esa palabra, nomás que le dijo de cuánto apostamos, le volteó luego luego la cachetada y una patada. Estábamos rodeados de coroneles, mayores, capitanes y el generalazo allí... que cuánto apostamos... y ¡zaz!

Y le digo yo: “Ya está bien general, mire, una palabra a cualquiera se le sale”.

— “Mídase entonces”.

Entonces el general le dijo a Martínez: “Lleven a Solís por aquí”.

Y yo... pensando, le digo: “Mire general, le quiero pedir una mercé, que si se van a llevar a Solís, que no se lo lleve el capitán Martínez, lléveselo usted”.

— “Bueno, entonces nosotros nos lo llevamos”.

Como era ese José Martínez y como nos traía de por sí a raya, se lo lleva y con que diga “se fugó”... y porque no sólo lo mataría a él, se llevaba como a cuatro.

— “En veinticuatro horas quiero que me saquen toda esa gente; porque a Solís me lo voy a llevar y usted se queda, para que

me saque toda esta gente de aquí. Ustedes están acusados y denunciados por el delito de despojo”.

Le digo: No puede ser un despojo porque estamos arreglado.

— “¿Y a’ónde están los documentos?”

— Aquí tenemos unas copias...

— “¡No!... que, y agarra y rompe los papeles.

Entonces ya le dije yo: No me son suficientes veinticuatro horas para sacar toda la gente.

— “¿Cuántas?”

— “Deme siquiera cuarenta y ocho horas”.

— “Bueno”.

Pero esa misma noche nos mandó carros y carros, sacaron toda la gente.

* Cuando nos detuvieron, entonces una señora de Tenextepango muy, muy valiente, se acercó al general y le dice: “Si va usted a matar a estos muchachos mátelos aquí”.

— “No señora, le doy mi palabra de honor que van seguros hasta Cuernavaca”.

Porque se temía, ¿no? Y lloró la señora, recuerdo que lloró. Y los soldados ahí andaban, bravos... buscando armas. Iban en plan de combate, no de golpear a la gente, eso no. Ese general, Cornejo, le habló entonces a un capitán y le dice.

— “Se encarga usted de estos muchachos. Y no me deje acercar al capitán Martínez”.

* El otro día que voy y me manda a Michapa a ver cómo’staba por ahí. ¿Cómo había de’star? Ya’bian agarrado a Solís y a todos. Agarraron creo a ocho o a diez. Bueno, y le traje la razón. Ese día nomás esa razón le llevé. Al otro día me voy a la Peni, buscándolos. Llego don Fernando y dice:

— “Paulita, ¿a qué no sabes dónde están los muchachos?”, dice “No los han pasado para dentro, están en el banco de armas. Pus ora ni modo... ¿después les llevas de comer?”

— “¿Por qué no? ¡bah, les llevo!”

— “Enton’s orita vuelvo”.

Que se va a su casa y trae una canastota con hartos tacos, con frijoles, con sopa, con chile, con lo que uno podía, porque pues, eran hartos no eran uno. Sin mentirles, eran cinco kilos de tortillas diarios. Que llego con mi canastota y pido permiso: — “Señor ¿puedo pasar a dejarles de comer a esos muchachos que están ahí?”

— “¿Qué son de usted?”

— No son nada mío, le digo, pero son mis amistades. Por eso vengo.

Dice: “Pase”.

Dije, ya fregué y... ¡Ándeles muchachos zacateros! ustedes que son campesinos ¿ya’cabaron de zacatear? ¡Aquí traigo la comida! Todos contentos me abrazaron. Solís dice:

— “Aray, abuela, deveras... ¿y si te agarran?”

— Pus mejor. Les hago la comida aquí adentro, ¿qué?

Los esos de las oficinas se estaban saboreando con los tacos: “Ándeles señor, estas tortillas son de campo, estos tacos se usan en el campo, ándeles”. ¡Pero les convidábamos uno, querían dos! Nos hicimos de amista con esos... secretarios, con los guachos esos que’estaban aí.

Allí se pasaron veintidós días, veintidós días dilataron. Y los domingos, como irnos a pasear, yo y otras muchachas que tenía en la casa, que venían a trabajar; los domingos descansaban. Eran como seis o siete muchachas. ¡Vamos a la Peni! “Vamos”, y se apuraban unas haciendo el chile, otras friendo frijoles... y llegábamos ya con la comida hecha.

* Yo pienso que el difunto Rubén, en todas sus luchas fue pelear con los caciques, entonces estos tuvieron mucho miedo a esa colonia. Indudablemente esa colonia iba ser un foco en el estado, para contrarrestar a muchas gentes enemigas de los pobres. Porque a mi manera de ver, el espíritu que llevábamos nosotros era grande, era un espíritu de unidad, con ganas de trabajar, con ganas de hacer un nuevo sistema de administración. Sería una cosa muy grande y esas gentes de todo se dan cuenta, ¿no?, en todo están al centavo. Creo yo que no nomás los políticos hayan metido las manos en contra.

Para mí que López Mateos no supo darle la importancia que tenía. Que si le hubiera cumplido a Rubén su palabra, quizá ese hombre quedara más alto en la historia. Porque Rubén en muchas ocasiones nos platicó que su fin ya no era agarrar las armas, su fin era luchar con la unidad de los pueblos, para mejorar la situación de los pobres. Y si Rubén organizaba esa ciudad, porque completamente iba ser una ciudad nacida de un momento a otro, con toda la capacidad política y moral que Rubén les estaba enseñando, iba a ser una ámpula muy grande, quizá hasta en el país.

PLATÍCAME TUS PLANES JEFE, PLATÍCAME

En 1961, después del desalojo de Michapa, el movimiento jaramillista se enfrentó a su última crisis. López Mateos había prometido respetar los derechos legales, pero en la práctica, como todo déspota, condicionó tal respeto al sometimiento de Rubén a sus decisiones, es decir, subordinar las demandas sociales que representaba a las manipulaciones de la política. Jaramillo no aceptó tal condición y la relación entre ambos quedó prácticamente rota apenas iniciada. López Mateos ya había desatado la represión policiaca militar, contra ferrocarrileros, maestros, telegrafistas y estudiantes. La legalidad burguesa nunca ha sido confiable, aunque ha sido un terreno natural para la lucha masiva del pueblo. La necesidad de seguir una ruta de acción y organización adecuada a estas características, se hizo sentir en las filas del jaramillismo; de ello dependía el destino inmediato del movimiento.

* Un día veníamos por allá de Amacuzac, después de dos tres días de fatiga acampamos en un lugarcito. Éramos como unos once cuando andábamos en armas. Bueno, pues tempranito empezamos a platicar. Le digo: mira, mientras la gente está allá tranquila, nosotros aquí estamos levantados y esa gente no siente como nosotros estamos sintiendo.

* Rubén andaba en la política, en Cuernavaca, por ahí andaba metiéndose. Y yo le dije allí: Mire Rubén, no le sirvo yo pa' nada a ustedes. En una derrota por defenderme, cualquiera de ustedes perece. Yo pues, no porque sea valiente, como no puedo correr, pues tengo que esperar a juérezas. Y ustedes porque no perezca yo, cualquiera de ustedes se queda y perece. Así es que, le dije, yo me separo. Usted se va a meter en la política, según sentir unánime. Además yo le quiero decir Rubén, que usted nunca llegará al poder...

— “¿Por qué?”

— Porque no; ahí tiene lo que siempre nos está leyendo, allí nos explica, nos dice, el derecho que tiene un hombre para figurar. ¿A cuántos le achacan que usted ha matado aunque no sea cierto?

— “Bueno pues...”

— ¿No cree usted?

— “Va a ver”.

— Bueno, 'ta bien, arréglese. Yo no sirvo para andar desarmado en Cuernavaca. Me muero antes que ninguno. Por eso, para mí no. A la lucha como vamos, estoy pa' lo que sea, pero pa' andar de político, no.

* Cuando la campaña de Henríquez Guzmán, Rubén tuvo trato con mucha gente. Había liberales, masones, de todo. Había un periodista que se llamaba Froylán C. Manjarrez, era henriquista pero estaba más con Rubén que con Henríquez y estaba dispuesto a jugársela junto con Rubén y así, un general y otros.

Pero había otro amigo suyo que quería que Rubén ingresara a una organización comunista, pero él le decía:

— “Sabes de que ahí hay gente muy chaquetuda, mano, como un tal Dionisio. Ya he hablado con él, resulta que ya parece un rico... y tiene más esperanzas en los políticos, él no tiene esperanzas en la gente del pueblo. Y ése es el único pretexto que te pongo. Yo lo que quiero es que hagamos una organización que dirijamos nosotros solos”.

Entonces él le dijo: “Mira, en mi opinión, no conviene que te vuelas muy alto; te van a levantar estos cabrones henriquistas muy arriba y con una discrepancia, o con una cuestión que tú no aceptes, te van a dejar volando, ¿me entiendes? Entonces nos quedamos nomás con un montón de gente pero sin nada de organización. Mi problema es convencerte de que se necesita que aprovechando esa situación, creáramos además del partido así amplio, de masas, como el PAOM, una organización más cerrada, pero más preparada vamos, porque nada más se les ha hablado a los compañeros lo de siempre”.

Entonces Rubén le decía: “No, no hay necesidad de decir socialismo o comunismo”.

— “No, pues tenemos que decirlo, porque si no, tenemos que cuidarnos de nuestros mismos compañeros. Lo mejor es que en un periodo muy rápido o muy corto, decirles de qué se trata”.

Cuando rompió con Henríquez, a Rubén nuevamente le volvió a insistir su amigo de que ingresara a su organización, pero él no aceptaba todo:

— “Está bien, estoy de acuerdo con lo que tú me dices; porque tú me lo estás planteando, porque yo sé que tú te chingas en la lucha, pero lo que no acepto, es de ti para allá. A esa gente no la paso, porque ellos ven a uno como un bajo, que no entiende la teoría, que es un bruto uno, que anda a lo que uno quiere”.

Llegaron a decir los señores esos que lo que hacía Rubén “era jugar a la revolucioncita” y que “cuando ellos la hicieran, la harían bien”.

* Rubén tenía la idea de crear un lugar donde cultiváramos el campo nosotros. Con una serie de gente discutimos cómo hacerlo. Se trataba de escoger una región o un lugar secreto con unas cincuenta gentes. Traer un albañil que enseñara, luego un herrero que aparte de hacer cosas para nosotros, hiciera para la venta; cultivar la tierra entre todos y así mantenernos solos. No se trata de hacer un socialismo solo en un lugar, se trata también de exigir al gobierno y que la gente luche y al mismo tiempo, “empezar hacer un socialismo a nuestra manera”, decía él. ¿En qué consiste?, pues en que un grupo de compañeros siembren para ellos, si tenemos borregos que otros se dediquen a los textiles, o con ixtle si no los tenemos, acostumbarnos a no depender del campo enemigo y así dentro del mismo sistema crear un sistema socialista sin decirlo ni decretarlo. Si nosotros creamos una colonia con unos cincuenta compañeros, claro que nos vamos a regir por las mismas leyes actuales, pero en un proceso haremos una herrería donde hagamos azadones, arados en cantidad, luego la carpintería, alfarería, carnicería; otros que se especialicen en cultivos de frijol, maíz, etcétera, hasta mantenernos solos sin dejar de estar relacionados con todo el pueblo, de estar en la pelea. En muchos lugares verán que están jodidos porque están viviendo en forma individual y les estaremos poniendo ejemplo. En la temporada de siembra, todos a la siembra. Después, hacer las otras cosas. Luego si hay intelectuales que quieran ayudar, pues al ver el ejemplo, luego luego que traigan su libro para enseñarnos a fabricar cosas, pólvora, acero, etcétera.

Entre algunos intelectuales se discutió la idea y dijeron que no era posible crear un estado dentro de otro estado “eso es una utopía”.

Más tarde leímos cómo en China había zonas liberadas donde gobernaba el Ejército Rojo y se daba todo eso. Claro que aquí no se trataba de decretar nuevas leyes y mandar a la chingada todo, sino una basecita de apoyo. Había de por sí muchos lugares donde el pueblo apoyaba mucho las iniciativas y se prestaba a producir en beneficio propio y de la lucha. “Ya tenemos el terreno donde podemos empezar”,

decía Rubén.

* Yo le decía que ya no podía hacer una vida normal, que tenía que dejar todo, casa, compromisos y vivir en la clandestinidad. Y yo insistía: No, Rubén, tú ya no puedes hacer eso de vivir tranquilo en tu casa. El día que lo hagas, estás creando las condiciones para que la pinche chota y el gobierno te cerquen y en un momento dado te chinguen.

Luego llegaron noticias de que “El Pintor” andaba reuniéndose con fulano y zutano. Y yo le decía, mira mano, hay que planear cómo ponerle un hasta aquí a ese cabrón. Eso nos hubiera creado condiciones para no estar durmiendo o viviendo en Tlaquiltenango. Pifa estaba también de acuerdo en ejecutar al “Pintor”. “No, espérense”. Todo eso se lo impedía el abrazo.

* Le dije a Rubén: ¿Qué te parece? Tengo una bola de cuates, políticamente preparados, que si yo les digo: mira, se trata de formar una organización nueva, que la dirijan obreros y campesinos, le entran. Así surgió, desde el fondo de lo íntimo, la idea de generar una organización digamos, verdaderamente revolucionaria, consciente de que no se puede decretar la revolución, ni tampoco que se sintiera muy débil pues teníamos una mazorcota de gente, debíamos ir a ellos y escoger allí para sacar un partido; y entonces traer una serie de gentes, intelectuales que estuvieran dispuestos a conectarse con este grupo.

Para esto pensaba que unos cinco compañeros: Yo, Rubén, Pifa, sus hijos y algún otro compa, se mantuvieran ocultos en algún lugar y desde ahí trabajar. Exigía también que vendieran su casa de Tlaquiltenango y ya había un millonario que simpatizaba con nosotros que daba 70,000 pesos por ella. Bueno, aunque con cierta desconfianza acepta Rubén: “Sí, nos vamos a reunir tal día, para hacer la primera plática”.

Yo comienzo a alborotar a una serie de intelectuales, me

vengo con ellos a la cita y que “el contacto no está”. Bueno pues, no los puedo llevar donde está él y a los cuantos días voy y: “No, sabes de que le estuvimos dando vueltas al problema. Vamos a precisar más el asunto”.

Como él estaba empeñado en formar su partido, con listas, credenciales, etcétera, yo le decía: Esto lo vamos a mantener como una cosa amplia. Pero hay que hacer un partido que... fíjate, te lo voy a describir, haz de cuenta que ya está trabajando, le digo delante de Pifa y otros más: Mira, en cada pueblo vamos a escoger cinco compañeros; de diez pueblos hacemos una reunión plenaria, con uno o dos de cada pueblo como delegados. Yo haré la explicación y tú le entras para acabar de refinar:

— Bueno, compañeros, ustedes saben toda la historia del jaramillismo aquí. Esto no puede quedarse así nada más el día que desaparezca Rubén. Nosotros queremos que ustedes se preparen, eleven, para que sean tan capaces o más que nosotros. Para eso se va recoger toda la historia de nuestra lucha y se va a discutir con ustedes. Necesitamos aprender a hacer frente al enemigo. Ustedes tendrán que llevar a sus cuatro o cinco compañeros todo lo que van a aprender. Para ello van a venir varios compañeros políticamente preparados. Se trata también de que Rubén va a desaparecer y únicamente va haber un contacto con él, que en un momento dado van a saber. Se trata de que comiencen a trabajar sin que nosotros estemos. El plan es buscar una cueva en el monte donde se esconda Rubén y otros. Nos vamos a encontrar con que el contacto les irá a decir “fíjate que en tal lugar pasa esto y este otro”, y allí aconsejamos sobre lo que haya que hacer sin que Rubén salga. Luego se discute en lo particular entre los diez delegados lo que se vaya hacer, apoyándose en la opinión de Rubén. Se imaginan que haya un borlote duro y que se diga “fue Jaramillo, pero no se le ha visto, no se le ha visto”.

Discutimos que el PAOM era un partido de masas, pero que ahí no se podían planear todas las cuestiones de la lucha y que en un momento dado, con un soplo de gobierno podría desbaratarlo por medio de sobornos, dinero, amenazas, corrupción. Que había que preparar mejor a los camaradas a través de

discusiones acaloradas.

Se veía el temor de Rubén a que esa idea desbaratara el PAOM. Pero discutiendo se veía que el PAOM sería como el semillero, el almacigo donde surtiríamos la organización más preparada, secreta; de ésta saldrían las plantas que llevaríamos a muchas partes. Se trataba de formar muchos Rubenes. En todos los pueblos se comenzarían a sentar las bases de una conciencia revolucionaria y con ella ya se podrían analizar de otra manera los problemas, comenzarían ellos a extender ese lenguaje y esa educación al pueblo que le permitiera ver la solución de sus problemas de otra manera. Ahora bien, cuando ya se tuviera eso se comenzarían analizar los problemas de tierras, de agua, de industrias populares, carestía de la vida, todo. Como efecto de eso se comenzaría a levantar alguna lucha que se pensara; primero con un grupo más amplio, para que éste creara una conciencia más amplia del problema.

Y así como en un pueblo, así a lo largo de muchos más. Una vez hecho esto, el enemigo tenía que defenderse. Primero, trataría de detener aquello y luego a meter miedo y por último a agredir a través de sus caciques. Al primer brote de lucha atacarían, digamos una asamblea; metiendo gente o desbaratarla ahí, o golpear a fulano o llevarse a zutano. Esto provocaría otro periodo de análisis de discusión entre el mismo pueblo hasta lograr que cuajara en él, primero la idea de la defensa de algún detenido y cómo sacarlo de la cárcel. En caso que lo lograra, se iría generando la idea de la defensa, entonces es cuando surgiría un grupo que en el curso del trabajo o de la lucha se adiestrara bien en las armas. Porque además, toda la experiencia pasada era de puros golpes que recibíamos.

Una vez que tuviéramos la agresión por parte de los enemigos, éstos tratarían de esconder la mano luego de tirar la piedra, o harían la agresión con puros pistoleros de pueblo, gente que suelen tener aleccionada desde tiempo atrás, pero poco a poco, el grupo o grupos secretos, habrían de hacer cierta conciencia para descubrir ante el pueblo, desde el pistolero más chico o los orejas que tienen en los pueblos, hasta la cabeza más grande

visible. Esto llevaría a una área más grande de pueblos para que ellos identificaran al enemigo principal, que no sería el peladito fulano o mengano, y a través de una amplia discusión en el pueblo, éste encontraría una solución más preparada para responder a esa violencia. Entonces el pequeño grupo preparado en secreto podría actuar como avanzada en la defensa masiva del pueblo.

Incluso en la propia lucha de Rubén se dió ya el caso, en que un pueblo aprobaba esa defensa y había gente que salía al frente. Por ejemplo en Panchimalco. Ahí estaba el pueblo cuando llegaron los agresores. Estaba en reunión legal haciendo una asamblea, analizando la forma de defender el precio de la caña, cuando los agresores llegaron en forma desesperada, provocando personalmente a Rubén, queriéndolo acribillar y entonces hubo delanteros que salieron ahí y frente a frente, los acabaron. Rubén salió avante físicamente de la agresión, pero tuvo que salir huyendo y el movimiento quedó desorganizado. Por otra parte, quienes fueron a provocar fueron gentes conocidas del mismo lugar pero estaban respaldadas por gente de allá arriba, del Ingenio y del gobierno. Esto era lo que había que aclarar ante el pueblo. Los que actuaron más en la defensa fueron de la misma organización del pueblo, formada de manera natural, espontánea, con puro voluntario. Esto es lo que se pensaba hacer en la nueva etapa con Rubén, pero de manera más conciente y preparada. Se trataba entonces que la organización del pueblo creara sus propios medios de defensa de su lucha.

Bueno pues la idea le gustó mucho a Rubén, ya nada más era cuestión de que vendiera su casa y sale Epifania con la cosa que a ella le había prometido la esposa del Presidente, a través de quién sabe qué viejas o de la religión, montarle un taller de costura para las campesinas y que ella iba a ser la que controlara allí. Sin consultar a Rubén, Pifa había tenido esas pláticas con la mujer del Presidente. Y después sale también con que si se vendía la casa, se alquilara una casita en Cuernavaca y ahí hacer el taller. Total que no se vendió.

* Donde Dios la tenga, doña Pifania fue la que le quitó la intención. Porque a mí seguido me decía el finado Rubén: “Primero Dios, vamos a triunfar y usted es el primero que va ser mi guardaespaldas”.

Y yo un día la oí, en la noche... yo no dormía, me paseaba y me paseaba y una noche dice Pifa, como a la una de la mañana: “No, pero mira Rubén, no debes hacer ya esas cosas, tanto que hemos sufrido y mis hijos han sufrido; ora es tiempo de que mis hijos gocen de lo que hemos sufrido, de que los hemos abandonado mucho tiempo, desde chicos. Ese dinero que te pueden dar inviértelo en mis hijos, inviértelo en nosotros...”

Y yo... ¡eh, qué tal si duermo! Como a los cuantos días llegó el tiempo de la cosecha. Fuimos a cosechar y todo eso. Un día de tantos viene y hasta que por fin me avisó. Dice Rubén: “ya compañero, ya vamos a dejar de andar, ya vamos a dejar de andar perdiendo el tiempo, ya vamos a trabajar como hombres honrados, ya vamos a trabajar como hombres, como buenos campesinos, como buenos labradores”.

Y yo... mis gestitos no se me quitan. Ya’bía oído lo que’staban hablando. En un gesto le puedo decir más de veinte palabras. Pero como él estaba así emparejándome, yo así nomás...

DIOS MÍO, SI LLEGAN AGARRAR A RUBÉN, QUE NO LO MATEN

* Más tarde, después de reposar los atropellos que nos hicieron los federales en Michapa, había una denuncia en contra de nuestro líder agrarista. Era una orden de aprehensión. Nos pusimos de acuerdo y dimos por presentarnos ante el Agente del Ministerio Público Federal para manifestar las cosas y aclarar que todo eso era legalmente solicitado y no había ningún abuso de confianza en contra de bienes de la nación. Le comunicó el Agente del Ministerio al señor procurador de la República, que no era ningún atropello, que todo estaba legalmente concedido. Estuvimos rodeados de agentes de la judicial federal, estábamos en sus manos, pero las cosas iban en regla, no hubo por qué se nos hubiera atropellado. El agente nos ofreció garantías y que siguiéramos trabajando en la lucha.

* Pero luego Rubén quedó en Tlaquiltenango, todavía con ese entusiasmo. Cuando iban a inaugurar el mercado de la

Malinche, en México, dijo: “Allí nos le vamos a meter al Presidente”. Como ya no pudimos localizarlo de ninguna manera, él creyó que allí era el momento oportuno para localizarlo y meterle unos documentos. Se van. Fue cuando salieron medio raspados. Llegaron a la Malinche, dicen que allí le dio el pliego al Presidente, nomás al pasar, andando. Pero no recibió a Rubén en forma oficial.

* ¡Hijo de mi alma... mi pueblo no tiene colegio, maestros y maestras, toda la niñez estudiando de barriga, en la tierra caliente en este mes de abril y mayo, allí en la vía pública. Entonces mis hijas, mis hijos sufriendo allí en la tierra, estudiando de barriga.

“Lo primero que hay que hacer es pedir un colegio”. Y nos fuimos, fuimos todas las autoridades de aquí y cuando estábamos allá en México, le digo a Rubén: mira jefe, vamos a pasar, aquí traigo un escrito y ya que lo empieza a leer.

—“Mano, este escrito no está bueno, orita les arreglo, vénganse”.

Que nos lleva a una casa y a esa hora a trabajar. Acabando “órale, firmenle”.

Ya estaba la ceremonia, se iba inaugurar el mercado de la Malinche ¡Ya viene el presidente! ¡Ya viene! Y ahí vamos. Pero ya no pudimos entregarlo allí. “Al otro día”.

Según él ya tenía confianza. ¡Malditos! No sabíamos que ya nos andaban trayendo a raya; nos estaban fotografiando y no lo sentimos.

* Rubén llegó una tarde a la casa y me dijo que había ido a la inauguración del mercado de la Malinche, que Pifania le había entregado a López Mateos un escrito pidiendo lo de los terrenos del Guarín. Llevaba un ramo de flores, que se lo entregó cuando fue inaugurar. Se cree que después de entregarle el escrito, se fueron a una casa a dejar sus cosas y que de allí los siguieron. Luego fueron a La Prensa y a mi casa. Llegaron

como a las cinco de la tarde. Llevaban un dinero para pagar a un amigo nuestro, “vaya hablar con el ingeniero y dígame que me urge que venga aquí para entregarle su dinero”.

— Espérense, voy a darles su chocolatito.

Se fueron como a las ocho. Y como a las once que oigo que tocan la puerta, así con desesperación. Me levanto y veo que era Rubén. ¿Qué pasó?

— “Shh, no encienda la luz, cállese”.

Que entra y: ¿qué pasó?

— “Fíjate que fuimos a la casa y está rodeada toda la manzana de granaderos. No pudimos llegar”. Entonces me dice: “Yo quiero que usted mañana vaya allá a la colonia. Ora es cuando yo necesito que ustedes me ayuden”.

Con miedo, pero nos fuimos mi hijo y yo. Cuando llegué sólo vi un coche con señores adentro. Pero yo llevaba mi bolsa de mandado y llegué hasta la puerta de la casa. Allí estaba sentada una niña llorando, se notaba que había estado llorando toda la mañana. Pregunté y me dijo que a su papá se lo habían llevado los granaderos. Entonces me le acerqué más y le digo: Oye niña, sabes que me mandó este señor Rubén Jaramillo ¿tú lo conoces, verdad?

— “Sí”, dice.

Pues él mandó a que me entregue una máquina de escribir, una bolsa y unos papeles que dejó.

— “No, dice, qué le voy a entregar si todo se lo llevaron”.

Y ya entramos. Que voy viendo la casa, todo estaba en desorden, el jardín escarbado, los roperos tirados, quebraron todo lo que había, ventanas, puertas; los colchones volteados.

Me fui con Rubén y le conté. Estaba bien enojado, se ponía así plomo, feo, feo; yo me acuerdo de su cara y me dio miedo de verlo como estaba. “¡Ah, con que eso hicieron esos hijos de la chingada; guerra quieren, guerra les voy a dar, a estos hijos de tal por cual!... Le voy a pedir un favor, avísele a fulano, zutano... lo que me pasó. A su marido le dice que ya sabe dónde encontrarme. Que ora sí, ¡Yo de aquí me voy para el cerro! En Amecameca veré a unos compañeros y de allí me voy al cerro. Le dice al ingeniero que por favor... no le voy a poder pagar

sus centavos, al contrario, que los voy a ocupar”.

* Cuando Rubén se iba a La Prensa, para él ya eran las cosas en paz, decía él, después de entregarle el papel en La Malinche y nosotros, “ya nos vamos, Jefe”.

Salimos y ¿adónde vamos?, veníamos bien recortados y yo sin trabajar. ¿Les parece si nos quedamos?, miren yo traigo 675 pesos”, dijo el del Comité de Educación. Me acuerdo como si fuera ayer, “yo pago el hotel, yo pago todo”. ¡Ai vamos. Estando en el hotel que dice: “Ora que vayan a traer algo de comer”. Ya bajaron unos y nos quedamos tres. ¡Hijo de la tiznada! merito iba pardeando la noche y en el hotel nos fueron a sacar.

— “¡A ver hijos de la tiznada!”

Yo estaba acostado, me agarran y me arrastran. “¿Y por qué, por cuál motivo? ¿tenemos algún delito?”

— “¡Aquí está su delito hijo de tal!”, y que empiezan... que un cañonazo y que un culetazo... Yo me hacía como culebra, me atendían cuatro y no, no me podían pegar bien. Nos llevan pa'bajo; ya llegado abajo golpes para'llá, golpes para'cá y... con la metralleta me aventaban un coletazo y ¡Hijos de la tiznada! que me da coraje y que le quito la metralleta y ya iba a soltar bala... cuando me caí uno de los nuestros.

— “¡Hombre, qué vas hacer!”

— ¡Hijos de su tiznada, y qué se creen, ya no quieren que les hable uno como hombre honrado, ya quieren que nos vayamos así! Y lo aviento al de la metralleta...

— “Ya deje en paz las cosas, me dicen, si no, las vamos agrandar”.

Bueno, ya nos llevaron. Llegando allá con suerte el juez dice: “Orita nos arreglamos. Aquí yo mando, la judicial no. Oye, ¿cómo vienes?”

Mire, venimos a visitar al Presidente; nosotros no somos rateros, no somos nada, lo comprobamos con esto. No me habían quitado el papel. No tenemos colegio, no tenemos nada, nuestros hijos están así y así. Quién sabe por qué nos han titulado en esa forma. Todos los que vienen son autoridades.

Nos pasamos la noche allí. A las veinticuatro horas me llaman: “Fulano de tal, a la reja”. Me presenta con el licenciado:

- “A ver amigo, usted es julano de tal”.
- A sus órdenes licenciado.
- “¿Y por qué está adentro?”
- Pues hasta la fecha no sabemos. Porque nuestra misión es acercarnos con el Presidente de la República por pedir un colegio para nuestro pueblo. El escrito me lo quitaron anoche aquí. Nos fueron a sacar del hotel... y empezó a escudriñar.
- “¿Es usted jaramillista?”
- No señor, conocemos al hombre ese, precisamente nos entrevistamos 'ora con él, llegando. Y como somos vecinos de un pueblo a otro pueblo, ¿por qué no lo vamos a conocer?
- “No pero, ¿han andado con ellos?”
- Nosotros no hemos andado con él. Él ha andado en su misión y nosotros en nuestra misión. Pero claro que nos conoció y nos habló. Vivimos cerca de su pueblo de Tlaquiltenango, es un paisano.
- “Muy bien, ¿eres ejidatario?”
- Soy ejidatario con mi certificado de derechos.
- “Síntese”.
- Y al término de tantas horas: “Se van a ir”.

* Después de la Malinche, Rubén me dijo: “Es necesario que te quedes con nosotros, porque hemos pensado así y asado, estamos de acuerdo con lo que tú nos habías dicho antes, en cuanto a organizar un partido nuevo, clandestino, en fin... Pero esas gentes de tu grupo político pues no les tengo mucha confianza”.

— Bueno, le digo, entonces yo me vengo contigo, aquéllos... pues quizá nos puedan ayudar en algo. Y empezamos a trabajar; anduvimos recorriendo el estado, haciendo reuniones con diez o quince campesinos en cada lugar, queriendo cumplir un plan. Anduvimos así algunas semanas juntos, día y noche, organizando... Cuando la cosa se empezó a poner mal. Llegaban informes sobre los enemigos: “que se juntaron en Higuerón”, “que se juntaron en Jojutla”, “que en Panchimalco fulano y

zutano andan planeando algo”.

Entonces le decía yo, vamos a retirarnos como dijimos, a una cueva, vamos a vender tu casa de Tlaquiltenango y en la marcha vemos... “No, no hacen nada”.

* Luego le decimos yo y Pedro: “Ándale, vámonos”.

— “No, pues yo...”

— ¡Vámonos, Rubén!, te llevamos a la Quebradora...

— “Pus no, que yo voy a ver a los muchachos, a Filemón y a todos ellos”.

— Bueno mira, vámonos para allá, adonde quiera que sea te quedas...

— “No mira, dice, voy a pasar a hablar con los muchachos. Y de aquí me voy, dice, me buscan en Axochiapan, allá con los compas. Se dan una vuelta si me quieren entrevistar”. Esa fue la última vez que lo vi.

* Cuando lo de la Malinche, me dieron un coletazo aquí en la pierna y me vine a mi casa a reponer. Y me manda un tal dicho Emiliano. Precisamente donde está ese tronco de casahuate, desde allí habló, como a esta hora: “Manda saludarle Rubén y me dijo que te preguntara que cómo te sientes”.

— ¿Y si me siento algo, qué?

— “Pues mira, dice que si ya estás mejorcito, te’spera en Tlaquiltenango”.

Yo con tanto remordimiento que sentía, ¡que me moría de coraje! y le dije estas palabras: vas y le dices ¡que se vaya a la vida privada! ¡Pero le dices!, ¡que se largue, porque aquí de todas maneras nos van a fregar! ¡Que’onde quiera que vaya, allá voy! ¡Humm! Le’biera dicho que se eche en su casa a dormir. Dejé de ir unos quince días, cuando se oye el rumor...

* “Si su marido está en lo dicho, de aquello que habíamos hablado, de que ahora es cuando debemos de ponerle manos a la obra, ya sabe dónde me encuentra”. Bueno, le dije a mi vieja, voy a juntar unos centavitos para ponerte un estanquillo y te mantengas.

Pero pronto llega mayo y me manda llamar, “que quiere hablar muy seriamente contigo”. Perfecto, mañana vas mi hijo, te vas tempranito, a las cinco de la mañana, para que regreses temprano. Era el mero día 23 de mayo. Llegó como a las once y Pifa lo invitó a comer... “No, que se vaya, dijo Rubén, no vaya a tener con pendiente a sus papás”. Le dá un taco con tortilla hecha a mano y se regresa. Notó que pasaban los comandos y que había movimiento de tropas en un lado y otro; “quién sabe qué simulacro irán hacer”, se pensó.

* Seguro que se había reconciliado, se bajó a Tlaquiltenango. Allí todavía estuvimos yendo con él. Allí me dio un libro, no recuerdo cómo se llama, pero se trata de comunismo ¿verdad?, un libro grueso. Precisamente me había invitado a mí para estar allí con él, para lo que se ofrezca. Una tarde iba yo a traer agua, en una yegua. Entonces agarrábamos agua hasta el río. Cuando iba en el camino, me vino a la mente, dije yo dentro de mí: “Dios mío, si llegan agarrar a Rubén, que no lo maten, que lo lleven a la cárcel y yo lo visitaré allí”.

Cuando regresé ya me estaba esperando Juan Pérez ¿Qué pasó, qué pasó? luego sentí una espinita, luego lo sentí. ¿qué, qué traís?

— “Hombre te vine a ver... ¡ya mataron a Rubén!”

— ¡Cómo!

— “¡Sí... lo llevaron de la casa!”

* En el año de 1962, fecha 23 de mayo, fue cuando le sitiaron su casa con ametralladoras y armas de alto poder, otros encañonándolo cuando se encontraba con el serrote cortando un madero, sin darse cuenta él de que el gobierno lo tenía sitiado. Al momento llega el teniente Martínez, que fue enemigo acérrimo del líder agrarista y que estaba bien pagado por el Ingenio, y le dice:

— “¡Ríndase agrarista!”

Y le contesta: “No tengo nada que ver con los federales, no he cometido delito, ni debo nada. Todos mis negocios están arreglados de acuerdo con la ley”.

— “¡Ríndase o lo ametrallamos!”

— No me opongo, estoy rendido, pero aquí tengo un amparo, dénse cuenta de él.

Y agarraron el amparo que tenía de la Agencia del Ministerio Público Federal y lo rompieron. Lo sacaron a tropellones a él, a Filemón, a sus otros dos hijos y a su esposa. Lo subieron a un coche plomo y se lo llevaron de Tlaquitenango, diciéndole que iban a tener una entrevista con el gobierno del estado. Dieron salida sobre la carretera a Cuernavaca y llegando a Alpuyeca le dieron rumbo a Tetecala, pero antes de llegar a Tetecala hay una desviación a las ruinas de Xochicalco, donde allí lo asesinaron de la manera más vil y más cobarde ¡Que eso no se lo deseamos ni al más enemigo de la revolución! Lo golpearon, le chisparon un ojo de un cañonazo, lo arrastraron a él y a sus hijos. Antes de hacer eso, él pedía que dieran libertad a su familia porque ella no tenía nada que ver en ese asunto, que si él debía algo que él lo iba a pagar, pero él, no sus hijos ni su esposa.

Entonces fue cuando todos se le echaron encima y principalmente el inspector general de policía, un tal Gustavo Ortega, que era capitán, que ahora por méritos del asesinato ha obtenido el grado de teniente coronel. Claro, como se encontró con una línea de fuego, de hombres que se defendían con las armas en la mano, lo ascendió el gobierno con todos los méritos ¡Un vil cobarde! ¡Todos viles! ¡Un asesinato que cometieron, que jamás se ha registrado en la historia!

SI YO SE LO DIJE...

* Ni modo, eso era de ley, si yo ya lo tenía pensado. Porque él no quiso creer, fíjense nomás, lo que es un hombre que tiene cierto conocimiento y que puede guiar a su pueblo y que lucha por su pueblo: ¡No se cree de un analfabeto! Yo ya lo tenía, yo ya se lo anticipaba, la anticipación no era de apenas, era desde cuando empezamos hablar con el presidente de la República. Él no nos quiso creer...

* Pronto hubo versiones en el pueblo, de que era actitud traidora, de que trataban de amansarlo para poderlo asesinar y a Rubén muchas veces se le dijo: ten cuidado, ten precaución; mira, se supo esto; mira el gobernador dijo esto otro; él generalmente decía que eran versiones que no tenían fundamento.

* Aunque soy un torpe en mi idea alcancé a decirle esto a

Rubén: que era muy bueno su pensamiento, pero en el tiempo en que vivimos parece que no era tan bueno, porque yo también busqué el progreso de mi pueblo y por buscarlo y echar abajo a los ricos, me mandaron matar. Y por esa razón quise decirle a él que seguramente al buscar ese progreso a favor del pueblo de Morelos, pues naturalmente estaba corriendo un peligro, y que como a mí me había sucedido que me mandaron matar, seguramente que también a él le sucedería lo mismo. Pero estaba platicando como a mí me había sucedido, yo no era profeta para haberle dicho “esto te va a suceder”.

* Su alma en paz descanse. Sabrá Dios por qué le quitaron la vida, nomás porque no lo querían, que porque no quería que hubieran pobres, que no siempre fuera como siempre, que cambiara, es lo que quería...

Pero yo se lo dije, le dije: ¡Ay Jefe, mucho cuidado!

— “No te apures Rosa, ya estoy bien amparado”.

Le digo: Ay Dios mío, ¡esos amparos se van a volver agua!

Dice: “No, ¿'onde crees?”.

Bueno... tal como le dije... Yo le fui a decir a Puente de Ixtla, mire Jefe, sé esto y esto, más esto... dice, “no te creas”.

* Por eso voy mirando las cosas como son... que se saludan bien, hasta se abrazan, pero no es de corazón. Estos se saludaron, se abrazaron, hasta le prometió López Mateos que ya no lo sigue, le prometió que se queda en paz, que se tienen que arreglar todas las cosas de la lucha que andaba persiguiendo él. Y por eso creyó él y quedó en paz. Se sentó y después le cayeron.

¡Pero cuando andaba en la lucha no pudieron nada, por más que le hacían! Lo protegía el pueblo y era muy listo, como Zapata. Zapata cuando le mandaban algún telegrama o alguno para invitarlo, no iba, mandaba otro: “vete tú”. Y por eso nunca

pudieron con él. Hasta cuando se creyó.

* Iba a Cuernavaca y oía rumores. Y yo iba y le platicaba al finado: hay esto, hay esto otro.

— “¡Noo, qué van hacer, no hacen nada!”

— Mire jefe, no se atenga, no se atenga porque la agua camina aunque sea dentro de la basura, en el bosque.

— “No, ya no es tiempo, no ve que ya hablamos con el Presidente, ¿o no confías?”

— ¡Cómo no, pero debajo de la desconfianza vive la seguridad! Esa era mi palabra.

— “No amigo, usted siempre me anda saliendo con eso”.

Mira Jefe, quiera Dios que mis palabras no sean de allá del infinito. No se le olviden.

* Cuando se hizo el reconocimiento con Mateos, cuando se abrazaron, vine a mi casa y le traje a la finada mi mamá el retrato aquel.

— “Uhhh, dijo, esta es una traición y si no, se acuerdan. Si yo ya estoy vieja ¡Este abrazo es de traición! No, él no lo va a matar, pero va a proponer quién lo mate”.

No mira, le digo, ya tenemos el reconocimiento con nuestro presidente, fuimos a México, nos recibió muy bien... ¡bueno! Y allí estuvo el fracaso, 'onde vino a dar. Enton's fue cierto lo que me platicaba mi mamá.

* Cuando me dijo “¿Qué te parece?, va a venir López Mateos, el presidente que estamos postulando”.

Yo le dije, mira, no me parece tan bien. Pero si hallaste la confianza en verdad, ¡vamos a verlo, que bueno que me áiga tocado!

— “Sí, dice, ya tenemos esto”, y me sacó los papeles, me em-

pezó a dar lectura y... bueno.

Pero sí le paso a decir Jefe que esas cosas... lo siento mucho en deci'le, pero se lo digo aunque no le parezca, me dispensa, que esas cosas son ofrendas de traiciones.

* Había pasado ya lo de Michapa y dos veces me mandó el Jefe de comisión a México y Navarro me dijo: “Dile a Jaramillo que se cuide porque lo van a matar”.

Y yo se lo dije al Jefe: Mire Jefe me dijo Navarro esto. El Jefe no me creyó y dijo:

— “Este Navarro quizá lo hace por envidia”.

Otra vez que volvía, me dijo otra vez: “Dile a Jaramillo que se cuide”. Y ya en confianza me dijo a mí: “Si él no quiere irse, hazte a un lado tú, porque lo van a fregar”.

— ¿De veras, Navarro?

— “De veras. Yo sé lo que te digo”.

Ya vine y le dije otra vuelta al Jefe y...

— “No, es que ya te está sugestionando Navarro. Si tienes miedo puedes irte a trabajar”.

Y le dijo la difunta Pifania: “¿Pus pa'qué quieres la gente? Ái con los muchachos basta. Ya no hay nada”.

Cuando oían esto los compañeros, los soldados, pues todos se empezaron a ir. Yo también me fui a trabajar... Y lo alcanzaron pues. Quizás no le hayan podido entrar, no éramos muchos, pero íbamos hacer un relajito. Yo le dije que no juera a Tlaquiltenango: “Quédese aquí pues, en el ranchito”.

* En veces las mujeres son las que entriegan a uno. Yo oí una vez que le dijo Epifania a él: “Ya no te ocupes de los viejos, ora agarra pura gente nueva, porque los viejos ya'stán amañados”. Por eso nos empezó a cortar también a nosotros y si no fuera, también hubiéramos muerto. Pero fácil no, porque entonces le hubiéramos hecho guerra al cabrón gobierno. Hubiéramos fra-

casado diez o doce, pero mientras llega el gobierno, se podrían haber defendido uno o dos, que hubieran quedado.

* “El Pintor” antes que fuéramos a Michapa me dijo: “Mira señora, yo sé que usted está muy allegada a la señora de Jaramillo. Pero no se le encuentra entrada ni salida a las disposiciones de Jaramillo, dice, yo le suplicaría que ya no se metiera, porque va a tener mal fin”.

Ya le dije yo: ¿Bueno, pero por qué?

— “Porque el gobierno pues, ya los tiene fastidiados, porque todos los de por ahí se quejan mucho de él. Sepárese un poco, retírese, no ande tan allegada”.

Fui y se lo dije a Epifania. Yo esperaba que fuera más tiempo, pero si no dilataron mucho.

* Yo se lo dije al difunto Rubén: ¡Vámonos al cerro, ’tamos metiéndonos aquí...!

Ya lo’bía yo oído pues, se lo dije ya con intención: Dice el Jefe de Operaciones de Cuernavaca que ’onde te agarren, te van hacer esto y te van hacer esto otro, y te van a tronar... ¡No hay que tener confianza!

No quiso oír, porque le dio ese cabrón papel el presidente de la República, ya se basó a que ya’staba bien. En cambio, ¡ellos si son hijos de la chingada, miden las cosas!

TRAS DE MÍ HAY OTROS QUE LEVANTARÁN MI BANDERA. ESTA LUCHA NO HA TERMINADO

* Rubén hablaba acerca de la justicia, acerca del progreso, pero en el trayecto de la vida, el Príncipe nunca se ha podido dominar. Y es bíblico esto. El Príncipe del mundo en tanto exista, aunque el hombre justo sea justo, el Príncipe del mundo tratará de acabar con aquél, para que la justicia de Dios no se descubra. Y así ha venido sucediendo a todos los generales, por ejemplo, comenzando por Hidalgo, Juárez, Zapata y todos los hombres de progreso. El Príncipe de este mundo los ha asesinado.

Y por eso les digo, pues tenemos que cuidarnos del Príncipe. Como he estudiado las escrituras, he encontrado que el Príncipe según la Biblia, el Príncipe de que estoy hablando es el diablo. Y el diablo nunca quiere ser dominado, el diablo siempre trata de imponerse a capa y espada, sobre quien fuera. Claro que si nosotros somos pocos, sin armas, sin nada, nada más al puro esfuerzo de la mente, pues es natural que no podamos, porque hay otros hombres que están pensando mucho más todavía.

Bueno, le puse la comparación a este Rubén, le digo: mire, usted que ya tiene más conocimiento sobre el caso y ha estudiado la Biblia, usted sabe que Cristo murió por buscar el bien de la humanidad, pero éste fue un hombre espiritual, es decir, aunque él era carne como nosotros, él hablaba cosas espirituales. Nosotros no estamos hablando cosas espirituales 'tamos hablando de cosas muy materiales en cuanto al beneficio y al progreso de nuestra persona y de todos los hombres del trabajo. Pero ese Príncipe se ha impuesto de tal manera, que se ha cogido lo mejor, que es el gobierno. No vemos al diablo porque naturalmente es un espíritu, pero si vemos los hechos del Príncipe y los hechos del Príncipe vienen a quedar en el partido llamado PRI y estudiando el caso, ese es el Príncipe.

Rubén Jaramillo vino a ser como un abortivo, que también luchó para que el pueblo bajo llegara a obtener lo que necesita. Pero como hemos dicho, el Príncipe del mundo pus no deja que alguien se levante. Apenas sabe que alguien hay, le pone escolta, le pone armas, en fin, hasta que lo acaban de exterminar.

Por lo tanto, todas las cosas que se pueden conseguir en este mundo, todo se trata de sangre. Hablando con un poquito de religión, tenemos a Cristo. Cristo, pus tuvo que derramar su sangre para bien del prójimo. Y así han sido los jefes y aun los soldados, todos los que han muerto: todos han derramado su sangre para venir a obtener algo. Y ese algo, trabajo es que los hombres, los más fuertes, se hagan de ese algo que se consiguió con la sangre y vuelta otra vez a batallar aquí.

¿Por qué murió Zapata? Nada más porque buscaba siempre que el proletariado, que el campesino de Morelos, levantara cabeza y que no estuviéramos bajo la servidumbre de los ricos. Pero al morir se acabó todo. Ahora, después de la muerte de Zapata, dicen que todo lo que Zapata ordenó y dictó, eso es lo que están haciendo. Pero es una mentira, para mí, digo yo.

Estoy cierto que ahora cada 10 de abril llevan coronas y muchas cosas a venerar a Zapata. Pues si Zapata volviera a resucitar en este tiempo, cuantas veces resucitara sería muerto, porque el régimen del PRI es muy distinto del régimen de Zapata. Esto es lo que le platiqué a Jaramillo. Además que no es nada más Zapata. Hay

otros hombres que se han levantado buscando siempre la manera de ayudar al campesinado. Pero como he dicho, que mientras exista un gobierno que verdaderamente no es para el pueblo, siempre tendrán que fracasar todos los hombres que se levanten en favor de esos campesinos, siempre buscarán acabarlo. Lo que el PRI quiere es acabar con los gallos y que queden puras gallinas. Porque no habiendo gallos, claro que el PRI coge como mejor quiere y hace como mejor le plazca y asunto que terminó.

* Y esa es mi dolencia. Mi dolencia no fue no tener comida. Aunque sea un taco con sal, lo he tenido, me dejó mi padre, me dejó ejido, me dejó qué comer para acordarme de él y para acordarme del caudillo Zapata, con quien luchó por la tierra y para quitarnos ese yugo de nuestro cerebro, con quien luchó para que estos hacendados se largaran de aquí.

* Está trabajoso esto. Y es como le digo a usted, nosotros la gente no entendemos, estamos tan desprestigiados ahorita, que uno quiere agarrar un camino y otro, otro; por lo mismo que'stamos desorientados. No estamos unidos. ¡Cuando los pueblos se unan, pobrecito del gobierno!

Como por ejemplo, no vamos muy lejos, en Huazulco, por ahí por Temoac ¡esos hacen muertes al gobierno y nomás se lo cargan al pueblo... ¡y ya! ¿Y qué? ¡Nada! “Que mataron la judicial”, ¿Quién la mató? El pueblo ¿Por qué? Por abusivos. Y... ¿a ver, qué? Pero aquí nosotros, vienen y amagan a uno ¡y no hay quién lo defienda! Se lo llevan y ya, o lo matan. Se quedó el pueblo ¡y allá no!

* Orita estamos en tiempo de Judas, porque ahora ya no se hace justicia por la ley sino por el dinero. Si tú tienes dinero, afloja el dinero... te hacen justicia, te arreglan el asunto. Y si

no tienes dinero nomás “que no se puede y no se puede” y así. O el que tiene el dinero ve al licenciado, “te doy tanto” y se arregla. Y por eso digo, estamos en tiempo de Judas.

* El gobierno a estas alturas ya no respeta ni las buenas ni las malas, es completamente enemigo del pueblo. Desde la Suprema Corte hasta los ayudantes de pueblo, quieren estar sobre el débil. ¿Qué hacer? Para mí la unidad del pueblo ya no basta; para irse al cerro dos o tres, tampoco. No sabría decir qué hay que hacer para solucionar esto. Nadie sabe aún cómo hacerlo. Lucio se fue al monte con pocos, Rubén también anduvo con pocos. Quizá a nuestro pueblo le hace falta un poquito de madurez; porque los golpes hacen levantar la cabeza.

* Nosotros que vemos las cosas por encima, hasta perdemos la fe. Ya les platiqué cómo se encuentran los pueblos más olvidados; pues estas gentes se van a morir así. Como en esos lugares hay caciques, esos no los dejan ni que se les grite. Y no hay gente que vaya y les diga “tú tienes derecho a esto, tú tienes derecho a esto otro”. Y si se mete una gente así, los caciques nomás lo están viendo y al rato lo hacen revoltoso o lo desaparecen. En nuestro México la situación está pesada.

* Las épocas, las generaciones van pasando y tendrán que llegar las generaciones de la defensa del pueblo y entonces, a esos señores se les acabará.

* “Y ya les dije muchachos, no se desmayen, nosotros no vamos a salir triunfantes. Ustedes van a triunfar, ustedes van

a ser la guía, van a reclamar lo que siente el pueblo, ustedes hablen, pidan. Porque éstos me van a exterminar, pero ustedes deben seguir esta lucha, la idea. No va a morir esto. Y no esperen de que yo me muera y piensen: ya no voy a poder hacer nada. ¡No, ustedes!”

Eso nos decía Rubén. Yo tenía miedo entonces: ¡Caray, pues está difícil! Pero como veníamos estudiando y todo eso... Bueno, él ya anunció ¡Ora nosotros! Captamos muchas cosas y nos avanzamos sobre las historias, sobre la revolución pasada y la lucha del campesino... Y sí, nos gustaban sus ideas y así lo estamos haciendo. Los tiempos cambian, pero yo creo que no nos cansaríamos porque estamos mirando muchas cosas, hay muchas traiciones pero a nosotros no nos da temor. Ya vimos de que por sí, lo que es la verdad no les parece a los caciques.

Y yo, precisamente desde entonces me gustó sus ideas, la historia de nuestros antepasados, por qué murieron y sufrieron. Nos dijo que esos hombres murieron pero no han muerto en el corazón de los campesinos y que debemos luchar para el bienestar de las familias. Y todo eso capté. Hay que solicitar tierras, agua; la producción que se venda a mejor precio, que las cañas se pesen mejor, mejores garantías, mejores pagos, tramitar, pedir crédito con el gobierno o en distintas partes.

Por eso nosotros habíamos entrado a su organización y sentíamos que teníamos necesidades en el pueblo, en todos los estados. Y todo eso captamos y precisamente les seguimos los pasos y le seguimos todavía. Por ejemplo aquí nosotros, ya desde entonces le oí decir: “La ampliación o restitución se puede solicitar”. Yo no sabía entonces qué es ampliación y qué cosa es restitución. Y estos términos estamos en eso y he entrado con valor no con miedo, estamos pidiendo restitución de unas tierras comunales cedidas por engaño en propiedad, y ahí vamos.

* — “¿Ustedes, efectivamente son jaramillistas?”

— Pues sí.

— “Está bien. Ni vamos a gritar, ni vamos a decir, que viva

Jaramillo, pero vamos hacer que se cumplan los deseos que Jaramillo deseaba”, nos dijo Rivapalacio cuando iba a ser gobernador¹.

— “Ese pueblo de Higuerón, como todos son jaramillistas lo vamos a convertir en una tacita de oro, dice, granjas a todos, les vamos a dar sus vacas, sus marranos...”

Entonces dijimos: Como así sea... pus'ta bien, ¡pero que a todos!

— “Porque nosotros vamos a entrar de gobierno y no queremos que nos creen problemas. Porque sabemos que los problemas de ahí emanen... de ese lugar de Higuerón”.

Fue en la ciudad deportiva donde tuvimos la entrevista donde se dieron el encuentro. Entonces el licenciado se dirigió a todos nosotros, dice:

— “¿Ustedes fueron el estado mayor de Jaramillo?”

Pus todos a una voz: “Sí, licenciado nosotros, somos”. Eso le dijeron.

— “¿Qué es lo que pelean?”

Entonces ya los compañeros estaban de acuerdo: El bienestar de los pueblos y de acuerdo también que se cumpla con nuestra ley, que se cumpla con nuestra Constitución y Carta Magna. Que se cumpla. Entonces ya nos fue dando la mano. Y ya dijo él:

— “Bueno, para Higuerón, pronto van ver el desengaño”.

Fue lo que dijo ahí. Como a los ocho días, entonces vino el señor Sámano, vino a trazar el lugar del salón de actos. Fue un viernes ya en la noche, dijo: “Órale, ora es cuando quiero que me hagan fuerte”.

— Pues mañana a trabajar, hacer las bases.

Cuando el licenciado don Emilio llegó a ver, ya estaban terminadas las cepas. Entonces ahí fue cuando se fue extendiendo:

— “Aquí se va hacer una cancha, dice, para que juegue la juventud, luego acá se va hacer un jardín”. Fue marcando los puntos que quería que se hicieran. “Más acá, dice, vamos hacer un mercado, aquí me van a tumbar esto, aquí que se hagan unos baños”.

El mismo Rivapalacio anunció la venida del Presidente, la

¹ Emilio Rivapalacio López, gobernador de Morelos de 1964 a 1970.

fecha y todo. Y vino a inaugurar. Quien lo recibió personalmente fue el difunto Solís. Ya había las vacas y todo. Nomás llegó un ratito y se despidió. Fue Solís el que se despidió de él. Me acuerdo que se subió al carro, cuando López Mateos estaba sentado adentro y sube Solís y cuando bajó le digo: ¿Qué cosa dijo? — “Me dijo que lo que quiéramos. Aquí el pueblo del Higuerón... está para hacer lo que nosotros pidamos, está para ayudarnos”.

Y dice Solís: “Estamos bien, vamos hacer lo que más se pueda; orita que hay garantías, que el Presidente nos ofrece ayudarnos, hay que pedirle”.

Fue el primer pueblo que benefició este Rivapalacio, tanto que Tehuixtla y todos los pueblos vinieron a presentar sus ponencias cuando vino el Presidente y decían: “¿Y el Higuerón qué tiene, que ya les están haciendo muchas cosas?”.

Pero en verdad yo opino que... López Mateos, pues fue un traidor. ¡Hay que fijarse en esa política! Porque uno es de sentido... yo no sé leer, pero el sentido me ayuda. Yo voy relacionando una cosa con otra, porque la experiencia hay que verla.

En 1913 cayó aquí un destacamento federal de un mentado coronel Salvador González y quiso arrasar al pueblo, pero entonces había viejos también, como ahora que ya sólo quedan unos cuantos que anduvieron con Rubén y ellos dijeron que aquí de ninguna manera se podrían armar aunque entre ellos sabían que sí eran zapatistas, dijeron:

— “Aquí no somos zapatistas, no somos gobiernistas, somos trabajadores y semos servidores a la revolución y la revolución se compone de dos sectores, el gobierno y la revolución... y nosotros como trabajadores debemos de servir a uno y a otro. Porque vienen con armas estos y nos obligan a darles de comer y vienen los otros y tenemos que darles. Nosotros estamos trabajando, no podemos agarrar las armas de ninguna manera”.

Porque a nosotros así nos querían obligar a ser “voluntarios”, como a Jojutla, como a otros pueblos. Pero nuestros primeros fundadores no consintieron eso. ¿Por qué? Porque sabían que sí éramos zapatistas y no íbamos a tomar las armas contra Zapata.

¡Traidores ellos!, como Guajardo, que para comprobar que

sí estaba con Zapata, lo que hizo fue agarrar sesenta voluntarios y afusilarlos, para'cer creer a Zapata.

Es lo mismo que estoy diciendo, a nosotros para hacernos creer López Mateos que estaba con nosotros y ya que a nuestro líder nos lo había quebrado y para dejarnos conformes y que ya no nos moviéramos, hizo las granjas a unos cuantos para dejarnos conformes. Así fue. Así es todo. Nomás hay que ir palpando los tiempos, ir confrontando uno con otro y entonces viene coincidiendo todo. Así es la política y así viene, así viene.

* Y lo mismo es orita con este gobierno que tenemos. Al ver, parece un gobierno bueno y Echeverría² con voz en cuello él se está desplegando a querernos ayudar. Pero nosotros tenemos un caso precisamente ahora con Rafael³. Hicimos una lucha por el Consejo de Administración de Zacatepec. Hicimos la caminata hasta Cuernavaca y de ahí hasta México. Nos fuimos chispando de a tres, de a cuatro, porque el gobernador nos estorbó las corridas, nos estorbó carros particulares para no transportarnos. Pero nosotros ya somos viejos en esas luchas... empezamos a ordenarnos de cuatro, cinco, de a dos, unos por un lado, otros por otros caminos y nos juntamos en México en la parte que nos íbamos a juntar, a dichas horas. El gobernador poniendo los pistoleros subiendo y bajando en la casa onde dormimos, queriéndonos sacar. Pero no, salimos todos con bien. A las diez del día estaba toda la gente ahí, más de quinientos hombres ya estábamos ahí para irnos a Palacio. De esa caminata lo que trajimos fue que nos dijo que lleváramos la lista de 50% más uno, para comprobar. Eran 46 los comisariados de nuestra parte. Pidió el 50% más uno de ejidatarios, de cañeros, creyendo que no los íbamos a reunir.

Nos dijo precisamente Escalante, dice: “No es el inspector, ni es el comisariado los que deben nombrar el Consejo de

2 Luis Echeverría Álvarez fue presidente de la República de 1970 a 1976.

Administración de Zacatepec, el Consejo lo deben poner los productores de caña, las sociedades”. Y eso también nos dijo Echeverría: “Me tráin la lista del 50% más uno y si de ustedes es la mayoría, entonces de ustedes es el Consejo”.

¡Se le llevaron las listas, se le presentaron y se sentó en ellas!

¿Por qué? Pus porque fue el señor Roque González⁴, fue el señor gobernador, fueron los señores más allegados, porque fue el señor gerente y entonces las dichas firmas de todas las sociedades que se juntaron y de 46 comisariados ya no valieron. Cosa que sí ya fue mayoría.

Bueno ¿y entonces? Él está diciendo: “Márquenme a los bandidos, para que yo los tenga conocidos”. Bueno y se los estamos marcando y él se está haciendo... disimulado.

¿Entonces qué quiere decir? ¡Lástima que yo no sé leer!, sino yo ’bía de tener espíritu para echarle un volante al Presidente y decirle: “usté está diciendo que le señálemos la cueva de bandidos, que le señálemos la bola de traidores, quiénes son los que están traicionando, quiénes están violando las leyes ¡Y se los estamos enseñando y usté no los acaba de conocer! Para conocerlos bien, va querer que a usté le hagamos el ejemplo que Zapata hizo para conocerlos: es colgárselos de los postes. Entonces los va a conocer usté”.

¡Es una razón... terminante! Si se los estamos enseñando y no los acaba de conocer, entonces hay que colgar a Roque González y colgar, si se puede, hasta al gobernador, para que vea. Esos son los primeros elementos que le están defraudando sus ideas.

El derecho está de nuestra parte, ¡esa es la verdad ante la ley y ante la razón! Pero como el asunto está ante los centavos... ¡Claro que están más cargados a los centavos! Porque si usté está tumbando un palo y tiene ramas más cargadas para acá, más gruesas, entonces aunque usté le esté metiendo el corte para el otro lado, el palo tiene que caer para donde está la cargazón. Así ellos.

⁴ Político priísta muy influyente en esos días en México.

Él dijo cuántos millones de campesinos son y es la mayoría. También dijo la cantidad de millonarios que hay y claro que es la minoría, pero ellos son de centavos ¡y a ellos les está haciendo caso y con nosotros... se está haciendo disimulado! Y así han sido todos. Por eso, yo no sé leer pero la experiencia que tengo puédola emplear parairme fijando que esos políticos son ¡cancioneros! ¡Son unos cancioneros nomás que vienen embelesando y embabucando a todos los ignorantes! Pero somos ignorantes en esa forma, no porque no entendamos lo que son ellos.

* El Presidente dice que está haciendo mejoras a la nación ¿y cuáles mejoras? ¿Cuáles? A nosotros nunca nos puede llegar una mejora. Todo es un martirio. Si siembra usted, levanta su cosechita, viene el acaparador: “Te compro tu cosecha”.

— ¿A cómo me la pagas?

— “Pus a tanto”.

— No. Yo quiero a tanto.

— “No. A tanto te la pago”.

Usted con su necesidad, bien que va a rayar un peón o bien, pues que tiene usted que comer, pues dice, yo no puedo tener ya mi cosecha aquí, porque pues el dinero lo necesito. ¿Yo con qué me muevo? ¡Purrúmm, ái va!

En cambio llega el acaparador, compra barato y almacena ¡Tiene dinero! Almacena y después dice: “Ora te lo vendo a tanto. ¿Quieres? llévalo o si no ái déjalo”.

Y usted por su necesidad dice: lo llevo.

Cuando un rico está bien, piensa que todo el mundo está bien y no. Es que algunos tenemos más hambre que él y tenemos que luchar. Y el gobierno no nos atiende, no nos da amplitud para defendernos; sino nos quiere detener... como dije ahora: Se peleó una causa para derrocar a los hacendados y que nosotros tuviéramos un pedazo de tierra. Pero’ora, si se hace otra revolución ¡será para derrocar todos los pendejos ricos jijos de la chingada! Ellos son la causa que nosotros estemos en la miseria

y no nos dejan desarrollar.

* La revolución no ha terminado, ni terminará, porque a nuestros gobiernos, en lugar de entrar hombres honrados y que le sirvan al pueblo, entran puros bandidos a saquear al pueblo, a matarlo de hambre... la verdad. Y asesinarlo cuando puede, porque nuestro peor enemigo de nosotros son las bayonetas. Las bayonetas están al servicio de los caciques, de la plataforma política. No es gobierno... ¡son bayonetas lo que tenemos encima!

Por eso, siempre y cuando no se luche con las leyes y con las muelles, ya nunca veremos una paz, una unión de campesinos, de labradores.

* Una vez nos platicaba Rubén que si Dios lo permite, vamos hacer una transformación del gobierno, o sea un cambio de sistema de gobierno y de hombres en el poder, porque estos ya están muy corrompidos, decía él: ¡cambiar todo!

Tenía capacidad, porque a muchos hombres les dejó sembrado ese espíritu de lucha, de inquietud, de ser buena gente, porque hasta eso tenía. No era una gente que se dijera “es un ambicioso”. Siempre hablaba para nosotros, para el pueblo. Eso se me grabó mucho y a muchos compañeros en el trabajo, siempre les hablo así y dicen: “Ah, qué bueno, tú tienes unas ideas diferentes”. Porque siempre un individuo, un político debe de pelear por sus compañeros, no para él.

* Una vez me platicó: “No compañero, estos señores estarán impuestos agarrarlos con las manos amarradas, pero en el terreno de las armas, pues a ver a cómo nos toca, porque cada quien tiene con qué defenderse. Yo mientras viva en esta tierra, tengo que andar luchando en defensa de mi pueblo. A más que

hoy estoy luchando con la ley en la mano”.

Entonces yo le contesté, la ley es la que te va a matar, compañero.

Dice: “Bueno, sé que voy a morir, pero atrás de mí hay otros que levantarán mi bandera. Tengo pueblos que saben la historia mía, lo que he luchado y lo que he sufrido y hemos sufrido todos juntos. No se va acabar esta lucha. Tendrá que seguir de generación en generación”.

* A Rubén Jaramillo lo mataron. Si él hubiera recibido lo que le daban más antes, cuando se trataba de que se rindiera y que le daban tantas cosas, si él hubiera aceptado, Rubén Jaramillo todavía viviera y él sería el que nos estuviera actualmente fregándonos, hostigándonos. Pero como él era de un corazón tan firme, sobre el caso prefirió mejor morir que rendirse. Y así que ojalá la vida de Rubén Jaramillo sea un ejemplo para todos nosotros, los que buscamos el progreso de un pueblo, que eso quede como una memoria para siempre para nosotros y para nuestros hijos.

* Ya no relatamos más, porque ya no queremos hablar más esos tiempos. Pero sí, mientras vivamos, morelense por morelense, campesino por campesino, mexicano por mexicano, siempre recordaremos que el compañero líder agrarista Rubén Jaramillo murió en la raya, como los mejores hombres que saben

Estimado compañero:

Quiero darte por medio de este pliego algunas explicaciones respecto a las cosas de la revolución armada de la época de mi general Zapata; época en que muchos revolucionarios no supieron nada de las ideas por las que peleaban, pues sólo se concretaban a empuñar el fusil, montar a caballo y a echar muchas balas al enemigo, a quien les causaban muchas bajas, pues había muchos tiradores muy buenos que donde ponían la mira del rifle, allí pegaban. Como tú sabes comprender, esto es por supuesto muy bueno, porque en el terreno de las luchas de armas, siempre gana el que tira a la perfección.

Pero hay otra clase de revolución que no es cuestión de balas sino del pensamiento, es decir, donde se pone en juego el poder de la inteligencia, de las ideas, de los conocimientos o del saber.

En ese terreno es donde los que saben tirar muy bien, pierden las batallas. Porque al pueblo no se le puede gobernar a base de puras batallas sangrientas, sino a base de inteligencia, de urbanidad, de ecuanimidad, con el disfrute de garantías y de justicia por igual para todos los ciudadanos.

Generalmente aquí es donde la mayor parte de las veces fallan las carabinas y las muchas balas, de las cuales muchos hacen gala por la práctica en el manejo de las mismas.

Tú como un joven que desea tomar parte de las luchas por el bien de nuestro pueblo, debes preocuparte mucho no sólo por el tiro al blanco que es cosa muy fácil de aprender; sino por saber cómo has de conducir a tu pueblo después del triunfo de las armas.

Porque ponte a pensar que si tu valentía y la de tu pueblo los lleva al triunfo, derrotando a los enemigos de tus ideas, dejándote en libertad a tu pueblo, y que el enemigo una vez derrotado ya no tiene nada que hacer, quedas frente a un estado de cosas, y que tú eres el que debe proceder desde luego a organizarlo y organización se llama todo el engranaje que ha de regir los destinos del mismo.

Por eso los revolucionarios que en esta vez deben de ir a la lucha no sólo deben manejar el fusil sino también el saber

organizar un gobierno para su pueblo, no permitiendo que el terreno que ganan en el batallar de las armas, lo pierdan en el campo de la política, por carecer de conocimientos de los derechos de un pueblo.

No debes perder de vista que hay una clase de hombres que se preparan en las altas escuelas del saber, muchos son malos, nunca pelean con las armas sino con la inteligencia, buscando las oportunidades para meterse y engañar al pueblo o a los que luchan por él.

A estos malos preparados, que saben muchas cosas, se deben las miserias del pueblo. Estos son los que en las contiendas armadas hacen perder las luchas de los campesinos a quienes por su estado de ignorancia fácilmente los engañan, haciéndolos que traicionen a sus mejores compañeros, abandonándolos en el camino de la lucha o asesinándolos traidoramente, haciendo las más negras divisiones entre unos y otros, para aprovecharse ellos cuando ya los grupos de los verdaderos luchadores se han debilitado entre ellos mismos.

Así trabajan estos señores preparados que también se llaman políticos o malos intelectuales que sirven a los enemigos del pueblo, o sea a la burguesía capitalista explotadora.

Por eso es necesario que los hombres que hoy van a la lucha de las armas tengan orientación para que sus triunfos no sean en provecho de los señores a que me acabo de referir, como nos pasó en la revolución pasada, que llegaron los señores políticos intelectuales preparados, presumiendo de revolucionarios, hicieron a un lado a los verdaderos revolucionarios que nada sabían de organizar un gobierno. Y se apoderaron ellos del gobierno dedicándose a cantar en memoria de la revolución que jamás sintieron ni sienten aún.

Quiero que a este pliego escrito le des lectura ante los amigos que tengan deseos de luchar, para que estén bien orientados como se debe y no se dejen engañar en un futuro próximo.

Rubén M. Jaramillo

BIBLIOGRAFÍA ADICIONAL

Avitia Hernández, Antonio, *Corrido histórico mexicano (1936-1985)*, Tomo V, Editorial Porrúa, Colección “Sepan Cuantos...” no. 679, México: 1998.

Bartra, Armando, *Los herederos de Zapata: movimientos campesinos posrevolucionarios en México*, Editorial Era, México: 1985.

Batalla, Paula, *Donde quiera que me paro, soy yo, Autobiografía de una jaramillista*, Cidhal, Serie Nuestra Vida, México: 1988.

Fuentes, Carlos, *Tiempo mexicano*, Editorial Joaquín Mortiz, México: 1971.

García Jiménez, Plutarco, *Cuatro testimonios de veteranos zapatistas*, Unión de Pueblos de Morelos-CNPA, Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias de la Dirección General de Culturas Populares – Unidad Regional Morelos, Centro de Estudios Históricos y Sociales del Estado de Morelos, México: 2000.

Jaramillo Ménez, Rubén y Froylán C. Manjarrez, *Rubén Jaramillo: autobiografía y asesinato*, Editorial Nuestro Tiempo, México: 1978.

Katz, Friedrich, *Revuelta, rebelión y revolución*, Tomo I y II, Editorial Era, México: 1990.

Macín, Raúl, *Rubén Jaramillo, profeta olvidado*, s/e, Montevideo, 1970.

Manjarrez, Froylán, C., *Matanza en Xochicalco*, Editorial Nuestro Tiempo, México: 1981.

Menéndez, Óscar, *Rubén Jaramillo, 1900-1962, Una historia mexicana*, DVD, Editorial La Rana del Sur, México, 1999.

Núñez, Salvador et al., *Rubén Jaramillo. Vida y luchas de un dirigente campesino (1900-1962)*, Unión de Pueblos de Morelos, Universidad Campesina del Sur, A. C., Cuernavaca, Morelos: 2005.

Zepeda, Eraclio, *Elegía a Rubén Jaramillo*, FCE, Letras Mexicanas, México: 1965.

MODISMOS DEL LENGUAJE

ABRIRSE. Hacerse a un lado, zafarse de un compromiso, apartarse de un grupo.

ACAHUAL. Hierba semileñosa que alcanza hasta tres metros de altura, silvestre.

APRETADO. Lleno, se usa para lugares o recipientes.

ARRENDAR. Dirigir las riendas, orientar la marcha.

ARREGLARSE. Legalizar la residencia en alguna comunidad para vivir en paz y sin peligro de aprehensión. Encontrar la manera de vivir o acomodarse.

AVANZAR. Capturar en una batalla.

BULE. Corteza de calabaza acondicionada para contener agua para beber.

CASAHUATE, CAZAHUATE. Árbol silvestre de la región, que da flores blancas y grandes.

CHIMADO. Enfermo, agotado, cansado, quemado.

CHISPAR. Zafar, huir, escapar, salir, ir, soltar, desprender, caer.

COIME. Empleado que atiende los billares.

COJOYO, COGOLLO. Es la punta de la caña con hoja verde, tierna, que se emplea como forraje. Mala costumbre es no cortarlo para mermar el pago de la caña.

CONFORMARSE. Adaptarse a una situación o idea.

CONTROL. Se usa para indicar que se tienen partidarios, simpatizantes o gente organizada y de común acuerdo.

CORRIDA. Camión de pasajeros haciendo su recorrido.

COYONES. Cobardes, con poco valor.

CUACHALALATE. Árbol silvestre cuya corteza, rica en

tanino, es medicinal por astringente.

CUATECOMATE. Árbol silvestre, con usos medicinales.

CUOTIZARNOS. Fijar una cuota de cooperación voluntaria en un grupo.

DISTRAÍDO. Mal vestido, sucio o hilachudo.

GARGUZ. Pico de metal en la punta de una vara con que se pica a los bueyes.

GOBIERNO. Ejército, tropa la mayoría de veces y policía judicial, otras.

GRACIA. El nombre de una persona.

ÍMPITO. Intento, impulso. Viene de ímpetu.

IMPONERSE. Dominar una situación o un trabajo prevaleciendo el humano sobre el ambiente.

JAMACA. Puente colgante, hamaca.

LA TIRA. Cacería.

LARGADO. Tirado, soltado, dejado, arrojado.

MACHADA. Acto de valentía, atribuida a hombres “machos”.

MOCHA. Un tipo de machete.

MOLONQUIARSE. Pelearse.

MUELLE. Pistola, arma de fuego.

ÓRGANO. Un tipo de cactus muy alto.

PALO. Árbol.

PARTICIPADO. A veces se usa para decir que alguien es compartido o está convidado.

PILCATO. Muchacho chico, chamaco.

PONENCIA. Petición presentada ante alguna autoridad o instancia.

PROPIO. Mensajero o correo especial. Enviado.

RASURAR. Cortar el pelo de la cabeza.

RECONCENTRARSE. Volver a la comunidad o a una plaza habiendo andado fuera de ella; en campaña, por ejemplo.

RECORDAR. Despertar.

RECORTADOS. Escasos de dinero o de bienes.

SENTIDO. Sentido común, saber, conocimiento, inteligencia, buen juicio, intuición.

TALÍN. Morral.

TECORRAL. Lindero formado con piedras acomodadas.

Cerca de piedras.

TENDAL. Tendido; puede aplicarse a los soldados caídos en una batalla.

TACHEROS. Obreros especializados que trabajan en los tachos, recipientes cilíndricos donde la miel de la caña, sometida a alta temperatura, se convierte en azúcar.

TLACUALERO. El que lleva los alimentos a quienes se encuentran trabajando en el campo.

TOYOLOTES. Testículos, figurativo.

TRABÓN. Encuentro, choque, tropiezo, atorón.

EXPRESIONES IDIOMÁTICAS

CARGAR GOBIERNO. Lanzar o concentrar fuerzas militares policíacas.

HACERSE DE. Apoderarse, pertrecharse, obtener algo.

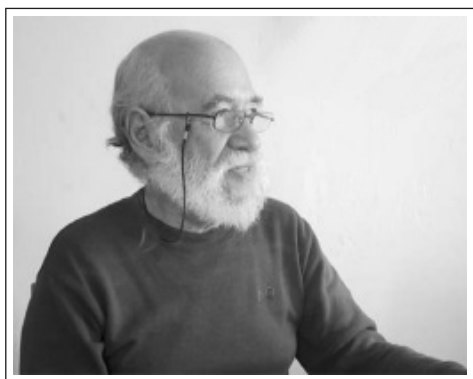
HACER UNA APARIENCIA. Hacer un símil, ejemplo o metáfora.

IR O ANDAR DE MALAS. Estar huyendo o escondiéndose, ser perseguido, por algún motivo, sobre todo por el gobierno.

PEDIR LAS DE ARRIBA. Solicitar protección o pedir la paz con alguien con quien no se quiere pleito.

SEGÚN, ASEGÚN. Se usa dejando supuesta otra palabra: “según” versiones, “según” se dice, “según” parece, “según” se sospecha, etcétera.

SEMBLANZA DEL AUTOR



Fotografía: Bruno Ravelo Rodríguez

Renato Ravelo Lecuona nació en la ciudad de México en 1934. Sus estudios medios y superiores los realizó en nuestra *alma mater*, la UNAM, en la Facultad de Filosofía y Letras. Estudió la carrera de psicología y asignaturas diversas de filosofía. Al terminar su carrera decidió que ella no correspondía a su vocación de estudio y acercamiento con los movimientos sociales que en esa época hicieron su irrupción en la escena nacional: maestros, ferrocarrileros, campesinos, los movimientos de solidaridad con la Revolución Cubana, etcétera. Desde entonces trazó una ruta propia para su quehacer profesional, uno de cuyos primeros productos es este libro publicado en 1978.

En 1979 fue invitado a trabajar en la Universidad Autónoma de Guerrero, donde también encontró la oportunidad de dedicarse de tiempo completo a la investigación histórica de la que surgieron varios textos como: *Juan R. Escudero, biografía política*, *La Revolución zapatista de Guerrero* y *Luz de la Montaña, una historia viva*, entre otros. A partir de entonces es Investigador Docente de la Universidad Autónoma de Guerrero y es presidente fundador de Calmécac, a. c., Asociación Indígena Popular de Estudios y Capacitación en Desarrollo, Cultura e Historia.

Recientemente cursó la maestría en el Posgrado de Estudios Latinoamericanos de la UNAM donde presentará su tesis que analiza, bajo la idea de “la centralidad del sujeto”, su largo proceso de investigación ligado al movimiento indígena regional.

Su dirección de correo electrónico es la siguiente: rravelol@yahoo.com.mx

ÍNDICE

Prólogo a la segunda edición.....	9
Introducción.....	13
Compañero Jesús.....	23
Los jaramillistas.....	25
Este ingenio va a ser la perdición de todos nosotros campesinos.....	39
¿Y por qué chingaos van hacer asesino a un hombre que lucha por un grupo de campesinos?.....	53
Rubén para gobernador.....	85
Si lo matan está bien, si mata se echa de malas y nos deja en paz.....	93
La huelga del 48.....	107
Salustio Porfirio Jaramillo.....	117

Otra vez elecciones, otra vez persecución.....	125
Todos la vimos cerca.....	139
Lo que otros no pudieron hacer con las armas yo lo logré con medios pacíficos.....	151
Su compa desobedeció el mandato que le hizo López Mateos, ya está cortado.....	161
Esa colonia, iba a ser un foco en el estado.....	173
Pláticame tus planes Jefe, pláticame.....	193
Dios mío, si llegan agarrar a Rubén, que no lo maten.....	203
Si yo se lo dije.....	211
Tras de mí hay otros que levantarán mi bandera. Esta lucha no ha terminado.....	217
Estimado compañero.....	229
Bibliografía adicional.....	231
Modismos del lenguaje.....	232
Expresiones idiomáticas.....	234
Semblanza del autor.....	235

Los jaramillistas

La gesta de Rubén Jaramillo narrada por sus compañeros

editado por la Editorial la rana del sur, S. A. de C. V.

y Calmécac, A. C.

se terminó de imprimir en septiembre de 2007

en los talleres de Digital Oriente, S. A. de C. V.,

Calle 20, Manzana 105, Lote 11,

Colonia José López Portillo,

México, D. F.

La impresión se hizo sobre
papel bond ahuesado de 90grs

con fuentes Book Antiqua

y Times New Roman

de 10, 11, 14 y

18 puntos.

